

GILBERTO KOOLHAAS JURGENS,

Director Fundador

Gilberto Koolhaas *ha sido* siempre y además, a partir de ahora es el Director Fundador de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis.

Decir que siempre lo *ha sido*, alude a un dato histórico. Al hecho de que, junto a un grupo de colaboradores (Rodolfo Agorio, Juan Pereira Anavitarte, Laura Achard, Madeleine Baranger, Héctor Garbarino, Marta Lacava. Fortunato Ramírez, Juan Carlos Rey) tuvo a su cargo dirigir la formidable empresa de concretar en hechos y a partir de la nada, lo que aspiraba a ser un vehículo para el pensamiento psicoanalítico. Y así fue que en 1956 el número 1 de nuestra Revista dejó de ser utopía y tomó su palabra.

Un origen que no fue mítico, pero que requería el valor de un Koolhaas para echar a andar por un camino que no conocía marcas. Es que se hacía una Revista para una Asociación en ciernes, sumergida todavía en la indiferencia general que hablaba la voz de la lógica y le vaticinaba corta vida.

Pero la lógica y los vaticinios fracasaron, y a este fracaso contribuyeron el empuje inexorable de Willy Baranger y el aliento, aislado pero significativo, de figuras como Enrique Pichon Riviere.

Koolhaas, cual nuevo Quijote errante ubicado en el cruce de su Holanda con esta tierra de voz latina, fue siempre un pilar fundamental en la ya larga historia de la Revista. A ella aportó su sapiencia, su intuición, su amor por las letras. Y la honró una y otra vez con la inspirada jerarquía de su pluma.

Hoy Gilberto Koolhaas anunció que se retira de la tarea de la publicación. No es la primera vez que toma distancia, pero esta vez hay algo diferente. Lo nuevo es que quienes continuamos su trabajo quisimos expresar el reconocimiento de todos a lo que es su me-rito y quisimos también dar forma a nuestro agradecimiento particular por su magisterio.

Entendimos que una buena manera de hacerlo era nombrar a Gilberto Koolhaas Jurgens Director Fundador, y es lo que hicimos.

Decir que ahora *es* el Director Fundador de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, alude entonces a nuestro reconocimiento. Y también a nuestra esperanza en que no se demore el regocijo de reencontrarnos en esta tarea común de responder con marcas negras, con la letra, al llamado del papel en blanco.

SP.

**KLEIN,
AQUI,
AHORA**

Que nuestra Asociación se gestó y cumplió su institucionalización en torno al psicoanálisis “según Melanie Klein” parece un dicho incontrovertible.

Los removedores escritos de Klein y su “escuela”, descubiertos en estos lares por aquellos tiempos, fueron uno de los canales por los que se concretó esta filiación del incipiente grupo uruguayo. Y hubo otros. Como el testimonio de primera agua que llegó a través de Hanna Segal. Y el menos directo pero más intenso y dilatado, recibido vía Buenos Aires, a través de la palabra y la enseñanza de Arminda y Enrique Pichon Rivière, de Marie Langer, de Luisa Alvarez de Toledo, de Jorge Mom, de Emilio Rodrigué, José Bleger y tantos otros. Como fue operante también la sombra protectora de la Asociación Psicoanalítica Argentina, constituida en uno de los polos de desarrollo del pensamiento kleiniano.

Pero no todo vino de afuera.

Aquí disfrutamos de la ímproba labor como creadores, docentes y analistas, de dos personalidades de talla incomún: Madeleine y Willy Baranger, columna vertebral del nacimiento y consolidación de nuestra APU. En torno a ellos,

estuvieron los aportes originados en nuestro grupo y las vaya si intensas y entusiastas discusiones de aquellos momentos, momentos de excepcional fecundidad creativa signados por ese fervor que suele ser propio de los nuevos conversos.

Siendo así, no es necesaria otra justificación para el propósito de la Revista de recoger algunas, representativas opiniones que se tienen hoy y aquí sobre lo (JUC comenzó, también aquí, hace ya treinta años y que de algún modo prosigue, en este Montevideo siempre tan atento al mensaje que viene de afuera.

De algún modo prosigue, acabamos de decir; pero ¿de qué modo? ¿En qué medida Klein y su “escuela” continúa inspirando la práctica y la teorización entre nosotros? Pregunta de difícil respuesta, por cuanto es también difícil identificar los índices capaces de sustanciar una respuesta. Es que en este caso, así como en todos los casos en que la aceptación generalizada de una idea convierte en obvio todo cuanto tiene que ver con ella, muy bien puede ocurrir que se sea kleiniano “sin saberlo”.

Invitados a responder, algunos dieron su opinión con palabras, otros con silencios, De lo que habría que deducir que el lugar que ocupa hoy el pensamiento de Klein entre nosotros se despliega dentro del amplio espectro abierto entre lo dicho por unos y lo ¡ay! callado por otros.

Limitémonos pues a lo explicitado por quienes respondieron a nuestro requerimiento: Silvia B. de Bagnulo (S.B.), Sélika A. de Mendilaharsu (S.M.) Carlos Mendilaharsu (C.M.), Luis E. Prego (LP.), Vida M. de Prego (VP.) y Carmen M. de Steiner (C.S.).

A ellos, vaya nuestro agradecimiento por su cooperación.

Con sus colaboraciones nos hemos tomado algunas libertades que, esperamos, sean pasibles de justificación.

Ocurría que las opiniones eran relativamente extensas y tocaban diferentes puntos, por lo que nos permitimos agrupar los trechos de varias que se referían a un mismo tópico, aun a riesgo de que se pudiera perder la unidad de la

respuesta. Corrimos este riesgo pensando que importaba más lo que cada opinión podía tener de representativa de un punto de vista general, que lo que podía expresar como posición personal de cada autor.

Lectores y autores juzgarán.

E.P. y SP.

Revista: Las opiniones suelen modificarse con las vueltas de tuerca que impone el paso de los años. Es pertinente entonces preguntarnos cómo se puede ver, desde hoy, el impacto de la obra de Melanie Klein y su “escuela” en la génesis y consolidación de nuestra Asociación.

LP. —Para mí es claro. En la época de mi formación los analistas didactas eran kleinianos. También lo era el pensamiento general de nuestra Asociación.

CM. —Por mi parte, también considero que la obra de Melanie Klein tuvo una influencia básica en nuestra Asociación desde los comienzos. Creo que se puede afirmar que el grupo uruguayo se inició con una orientación kleiniana, lo que, obviamente, es distinto que decir que fue un grupo kleiniano.

Revista: Ciertamente, puede considerarse como obvia esta distinción, pese a lo cual podría ser de interés que en esta o en una próxima oportunidad el punto pudiera ser considerado con mayor detenimiento. Pero retomemos nuestro tema. Lo dicho aquí nos lleva a un segundo punto. Porque hablar de Asociación es hablar de quienes la integran y en su seno se desarrollaron como psicoanalistas. ¿Cómo estiman ustedes que incidió el pensamiento kleiniano en esa formación? ¿Acaso pesó en la opción de cada uno por el psicoanálisis?

V.P. —No sabría definir si mi opción por el psicoanálisis estuvo muy influida por el pensamiento kleiniano, ya que Freud, primeramente, y luego M. Klein fueron mis primeras fuentes de conocimiento y fue a través de ambos que me sentí cada vez más interesada en el psicoanálisis.

LP. —En mi caso, estimo que no fue importante para mi opción por el psico-

análisis, porque en ese tiempo mis conocimientos comprendían casi exclusivamente el pensamiento de Freud.

C.M. —Yo diría que en mi formación como psicoanalista fue fundamental Melanie Klein al comienzo y, posteriormente, otros autores de la escuela de Melanie Klein que siguieron investigando, enriqueciendo el psicoanálisis con aportes en diferentes esferas.

V.P. —También en mi caso Klein tuvo una enorme importancia, tanto en mi formación personal como en mi quehacer analítico.

Mis primeros contactos, dentro de mi formación como analista, fueron fundamentalmente con analistas kleinianos; tanto en las supervisiones como en la preparación teórica.

Pienso que eso influyó favorablemente en el manejo de mis pacientes, ya que Klein es, especialmente, una muy buena clínica.

Revista: Bien, estamos entrando en lo que será seguramente el tema central de nuestra conversación: los aportes de Melanie Klein y lo que para cada uno es más significativo entre esos aportes, sea en el plano de la teoría o de la clínica, como acaba de señalar Vida Prego. Hablar de vigencia apunta a una presencia viva, a conceptos y técnicas cuya creatividad se continúa en el esquema referencial o en el modo de trabajar de cada uno. ¿Cuáles de las enseñanzas de Klein serían, ajuicio de ustedes, plenamente actuales?

L.P. —No cabe duda que a Klein se le deben cambios importantes en términos de modificación y apertura para el trabajo analítico, particularmente con psicóticos y muy especialmente con niños.

VP. —Entiendo que a partir de Klein y su técnica de juego fue posible trabajar con niños, aun con los muy pequeños, y esto trajo como consecuencia un saber diferente acerca de los primeros años de la vida del ser.

SM. —La extensión del psicoanálisis a los niños, que implicó desde luego aplicar su creatividad en la invención de nuevas técnicas, la enfrentó a algo que Freud no experimentó directamente, que es el análisis de un ser en desarrollo.

Esto ineludiblemente tuvo que llevar a Klein a considerar un tiempo sobre todo cronológico y a hacer pesar el punto de vista de la génesis, contrariamente a Freud, que infería a partir de hallazgos en el análisis de pacientes adultos los sucesos anteriores, dentro del marco de un tiempo lógico o tiempo del *après coup*. Con este punto de partida es que Klein teoriza su concepto de posición, tan esencial y fecundo en la teoría kleiniana, y este mismo punto de partida ha llevado cada vez más a los autores poskleinianos a considerar estados anteriores a la posición esquizoparanoide para dar cuenta de hechos observados en el análisis de niños profundamente alterados, psicóticos o autistas, con severas perturbaciones en el uso de los signos y del pensamiento simbólico, estados casi indiferenciados de la realidad somática. Resumiendo, diría que Freud abrió la vía del descubrimiento del inconsciente y Klein, en este sentido, ha sido su continuadora de genio.

VP. —Esto llevó a modificar conceptos tales como los de analizabilidad, ya que no solamente se hizo posible analizar niños de todas las edades, sino que además permitió un acercamiento y un trabajo diferente con pacientes psicóticos.

CM. —Por mi parte, quisiera señalar dos aspectos que se refieren específicamente a Melanie Klein. En primer lugar, la introducción de la técnica de juego para el análisis de niños, que comienza en los primeros años de la década del veinte, le permite realizar descubrimientos clínicos que muchos catalogan de geniales, que permiten comprender la problemática de problemas tales como las psicosis infantiles y también se extienden a las psicosis del adulto. La propia Melanie Klein ya en 1930 realiza un trabajo sobre la psicoterapia de la psicosis en el adulto. El deslumbramiento que produce la intuición clínica de Klein queda en franca desproporción con la teorización realizada por ella, ya que, como dice Meltzer, Melanie Klein no era ni una teórica ni una intelectual.

VP. —Convendría agregar aquí que fueron muchos los que desarrollaron aspectos del pensamiento kleiniano: figuras como Bion, Meltzer, Rosenfeld y mu-

chos otros, hicieron importantes contribuciones acerca del psicoanálisis de niños y de psicóticos.

CM. —Volviendo a los descubrimientos de Melanie Klein, creo que algunos han modificado en forma sustancial la teoría psicoanalítica, incorporándose a la misma como conceptos básicos, que aparecen sistemáticamente en el campo psicoanalítico.

Quisiera señalar, desde luego que sin desarrollarlos, algunos de estos conceptos. En primer término, su concepción de las posiciones esquizoparanoide y depresiva. En conjunto de fantasías omnipotentes en el sentido de Bion y la significación de los objetos parciales en la posición esquizoparanoide son esenciales para la comprensión del funcionamiento del aparato mental. Por otra parte la descripción original de la identificación proyectiva, en su trabajo “Algunos mecanismos esquizoides” de 1945-46, que luego fue enriquecida y desarrollada por su escuela en diferentes modalidades, identificación proyectiva explosiva (Bion), identificación proyectiva invasora (Money-Kyrle), identificación proyectiva intrusiva (Meltzer), etc.

La posición depresiva es, a mi juicio, central, quizás mejor, esencial entre los descubrimientos kleinianos.

Freud y antes Abraham habían llegado con sus estudios a descubrir los fenómenos dinámicos de la melancolía y del duelo, pero es Melanie Klein, procesando sus duelos y los que le enseñaron sus pacientes, quien completó el trabajo iniciado por Freud y Abraham. Es obvio que no podemos entrar con cierta profundidad en estas originales ideas de Klein: yo diría que solamente con el concepto de reparación ya habría hecho una contribución fundamental a la teoría analítica. Todo esto tiene que ver con la posición depresiva, se relaciona con el problema del tiempo tal como lo desarrolla Meltzer.

S.M. —El *sentir* y la importancia de los afectos, subrayado profundamente por Klein, también ocupa un espacio preferencial en sus concepciones. Asimismo el dolor ocupa un lugar central en las teorías de otros autores

poskleinianos, especialmente Bion.

Revista: Según lo que ustedes señalan, Klein habría aportado una nueva manera de entender, una manera que entre otras cosas, dio un nuevo lugar a los afectos. A la vez su enseñanza inició lo que puede llamarse un “movimiento”, algo que continúa más allá de la última página escrita por su mentora. Sin entrar a hablar de ortodoxias y heterodoxias, interesaría que nos hablaran de cómo ven ustedes el panorama actual del “movimiento” kleiniano.

LP. —En cuanto a desarrollos poskleinianos, es mucho lo que podría decirse, pero inicialmente me importa más señalar como detalle que invita a la reflexión la relativa falta de interés manifestada por APU hacia otros analistas freudianos que también han hecho aportes importantes al análisis de niños.

C.M. —En la APU sucedió un extraño fenómeno que podría catalogarse de fascinación por Lacan y otros autores franceses, que llevó a muchos integrantes a considerar todo lo relacionado con la escuela kleiniana como algo sobrepasado, anticuado, “démodé”. Esto trajo como consecuencia también una “ignorancia” de autores de la categoría de Bion y Meltzer por parte de la mayoría del grupo uruguayo y también de varios grupos argentinos. Un pensador de la categoría de Bion, con su poder para penetrar en el mundo de la psicosis, ha sido catalogado por muchos en el Río de la Plata como un autor “aburrido”.

Revista: Lo que mencionan hace evidente la necesidad de precisar el punto. Dividirlo puede ser un camino. Podría plantearse la pregunta acerca del panorama del “movimiento” kleiniano dentro de nuestra Asociación, que quizá pueda darse por contestada con lo dicho. Y además la pregunta sobre la situación del “movimiento” en el campo general del psicoanálisis.

C.M. —Ciertamente, no debemos olvidar lo que ocurre en otras áreas. Otros grupos, curiosamente, empiezan a descubrir a Melanie Klein y a su escuela recién en los últimos años, tal como se observa en la mayoría de los autores franceses, con excepción de algunos que conocían y reconocían su formidable

intuición clínica. Lacan mismo, en algunos pasajes de su obra, reconoce explícitamente este aspecto.

En relación con Melanie Klein y sus continuadores ha habido en los últimos sesenta años muy diferentes posiciones en los múltiples grupos analíticos. Se podría tomar como ejemplo en este sentido los cambios que hubo en Inglaterra, donde Melanie Klein empieza a trabajar en 1926 con un pequeño núcleo a su alrededor y una tenaz oposición a sus ideas de parte de la mayoría, con respecto a lo que sucede en la actualidad, donde los conceptos básicos de la autora son aceptados por la gran mayoría del psicoanálisis inglés.

L.P. —Es sabido por todos que de tiempo en tiempo aparecen trabajos de estirpe kleiniana por analistas que hasta entonces se habían mantenido alejados de ella.

S.B. —Desde mi punto de vista, diría que en tanto Freud había conceptualizado el cuerpo psicoanalítico en términos de zonas erógenas, Klein, apoyándose en las fantasías inconcientes, privilegió no sólo el propio cuerpo sino también el cuerpo de la madre y los contenidos internos de la misma. Es así que el cuerpo se va convirtiendo en uno de los ejes de sus postulados clínico-teóricos, que articula con relaciones primarias de objeto, ansiedades tempranas y sus defensas

Desde esta propuesta teórico-clínica presenta un nuevo modo de abordaje técnico: la sala y caja de juego, así como el cuerpo del analista, se tornan representantes del cuerpo materno.

C.S. —Para explicar esta idea cita a Jones, quien considera que es el principio del placer el que hace posible la ecuación entre dos cosas completamente diferentes, por una semejanza de placer o interés. Para Klein, concomitantemente a lo libidinal estaría la angustia. Tanto una como otra contribuyen a que el niño se dirija a otros objetos como equivalentes del cuerpo materno y sus contenidos. Este, así, se siente constantemente impelido a buscar nuevos objetos en la creación de ecuaciones simbólicas.

S.B. —Exactamente. Se empieza a trabajar el cuerpo y con el cuerpo de una

manera distinta.

Es sobre todo en el trabajo con niños y con psicóticos que estos hallazgos se tornan más evidentes.

Se establece a nivel de la fantasía inconciente (junto a los mecanismos de proyección e introyección) un interjuego cuerpo a cuerpo entre el niño y la madre (analista) donde ambos tienen capacidad de albergue: el niño en sus fantasías puede introducirse en el cuerpo de la madre y a la vez el niño puede incorporar a la madre y sus contenidos. También en sus fantasías, la madre puede introducirse en su cuerpo. El cuerpo materno (analista) y sus contenidos fantaseados adquirirán las connotaciones de buenos (gratificantes) o malos (frustrantes) en correlación con los impulsos libidinales o sádicos del niño.

C.M. — Para terminar y expresar de modo concreto mi opinión acerca de los discípulos de Klein, voy a elegir dos de ellos, los que a mi modo de ver han sido más creativos y originales. En primer lugar W. R. Bion, que de acuerdo con el juicio de Meltzer integra con Freud y Melanie Klein la trilogía genial del psicoanálisis. Bion fue licenciado en historia, profesor de literatura y de francés, con formación sólida en matemáticas y en filosofía, que entró tardíamente al psicoanálisis luego de un pasaje por la psiquiatría. Sus conceptualizaciones más originales son sus trabajos en grupos y, fundamentalmente, los análisis de esquizofrénicos, que le permitieron llegar a las profundidades de las perturbaciones del pensamiento y del no pensamiento y a plantear una modificación del concepto de aparato mental, postulando la existencia de dos partes de la personalidad, una no psicótica y otra psicótica. En otro nivel, Meltzer y su grupo han realizado investigaciones profundas, rigurosas, libres de prejuicios y de dogmas, en psicosis y en niños autistas. Lo que me parece más atractivo, y al mismo tiempo extremadamente importante para la clínica psicoanalítica, son sus desarrollos sobre la dimensionalidad, que van desde la unidimensionalidad a la tetradimensionalidad, esta última relacionada con la posición depresiva que incluye un tiempo lineal e irrecuperable, que se dife-

rencia del tiempo “oscilatorio” de la posición esquizo-paranoide.

Revista: Multitud de teorías se disputan el cielo del psicoanálisis y quizá ninguna podría reclamar ser “el” psicoanálisis. En este panorama, que muchas veces ha sido de lucha, es difícil escapar a un cierto embanderamiento, escapar a la tentación de tomar partido. Es así que a veces se escuchan opiniones que son más bien expresión de deseos o simples augurios. Concientes de este problema y procurando evitar que sea el determinante de nuestras opiniones, ¿afirmarían ustedes que el pensamiento kleiniano continúa vivo? El propuso numerosas direcciones de trabajo en investigación: ¿están ellas agotadas? Y, por último, ¿dirían ustedes que Melanie Klein tenía algo que decir que todavía puede ser oído como algo nuevo?

SM. —Si Wittgenstein admitía que admiraba a Freud (y esto a pesar de no compartir sus ideas) porque era alguien “que tenía algo que decir”, con igual razón se puede afirmar que Melanie Klein es también alguien que suscita admiración porque “tuvo mucho que decir”, se esté de acuerdo o no con la totalidad de sus ideas. Pienso que esto es algo que tiene que hacer reflexionar a sus detractores.

V.P. —Respecto de nuestra Asociación, creo que Klein fue y sigue siendo importante para ella. Conceptos tales como Edipo temprano, identificación proyectiva e introyectiva, envidia, mundo interno, etc., fueron aportes invalorable que permitieron una mayor comprensión de los procesos psíquicos.

En cuanto a si es actual su pensamiento, creo que sí, que tiene una enorme actualidad. A través de sus investigaciones fue posible jerarquizar la importancia que tiene el primer año de la vida del niño y la relación que pueda establecer, desde el inicio, con la figura materna. Esto es fundamental tanto para las niñas como para los varones, pero cobra un especial interés en el caso de las niñas, ya que nos permite comprender más y mejor “ese mundo misterioso” de la sexualidad femenina y de la relación de la mujer con la madre y con su propia femineidad. Acerca de todo esto, aún queda mucho por saber.

C.M. —La última etapa de la obra de Melanie Klein está centrada en su obra “*Envidia y Gratitud*” de 1957. La envidia que figuraba ya con características bien definidas en la literatura, por ejemplo en Quevedo, que decía algo así como que mordía y no comía, y en Cervantes, que diferenciaba la envidia buena y la envidia mala, esta última con los mismos caracteres que designaba Quevedo, había sido negada o mejor renegada por el psicoanálisis. Más aun, muchos psicoanalistas desconocen la envidia e incluso algunos próximos a Melanie Klein se separaron cuando apareció ésta en su obra. Todo esto implica que parece más fácil renegar que asumir, dificultosa y penosamente, los sentimientos envidiosos de cada uno de nosotros.

Revista: Lo que estaría indicando que sobre esto también queda mucho por decir.

SM. —Los autores poskleinianos, y pensamos en este momento en Meltzer (sobre todo en su libro “*Desarrollos kleinianos*”), expusieron en forma más metódica y sobre todo coherente consigo misma, la teorización kleiniana, despojándola de algunos elementos teóricos de herencia freudiana que no eran incorporables a sus nuevos descubrimientos. Pero las imperfecciones teóricas de Klein no opacan en absoluto a mi juicio sus aportes al psicoanálisis, su intuición clínica formidable, la fuerza de su talento creativo, la posibilidad de abrir caminos hasta ese momento intransitados en el enigma de la realidad psíquica. Podríamos decir que fue capaz de ocupar el lugar de “un pensador de pensamientos hasta entonces sin pensador” o de *ser* de un saber que no había encontrado hasta su llegada quién lo supiera.

**TEMPERATURA Y
DISTANCIA
DE LA
INTERPRETACION¹**

DONALD MELTZER

LA tarea de supervisar a otros ayuda a notar cosas con respecto a nuestro propio trabajo clínico que, de lo contrario, quizás escaparían a nuestra atención. Mientras que esto se cumple en cuanto al contenido de la comprensión de material, se cumple aun más en cuanto a la técnica. Nuestra así llamada enseñanza de la técnica es una zona peculiar y mal definida, una mezcla de principios técnicos básicos, de inventiva técnica dentro de este método básico, de elementos estilísticos e inclusive de una idiosincrasia inconsecuente. En este trabajo quiero tratar de separar esta zona de *los límites de la inventiva técnica dentro de las fronteras del método fundamental* para poder prestar atención a un aspecto particular de éste, a saber, *la inventiva de la expresión verbal*.

Antes de adentrarnos en el cuerpo de esta investigación, es necesario definir las fronteras de esta zona de la técnica, distinguiéndola de las otras tres. Los principios técnicos básicos que yo empleo son los que se derivan de Freud y de Melanie Klein, modificados por mi propia perspectiva del método como proceso (véase “El Proceso Psicoanalítico”, Heinemann, Londres, 1967). En esta perspectiva la tarea del análisis consiste en crear una situación en la que pueda desarrollarse la evolución sistemática de un proceso de transferencia, a su vez vigilada y atendida por la interpretación. Se define claramente la distinción

¹ Leído en la reunión de la Federación Psicoanalítica Europea, Aix-en-Provence - 1976. Reproducido con autorización del Autor.

entre el método freudiano de investigación de la transferencia como resistencia y al servicio de la reconstrucción. Por lo tanto la *interpretación propiamente dicha* como enunciado metapsicológico (con aspectos genéticos, dinámicos, estructurales y económicos de la transferencia definida) puede distinguirse de una *exploración interpretativa general* del material del paciente cuya finalidad sea la de facilitar su emergencia.

Este método básico se presta para una rica diversidad por inventiva y puede distinguirse con bastante claridad de la experimentación técnica. De modo similar, la zona de la inventiva puede distinguirse de aquellos elementos de estilo .que son emanaciones de la personalidad del analista, en el sentido social. Estas modulaciones estilísticas, en tanto las observa el mismo analista, presumiblemente pueden continuar porque él no les otorga ningún significado especial dentro del trabajo que se está realizando, por lo cual tampoco las considera dignas de que se formulen o comuniquen a los estudiantes. No obstante, han de ser precisamente los elementos en su modo de trabajo los que los analizandos reflejarán y quizás caricaturizarán mientras sus procesos de identificación permanezcan narcisistas.

Finalmente, al referirme a una zona de idiosincrasia inconsecuente, quiero distinguir dicha zona del comportamiento de un analista con el paciente que es dictada por su adaptación a aquellas peculiaridades que no son parte de la psicopatología del paciente. Aquí podemos incluir la ayuda a un paciente impedido, una cortesía especial para con las mujeres. la simplificación idiomática en el caso de extranjeros, etc.

VOLVIENDO ahora a la zona de la inventiva técnica dentro de los límites de la técnica básica, quiero definirla con más precisión en función de su estructura interna y de su importancia para el método para luego proseguir con el examen del segmento que constituye el tema principal de este trabajo, la temperatura y distancia como dimensiones de la inventiva verbal. Hace algunos años aprendí, a través de mi trabajo con niños y con pacientes adultos muy enfermos, que me sentía constreñido por un lado por los conceptos de “timing” (hallazgo del momento oportuno), y por otro, por el precepto de Melanie Klein de seleccionar las angustias más profundas implícitas en el material inmediato. Yo comprendía que esto último se aplicaba principalmente a su método, con lo que ella llamaba el ‘establecer la situación analítica a su vez desde mi punto de vista, era característico de su enfoque en general. Estos dos enfoques y quizás la posibilidad de que se excluyeran mutuamente, me resultaron como restricciones a la espontaneidad de la comunicación y eventualmente al mismo pensamiento. El primero llevaba hacia el paciente una mala conciencia de reserva lindera con lo clandestino e invitaba a la omnisciencia en el analista. Sentí el segundo enfoque como trabando la libre exploración del material, pues daba un tono de explicación a los procederres que desmentía esta vigilancia más insegura y exploratoria de un proceso en el paciente. Yo sentía que aquello alentaba un elemento de pasividad en la dependencia del paciente, y una responsabilidad no realista para el control del analista.

Contrastando con lo antedicho, quise hallar modos de expresar mi pensamiento peregrino para compartirlo con el paciente pero sin dirigirlo, sin causar alarma, excitación erótica, o confusión. En tanto que la meta era estimular el enriquecimiento del material para que los procesos intuitivos inconcientes funcionaran más ampliamente tanto en el paciente como en el analista, sentí que esto sería una preparación útil para la introyección del

paciente en sus objetos internos de cualidades analíticas de la mente, con miras a la esperanza de que el paciente se volviera capaz de un auto-análisis en el futuro, cuando la estructura rectificadora de su personalidad convirtiera esto en una posibilidad real.

También observé que mi deseo giraba alrededor de hallar una implementación en la diferenciación lingüística entre un lenguaje de rumia insegura para expresar el pensamiento exploratorio (la actividad interpretativa) y un lenguaje comprometido por la presentación de enunciados metapsicológicos (la interpretación propiamente dicha). Cuando examiné más de cerca este desarrollo en mi técnica, pude ver que yo estaba empleando técnicas verbales para lograr estos objetivos que razonablemente podrían llamarse: modulaciones de temperatura y distancia. Trataré de definir y de ilustrar esto.

En otra parte (“Exploraciones en Autismo”, Clunie Press, Strath Tay, 1975) he detallado el criterio acerca del lenguaje (proveniente del trabajo de diversos gramáticos y filósofos) que considera que éste se mueve en dos niveles, el profundo y el superficial. Las raíces profundas y más primitivas (Wittgenstein, Langer) son esencialmente musicales y funcionan originariamente (tanto en el sentido histórico como evolucionista) para comunicar estados anímicos por el mecanismo de la identificación proyectiva (Bion). El nivel lexicológico para expresar y transmitir información sobre el mundo exterior se ha formado gradualmente sobre estos cimientos (y el niño construye rápidamente). Finalmente, la función poética encuentra el medio metafórico de describir el mundo interior mediante formas del mundo exterior. Es mediante la modulación de la interacción de estos tres niveles que puede hallarse el medio de controlar la atmósfera de la comunicación, cuyas dimensiones quisiera describir como temperatura y distancia. Trataré de explicar.

Si uno se imagina que la voz que habla podría modularse musicalmente en toda su amplitud, esto proveería un espectro que se extendería de lo monótono al esplendor más completo de una ópera. En la práctica, obviamente no podemos ni deseamos hacer esto, pero funcionamos dentro de un segmento de este espectro. Sus elementos no son otros que los habituales en música: tono, ritmo, clave, volumen y timbre. Al modular estos elementos musicales podemos controlar la emotividad de la voz y he aquí lo que yo quiero decir con la temperatura de nuestra comunicación. Esto a su vez tiene un impacto sobre la atmósfera del consultorio y la reverberación entre el paciente y el analista, diversamente realizándose o amortiguándose esta atmósfera.

Pero la distancia entre el analista y el paciente también puede modificarse de un momento a otro. Un reconocimiento de los procesos de escisión en el paciente hace que esto sea posible, especialmente si tomamos nota de las diferencias de lenguaje existentes entre las diversas partes de su personalidad cuando se presentan directamente en los momentos de actuación-en-la-transferencia. Con este medio podemos utilizar lenguajes bastante diferentes como consejo orientador, cada uno diferente del otro en el vocabulario, conjunto de imágenes derivadas del discurso y de los sueños del paciente, en el nivel de educación, grados de vulgaridad o refinamiento, etc. Además de este mecanismo orientador para dirigirnos a diferentes partes de la personalidad del paciente en distintos momentos, también podemos modificar la distancia, no dirigiéndonos para nada a la parte involucrada en nuestra formulación, sino hablándole acerca de esa parte a otra, o rumiando en voz alta en la presencia del paciente, dejándole a éste la opción de escuchar o ignorar lo dicho.

HABIENDO descrito brevemente estas dos dimensiones de la técnica en la comunicación, que sentimos que se prestan para la inventiva de la modulación, debería ser posible formular alguna afirmación más general sobre los principios que parecen guiar la modulación en sí misma, para luego ilustrar esto con algún material clínico. Dado que la finalidad de esta inventiva moduladora es liberar al analista para que pueda compartir sus pensamientos con el paciente, sin distorsionar el proceso analítico en sus orígenes en el paciente (o sea, ni dirigir, provocar, estimular, confundir, etc.) y dado que la velocidad con que acontecen las cosas en el consultorio es demasiado grande para una experimentación preconcebida sin pérdida grave de espontaneidad y de “rapport”, lo que voy a describir es una visión posterior. Es una evaluación de la maestría que, para bien o para mal, me doy cuenta he desarrollado a través de los años y que ahora puedo reconocer como aspectos establecidos de mi técnica. Evidentemente se trata de los sobrevivientes de innumerables piezas de inventiva, muchas de las cuales fracasaron y requirieron que me protegiera contra ellas en el trabajo subsiguiente. Naturalmente no menciono éstos para que otros los adopten, sino más bien como una guía para ayudar a otros para que examinen su propio desarrollo de inventiva lingüística. Creo que puedo sostener que toda la zona está bastante libre de preconceptos metodológicos o teóricos, pero naturalmente, al basarse en cierto grado en una visión posterior, los intentos de generalización están abiertos a amplios errores. Pero desde mi propio punto de vista, mi interés en presentar un trabajo como éste para que se discuta, radica en provocar la ayuda de mis colegas para evaluar la cuestión crucial: ¿tales mecanismos ingeniosos permanecen verdaderamente dentro del marco del método técnico básico? En otras palabras, dónde termina la inventiva y dónde comienza la actuación-en-la-contratransferencia. Obviamente, yo sostengo que quiero mi libertad para enriquecer el proceso y no porque sí; para aumentar mi placer en el trabajo, etc. Pero sabemos bien a partir de Freud las serias limitaciones y distorsiones que puede introducir la contratransferencia

inconciente, pues esto se manifiesta en el analista, tal como la transferencia en el paciente, por la dificultad de interponer el pensamiento entre el impulso y la acción. El consejo de Freud del comportamiento de “pantalla en blanco” y otras restricciones técnicas tuvo como objetivo minimizar el peligro de un “análisis salvaje”. Esto fue un poco de “haz-como-yo-digo-y no-como-yo-hago” a los jóvenes, y las exigencias estrictas carecen de exilo en sí mismas, como la moralidad en otras áreas de la vida. El asunto es demasiado complicado para que pueda resolverse por un medio simple. No sólo, digamos, puede la actuación esconderse tras un comportamiento de “pantalla en blanco”, sino que el paciente puede tomarlo como característico, más que formal o técnico.

PUES bien, si el problema metodológico existe y no puede evitarse con reglas determinadas o prefijadas de conducta, si queremos liberar al analista para enriquecer la comunicación en tanto comunicación, si queremos lograr esto evitando a su vez la trampa de abrir una caja de Pandora de actuación-en-la-contratransferencia, entonces debemos examinar y formular y evaluar lo que realmente estamos haciendo para ver si pueden establecerse ciertas pautas en lugar de reglas constrictoras de la conducta. Al examinar de cerca mi propia técnica, pienso que puedo discernir cómo funcionan los siguientes principios de la modulación de temperatura y distancia:

- 1) Dentro del mundo de la música emotiva de la voz, tengo la impresión de que tiendo hacia el centro, si así puede decirse. O sea, si enfocamos este espectro emotivo y el segmento del mismo en que la gente realmente opera, mi contribución en todo momento parece funcionar en la dirección de llevar la atmósfera de vuelta al medio, generalmente apaciguando el ardor e infundiendo vitalidad a la languidez. Noto que tiendo a hablar un poco más fuerte que aquél

que murmura y un poco más suave que el gritón, en un tono menos menor que el del deprimido y menos mayor que el maníaco, más lento que aquel que anda a galope y más rápido que el demorón, menos vibrante que el apasionado, etc. Quizás todo el mundo haga esto naturalmente, automáticamente. Pero en realidad estoy convencido, a partir de mi propia experiencia y la de aquellos a quienes superviso, de lo fácil que es quedar impulsados o retardados por la atmósfera creada por los pacientes que son proyectores poderosos; de lo tentador que es simular empatía por mimetismo. Creo que dificultades importantes en el análisis pueden resultar de que el paciente sienta como evidencia de su éxito el controlar de modo omnipotente al analista.

2) Con respecto a las dimensiones de la distancia he descrito dos aspectos: variaciones en el objeto de la comunicación y variaciones de la orientación* . Quizás pueda categorizar estos aspectos en forma más completa, tratando de aducir principios generales:

a) el objeto puede ser ya sea la parte adulta de la personalidad del paciente o una o más estructuras infantiles o un tipo más generalizado de objeto al que pertenece alguna parte del paciente (hombres, niños, bebés, etc.) y se puede referir a éstas en el pasado, presente o futuro;

b) la orientación de la comunicación puede describirse como directa a una parte determinada, indirecta (a alguna parte sobre otra parte) o sin orientación (simplemente colocada en la habitación como una rumia O simple reflexión que posiblemente pueda interesar al paciente o a alguna parte de él, aunque parezca improbable en el momento).

* El original en inglés dice "direction", pero he preferido la palabra orientación a dirección en español, debido a la variedad de connotaciones de este último vocablo. (N. T.)

Yo noto que tiendo a modificar estos aspectos de la orientación y del objeto para regular la distancia, según si lo que tengo que decir me parece que ha de aumentar o disminuir el dolor en la concientización* del momento. Evidentemente estoy partiendo de la base de que el dolor está allí y que el paciente puede estar sufriendo en el momento o no (Bion). En general las interpretaciones que pueden referirse a la angustia persecutoria tienden a disminuir el dolor y aquellas que se refieren a la angustia depresiva tienden a aumentar el sufrimiento del momento. Por consiguiente me parece que suelo dirigir una interpretación de angustia persecutoria directamente a la parte dolorida mientras que suelo hablar a la parte adulta sobre una parte que está sufriendo de angustia depresiva. Del mismo modo noto que, cuando se trata de problemas de cooperación o de responsabilidad, tiendo a hablar a la parte adulta sobre ella misma. La cuestión de la orientación me parece que se maneja fundamentalmente a nivel lingüístico, mediante un vocabulario diferenciado, parcialmente derivado del relato del paciente del lenguaje parental de su niñez particular, o cultural en su origen allí donde falta tal información (mamita y papito, bah-bah, forma de hablar de nene chico). Estoy dispuesto a usar el grado de vulgaridad propio del paciente (coger, mierda, etc.) cuando me dirijo a esa parte, y estoy dispuesto a hablar en lenguaje simple al niño en él y en el nivel máximo de la sofisticación lingüística al adulto (o quizás aun más en el caso de que su nivel educativo esté por debajo de sus aspiraciones culturales).

Pienso que no puedo seguir adelante en la exploración de mi propia técnica hasta que la presentación de material clínico permita esto. Lo mejor sería presentar un ejemplo de modulación exitosa como también uno sin éxito. Pero como el tiempo es breve y lo que yo considere “exitoso” por cierto está abierto a una construcción contraria, me limitaré a una sola sesión. No es palabra por

* El original en inglés “awareness” es un vocablo que infaliblemente plantea una insatisfacción a todo traductor, pues no disponemos de una palabra idéntica en español. “Awareness” es saber, ser o estar conciente de, concientización, reconocimiento. Se oscila entre dichos matices. (N. T.)

palabra que pienso reproducirla, sino que se trata de una construcción realizada a partir de un resumen hecho inmediatamente, diez minutos después de la sesión. Trataré de identificar los cambios lingüísticos modulatorios y categorizarlos.

MATERIAL CLINICO

El Sr. G. es un hombre treintón, un sociólogo dedicado a la investigación, que viene al análisis parcialmente por razones profesionales. Lo veo cuatro veces por semana y él está acercándose al final de su segundo año de tratamiento, revoloteando entre dejar el análisis como un fraude y consagrarse de alma a él como medio para liberarse de ser una “turba”, un “hijo de puta egoísta”. Se había pasado la mayor parte de la sesión anterior quejándose de su madre. Ella nunca está satisfecha con él porque no puede vanagloriarse de sus logros con fe, ya que otras madres parecen siempre aventajarla en sus jactancias sobre el status, los ingresos o los logros del hijo. Yo había interpretado básicamente que él parecía acusarme de ser una madre analítica así, usando una técnica de zahahoria-y-palo. El había respondido quejándose que de aquellos conocidos de él que se han analizado ninguno le parece muy admirable, aunque naturalmente nunca conoció a nadie que se haya tratado conmigo. Pero según él siempre estoy implicando que mis otros pacientes son tanto mejores, etc.

Al final de la sesión, después de haberle recordado un planteo anterior de tipo Isaac, de cómo quería ser el favorito colocando confiadamente su vida en mis manos, aun cuando él pensaba que yo y el psicoanálisis podíamos ser violentamente destructivos, se fue enfurruñado y no agarré su portafolio. Fue sólo después de salir de la casa que yo me di cuenta de esto, y, sabiendo que lo necesitaba, me acerqué a él justo cuando estaba dando vuelta con el coche. Había llegado 20 minutos tarde a la sesión por haberse quedado dormido, y yo me había excedido en tres minutos, y hubiera podido seguir si no fuera porque

él miró su reloj.

El viernes llegó en hora, entrando con una mirada agresiva y lanzándose inmediatamente en una diatriba por más o menos 10 minutos. El tema era que yo siempre trataba de hacerlo sentir inferior y culpable con mi conducta, de modo que parecería que él era poco amable mientras que yo era irreprochable dentro de mi decoro psicoanalítico, cuidadosamente calculado y aplicado a su vez meticulosamente. Pero no había duda que ayer, cuando le alcancé el portafolio, estaba fastidiado porque no dije “de nada” después de que él dijera “gracias”, ni retribuí su sonrisa. En un principio se había sentido agradecido y culpable por haberme molestado, hasta que reconoció la verdad de su fastidio.

Analista: Es decir, hasta que usted pudo despojarse valientemente de esos malos sentimientos que yo tan despiadadamente estaba proyectando sobre usted. (*Irónico, con una cierta sonrisa*) (*al niño pequeño, aliviado*).

Paciente (*riéndose a su pesar*): Sí, es verdad. No me voy a dejar prepotear por usted. Eso justamente es lo que pasó.

Analista; Sólo puede ser una versión de su experiencia y parece haberse modificado retrospectivamente. Aun así, usted no desafiaría la posibilidad de error en la observación y en el juicio. Por ejemplo, el niño en usted quizás no notó que yo había inclinado la cabeza en respuesta a su agradecimiento, quizás hubo una sonrisa en mi mirada o en mis labios, pero usted tampoco notó que yo levanté el portafolio, al punto que siguió dando marcha a su coche. (*Serio, al adulto.*)

Paciente: Me di cuenta que usted levantaba el portafolio y eso me agradó. Pensé que era un saludo amistoso normal, como “hola, José”, pero no me di cuenta que el portafolio era mío. Y por eso me perturbó tanto su

comportamiento poco gentil cuando abrí la ventana y dije “gracias”.

Analista: Quizás lo que a Ud. le perturbó y desanimé fue el deseo de niño pequeño de que yo dejara de lado mi técnica analítica como una señal de mi favoritismo, de que yo fuera la mamita buena o el papito bueno que nunca le causan la pena de sentir celos de otros niños buenos. (*Mofando levemente al adulto sobre el niño, como cambio o recurso hacía la manera infantil de hablar.*)

Paciente: Cualquiera se sentiría ofendido con tal conducta (*tratando de volver a provocar enojo pero no muy exitosamente*). Todo el mundo dice “hola” y “adiós”, salvo usted. ¿Por qué usted no puede decir “de nada” en vez de simplemente inclinar la cabeza? Usted es el que es poco amable y anda con el paso cambiado (*Calentándose en su tarea*). Usted se esconde detrás de una fachada de conducta técnica, pero de hecho usted trata a sus pacientes con desprecio y trata de hacerlos sentir inferiores para poder llevarlos así a que acepten sus teorías y sus valores. (*Con una intención triunfante.*)

Analista: Estos valores sugieren que si usted se duerme, si usted deja atrás su caso, si usted acepta los beneficios del análisis, quizás usted pueda sentir alguna culpa valiosa o alguna indignidad que incite su desarrollo. Pero si usted no distingue entre los dolores valiosos que surgen de la bondad de sus objetos y los dolores de persecución de sus enemigos, entonces sigue que cualquiera que le cause un dolor es un enemigo. (*A las estructuras infantiles, generalmente serio y un poco severo.*)

Paciente (*sonriéndose pero sarcásticamente*): Entonces a Ud. le gustará el sueño que tuve anoche y lo interpretará como confirmación, pero yo lo veo como una vindicación de mi actitud valiente y belicosa ante la vida. Usted se acuerda de que yo le conté que mi jefe anterior iba a venir a dar una conferencia

y lo invité a que pasara con nosotros y estaba organizando una cena para él. Bueno, David llamé por telefónico para decir que no debíamos molestamos porque él tenía amigos en Stanton St. John.

Analista (*dudando*): Vero eso suena bastante descortés. (*Un poco bromeando, al adulto.*)

Paciente: Sí, me di cuenta cuando lo dije. Eso no es como pasó en realidad; no hice contacto directo con él. Quizás no supo de nuestra invitación hasta después de haber aceptado la otra. No es una persona grosera o desagradecida, aunque puede ser desconsiderado y egocéntrico. Me sentí herido pero quizás sin razón. Mi susceptibilidad. De todos modos, en el sueño había entrado en un bar y alguien me dio una piña en la nariz así no más. Bueno, creo que sí, que algo me dolió, me refiero a la nariz. De modo que me puse unos guantes de boxeo y él también y nos dimos y cada piña que le di le dio en la cara pero las que me dio él le fallaron. Pero de alguna manera no pareció lesionarse, y cuando David pasé le comenté sobre esto. Pero después me di cuenta que en vez de quedar lesionado el otro sujeto ése, parecía achicarse más y más, hasta que no había duda que si seguía luchando simplemente estaba tratando de ser un matón. Así que sugerí que la paráramos, y de todos modos ya no estaba enojado.

Analista: Si cada vez que mamita le ofrece su pezón Ud. piensa que ella está ostentando el gran pene que le dio papito durante las últimas vacaciones, es posible que sienta que se justifica morder ese pezón-pene. Únicamente si mamita puede soportar esta agresión sin realmente atacar de vuelta, las cosas gradualmente asumen sus proporciones correctas. Entonces Ud. puede verlo como un pezoncito amistoso, como la sonrisa en los ojos de ella. (*Gentil y suavemente, al bebé.*)

Silencio por tres minutos.

Paciente: Bueno, no hay nada más que decir. (*Deprimido.*)

Analista: ¿Nunca más? (*Riéndome*) (*levemente, al bebé.*)

Paciente (*riéndose*): Usted gana de nuevo, supongo.

Analista: ¿Pero no es eso justamente la cuestión? ¿Estamos en un combate en que alguien gana y alguien pierde o podemos cambiar a otro vértice en que ambos ganamos o perdemos, porque se trata de nuestros desarrollos individuales, no de triunfo social y de superioridad? (*Serio, al adulto.*)

Silencio por tres minutos.

Paciente (*con petulancia*): Pero mi madre es así y debe haber sido así toda mi vida, desde que nací, de modo que no es sorprendente que yo sea poco amable y desconfiado y vea el mundo como un lugar lleno de competencia y lucha despiadada. De modo que no se me puede culpar. (*Termina débilmente, rezagando.*)

Analista: Pero este material también sugiere otra posibilidad: que un bebé que todavía es incontinente, como lo era Ud. al dormirse y dejar atrás su caso, quizás también sea incapaz de aceptar la gentileza del pecho porque, cuando está dolorido por la pérdida de control, se siente pequeño y humillado, siente el dolor como si proviniera de un pecho que usa el pezón para recordar al bebé el pene grande y continente de papito. Su madre hoy en día no se relaciona con el bebé en Ud. como lo puedo hacer yo en el análisis, de modo que quizás su conducta con Ud. no le dé una imagen de cuidado maternal, sino de algún nivel de vanidad femenina. Si Ud. comienza a reconocer diferentes niveles en Ud. mismo, quizás Ud. comience a reconocer a su vez distintos niveles en los demás. (*Persuasivo, al adulto y al bebé simultáneamente.*)

ESTE material clínico debería permitirme ahora refinar un poco las ideas

que se adelantaron en las primeras secciones. El método de psicoanálisis que Freud diseñó y desarrolló es uno, según creo firmemente, de gran belleza y humanidad. Es más, me parece que combina un medio científico de hacer observaciones sobre una situación psicológica, a la que luego pueden aplicarse modalidades precisas de pensamiento con la finalidad de combinar los distintos períodos de observación en un estudio longitudinal. Esto puede elevarse a un alto grado de abstracción, de modo que las diversas experiencias pueden combinarse para permitir una generalización válida. Pero aun más que esto, se trata de un método que otorga amplio campo tanto al analista como al paciente para una actividad artística creadora. Una de estas zonas es la de la técnica: hablando en general, en la aplicación sensible y llena de tacto de los principios básicos. También, sostengo que puede permitir una exploración audaz de los límites a los que la inventiva puede extender y tomar flexibles y potentes a estos principios básicos, permitiendo así que el paciente y el analista creen entre ellos una interacción que vaya más allá de una simple práctica y linde con el arte.

En el calor del momento en el consultorio o el cuarto de juegos tenemos poco tiempo para hacer observaciones sistemáticas de nuestro funcionamiento técnico. Pero a medida que la experiencia aumenta y la facilidad deja su lugar a la maestría como una manifestación del crecimiento de nuestras personalidades, resulta posible hacer reposadamente una observación retrospectiva de la zona técnica. Naturalmente que está ampliamente abierta a la falsificación, errores que es probable que aumenten en razón directa con el cuadrado de la distancia en el tiempo de la sesión, pero esto seguramente está abierto al refinamiento seriado de la observación y del pensamiento. Las preguntas en mi mente que me resultarían valiosas discutir se centran en dos cuestiones: ¿el tema de este trabajo es digno de considerarse técnico o se trata simplemente de cuestiones de estilo? ¿Y qué tipo de criterios podrían usarse para decidir si hemos cruzado las fronteras de la zona de la inventiva dentro de los principios básicos, para pasar

al infinito ilimitado de la actuación-en-la-contratransferencia?

Finalmente, es evidente que se plantea la cuestión de si un trabajo así es de interés Para los colegas o es esencialmente particular de uno. Esto es importante, porque determinará asimismo qué es lo que tratamos de enseñar a nuestros alumnos. Si se tratara de algo esencialmente particular y estilístico, consideró que no debería enseñarse, porque no puede aprenderse sino únicamente identificarse con aquello. Esto implica el peligro de identificaciones narcisistas en una situación de supervisión, donde no hay manera de detectar o de corregir la tendencia, como puede querer hacerse con los candidatos en análisis. Pero de lo que estoy seguro es que esto es un campo de interés particular y de preocupación; porque aunque gradualmente nos volvamos expertos en hacer lo que sabemos, nuestra actividad es de una naturaleza tan compleja que sólo podemos pretender saber un poco de lo que hacemos.

(Traducido por B. J.C.)

IDENTIFICACION*
PROYECTIVA: UNA
PREPOSICION
REVOLUCIONARIA,
“INTO”
CARLOS MENDILAHARSU

Apesar de los numerosos trabajos sobre el tema de identificación proyectiva, desde su introducción por Melanie Klein (10) en 1946 y de su amplia utilización en la literatura psicoanalítica el concepto presenta aspectos complejos que merecen ser discutidos. Este trabajo es sólo un primer planteo del problema que será seguido por posteriores desarrollos.

Como punto de partida es ineludible distinguirlo del concepto freudiano de proyección. Freud descubre la proyección en la paranoia. En el manuscrito H de 1895 dice: “se trata del abuso de un mecanismo psíquico utilizado con alta frecuencia dentro de lo normal: el traslado o proyección.” Y en el manuscrito K de 1896 agrega:

“...el elemento que comanda la paranoia es el mecanismo proyectivo”. De todos los trabajos ulteriores en los que Freud (9) se refiere a la paranoia, quizás el más demostrativo sea el notable estudio sobre el caso Schreber. Posteriormente, a lo largo de la obra freudiana aparecen desarrollos sobre la proyección que van enriqueciendo este concepto y el de la dialéctica proyección-introyección. Laplanche y Pontalis (1) expresan que en el sentido propiamente psicoanalítico, la proyección es la operación por la cual el sujeto expulsa de sí y localiza en otros (personas o cosas), cualidades, sentimientos, deseos y objetos que reniega o rechaza en él. Y agregan que se trata de una defensa de origen muy arcaico que se encuentra particularmente en la paranoia, pero también en otros modos

* Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis.

de pensamiento *normal* como la superstición. De lo anterior surge que esa fantasía de “expulsar” hacia el exterior en personas o cosas, señalada por Laplanche y Pontalis, no implica de ninguna manera el concepto que a nuestro entender es básico en la identificación proyectiva kleiniana, que es el de *hito* (dentro).

En efecto, en la descripción de Melanie Klein (10) sobre la identificación proyectiva se subraya fuertemente el aspecto *luto*, correlativo de su concepto de mundo interno. Corresponde en este momento hacer una transcripción de este concepto de Melanie Klein (10), aunque parezca demasiado extenso, por ser de fundamental importancia.

“Mucho del odio contra partes del yo se dirige ahora contra la madre. Esto lleva a una forma especial de identificación que establece el prototipo de una agresiva relación de objeto. Sugerí para estos procesos el término “identificación proyectiva”. Cuando la proyección deriva del impulso del niño a dañar o controlar a la madre, el niño la siente como un perseguidor. En perturbaciones psicóticas, esta identificación de un objeto con las partes odiadas del yo contribuye a la intensidad del odio dirigido contra los demás. En lo que al yo atañe, la excesiva escisión de partes de sí mismo y la expulsión de éstas al mundo exterior lo debilitan considerablemente. Pues el componente agresivo de los sentimientos y de la personalidad está íntimamente ligado en la mente con poder, potencia, fuerza, conocimiento y muchas otras cualidades deseables.

Empero, no son sólo las partes malas del yo las que se expulsan y proyectan, sino también partes buenas del yo. Los excrementos tienen entonces significado de regalos, y las partes del yo que junto con los excrementos se expulsan y proyectan en el otro representan las partes buenas, es decir, amorosas del yo. La identificación basada en este tipo de proyección influye de nuevo vitalmente en

las relaciones del objeto. La proyección de sentimientos buenos y de partes buenas del yo dentro de la madre es esencial para la capacidad del niño de desarrollar buenas relaciones de objeto y de integrar su yo. Pero, si este proceso de proyección es excesivo, se sienten perdidas partes buenas de la personalidad y de este modo la madre se transforma en el ideal del yo: este proceso también debilita y empobrece al yo”.

Desarrollos posteriores de Melanie Klein (11) enriquecen y amplían el concepto de identificación proyectiva, considerándola incluso como una de las bases de la comunicación humana. Así, en su trabajo *Sobre “la identificación”* escribe: “... en el curso de la labor posterior llegué también a reconocer la mayor importancia a la identificación de ciertos mecanismos proyectivos que son complementarios de los introyectivos. El proceso que subyace al sentimiento de identificación con otras personas, debido a la atribución de cualidades o actitudes propias de ellas, fue dado por sentado aún antes de que el correspondiente concepto fuera incorporado a la teoría psicoanalítica. Por ejemplo, el mecanismo proyectivo que fundamenta la empatía es familiar en la vida diaria..” En esta autora aparecen en realidad dos formas de identificación proyectiva: una *normal*, que intervendría necesariamente en la comunicación humana junto con la identificación introyectiva. y otra forma que sería la “excesiva”, utilizada básicamente en personalidades muy perturbadas. Surge inmediatamente la pregunta de si la supuesta identificación proyectiva *normal* implica o no un cierto grado de omnipotencia. Creemos que sí: si nos colocamos en el otro creyendo saber cómo siente o cómo piensa, la omnipotencia está presente. Se trata entonces de una forma de fantasía omnipotente, en el sentido que le da Bion. (3) Esto lleva a sostener entonces que en la comunicación humana habitual están permanentemente en juego fantasías omnipotentes.

ENTRE los autores poskleinianos, Bion (5) utiliza el concepto de identificación proyectiva en forma particular que a lo largo de su obra modifica y enriquece el concepto. En su trabajo *Desarrollo del pensamiento esquizofrénico*, (3) (4) se refiere al descubrimiento kleiniano (10) de la identificación proyectiva como el clivaje de una parte de la personalidad del paciente y una proyección de la misma en el objeto en el cual se instala, en general en forma persecutoria, dejando *empobrecida* la psiquis de la cual se ha separado. En *Aprendiendo de la experiencia* (3) introduce una serie de Conceptos originales, como la teoría de las funciones, y dentro de ésta la función alfa. Es aquí donde la identificación proyectiva adquiere un estatuto diferente.

La función alfa tiene a su cargo el procesamiento de las emociones y de los estímulos sensoriales que son transformados en elementos alfa. Los elementos alfa comprenden las imágenes visuales, los modelos auditivos y olfativos, son adecuados para ser empleados en los sueños, en el pensar inconsciente de la vigilia, en la memoria y forman en el aparato mental lo que el autor llama la barrera de contacto, que al tiempo de separar consciente-inconsciente, permitiría una mayor fluidez en el pasaje de una a otra instancia. Cuando en diferentes situaciones se produce un fracaso de la función alfa o ésta se halla insuficientemente desarrollada (el procesamiento) de los estímulos sensoriales o de las emociones no se realiza, o se realiza inadecuadamente. Esto da lugar a la producción de elementos beta *cosas en sí mismas* en un sentido kantiano, que son solamente apropiados para la evacuación mediante la intervención de la identificación proyectiva.

Algunas de las formas que tuina la producción de elementos beta y su evacuación pueden ser movimientos de la musculatura, cambios de expresión,

frases o imágenes desconectadas, producciones confusas entre supuestos sueños y alucinaciones y múltiples formas del *acting out*.

Cuando la evacuación de elementos beta se realiza conjuntamente con fragmentos del Yo y Superyó, da lugar a la formación de objetos bizarros que impregnan el mundo exterior y lo transforman en un mundo hostil, amenazador y terrorífico.

REFLEXIONANDO sobre el uso del término identificación proyectiva en situaciones, surge inmediatamente la siguiente objeción tanto la identificación proyectiva de elementos beta como de objetos bizarros se realiza de acuerdo con la teoría expuesta sobre el inundo rodeante, sin introducirse en ningún objeto animado o inanimado. A mi juicio este hecho modifica sustancialmente el concepto) de identificación proyectiva kleiniano, al no cumplir la condición *luto*. Creo que en estos casos el término adecuado es el de *descargas proyectivas*.

Esta objeción terminológica no implica de ningún modo negar la existencia de estos fenómenos, que son relativamente frecuentes en los psicóticos. Daré a continuación algunos ejemplos extraídos de mi experiencia, de encuentro con los mismos en el trabajo) analítico. Un paciente tenía una extraña relación con una pareja de personas bastante mayores que funcionaban en cierta medida como figuras parentales, sin configurar una situación triangular edípica, ya que el paciente no había alcanzado la misma y se manejaba básicamente en relaciones duales. En una ocasión, estando él en la playa, la mujer de esta pareja se acercó a saludarlo y se sentó a su lado. Sólo se trataba de una conversación trivial, pero al retirarse la mujer el paciente se sintió invadido por una tremenda angustia y todo el mundo externo que lo rodeaba se transformó en amenazante y peligroso: el mar, la arena, las personas, los autos, todo el mundo externo

adquirió un carácter terriblemente persecuidor. Corrió hasta su auto y en el trayecto) hacia la casa, invadido por el terror, tuvo la impresión de que todo se le venía encima, con una vivencia de muerte inminente. Al llegar a su casa, que actuó evidentemente como un continente protector, esas terribles vivencias desaparecieron. En otra ocasión este mismo paciente tuvo una experiencia similar con la misma mujer, en una forma que podríamos considerar más *restringida*. Estaciono su auto con la finalidad de ir a una oficina pública y al bajar vio a una mujer de buen aspecto detenida en la vereda muy cerca de su auto. Entró a la oficina, allí encontró a la mujer del episodio anteriormente referido y mantuvo con ella una breve conversación, también intrascendente. Inmediatamente sintió una tremenda angustia, no pudo realizar el trámite en la oficina y salió corriendo hacia su auto. La mujer que había visto junto a él cuando estacionó, otros autos y la misma calle le hicieron sentirse inmerso en un mundo terrorífico, lo que le provocó un estado de pánico. A pesar de ello logró manejar su coche y llegar a su casa.

Otro ejemplo es el de un paciente que tuvo un conflicto en su lugar de trabajo, del cual se retiró inmediatamente. Intentó abandonar ese lugar y al trasponer la puerta de salida, las personas, los árboles y los vehículos, todo *el espacio externo* tomó una cualidad que le hizo experimentar una vivencia insoportable, al punto que tuvo que regresar al edificio y refugiarse en la oficina.

Otras modalidades de identificación proyectiva son las que se hacen en los objetos externos. Uno de mis pacientes, que tenía una intensa rivalidad renegada con sus hermanas, decía durante el viaje de una de ellas a Europa que se sentía muy conforme] con viaje, y destacaba en su fantasía omnipotente de identificación proyectiva, que a él le había interesado particularmente el sector de antigüedades egipcias del museo del Louvre. En este ejemplo una parte del

paciente *acompaña* a su hermana en el viaje a Europa, ocupando imaginariamente un espacio dentro de ella, pero sin que aparezcan aspectos vinculados con el control, ya que incluso tiene intereses propios las antigüedades egipcias que no coinciden con las actividades que realiza su hermana en la realidad y de las que él estaba al tanto.

Otro ejemplo es el de una paciente de 38 años, soltera, profesional, con el diagnóstico clínico de esquizofrenia por el que había sido internada en varias oportunidades. Estuvo hace muchos años en psicoterapia. Al retomar el tratamiento dice en la primera sesión: “A mí lo único que me gusta es estar todo el día con mi novio”. Esta paciente maneja en su dinamismo psicótico, fantasías omnipotentes de identificación proyectiva que tienen como característica que lo proyectado “reingrese” inmodificado (identificación proyectiva en reverso de Bion). (3) Así, por ejemplo, la paciente dice refiriéndose a su novio: “El es muy sensible y yo también... él es sexual y yo también..., él es apasionado y yo también... él es inteligente y yo también...” La paciente designa con los términos de *telepatía* e *hipnosis* fenómenos que tienen que ver con lo que estamos estudiando. La *hipnosis* funcionaría de la siguiente manera: ella proyecta omnipotentemente sus pensamientos en el analista y le dice: “Vos sabés lo que yo pienso”: a eso le llama hipnosis. El otro fenómeno, al que denominamos telepatía, es aquel por el cual ella logra, en su fantasía omnipotente hacer decir o pensar al otro lo que ella desea.

El cuerpo es, a mi juicio, otro *espacio* que puede ser utilizado como lugar de identificación proyectiva de elementos beta, objetos bizarros y objetos internos. Ciertas manifestaciones psicósomáticas fugaces pueden ser comprendidas con esta hipótesis de identificación proyectiva de elementos beta en el propio cuerpo. Algunos pacientes durante las sesiones hacen distintos tipos de manifestaciones corporales (rubor súbito de la cara, prurito. dolores articulares,

ruidos intestinales, etc.), sea frente a interpretaciones o señalamientos que desbordan transitoriamente su posibilidad de procesamiento o también, en algunas ocasiones, cuando llegan por sí mismos a una determinada temática que sólo puede ser “metabolizada” en ese momento. Señalaré un ejemplo personal: un paciente, frente a interpretaciones que no *comprendía* (*misunderstanding*), Sentía un agudísimo dolor en el oído derecho, que era el más próximo a mi lugar.

También mediante la fantasía omnipotente de identificación proyectiva pueden ser ubicados en el cuerpo objetos internos más o menos *fragmentados*. Este es el caso de una paciente psicótica muy agresiva que en las interrupciones del análisis tenía la experiencia consciente de destruir al analista, luego de la cual sentía que por su cuerpo circulaban agujas que le causaban agudos dolores.

DE lo expresado anteriormente surge entonces que el término identificación proyectiva corresponde que sea aplicado a las situaciones en que la fantasía omnipotente se ubica en un determinado *lugar* ocupando un espacio dentro *into* del mismo (objeto interno, objeto externo, cuerpo). En este caso puede hablarse de identificación En otras situaciones, en las que la fantasía omnipotente tiene una función de descarga sin un destino fijo y sin una ubicación determinada de lo proyectado, corresponde denominarla descarga proyectiva, subrayando desde luego que no se trata de la proyección freudiana.

Creo conveniente insistir en las diferencias entre proyección en el sentido freudiano Y lo que he llamado) descargas proyectivas por un lado, y por otro en la identificación Proyectiva de Melanie Klein (10) y los que continúan su línea

de pensamiento, como Bion (3) (4) (5): en ese sentido son básicos los conceptos de mundo interno y las diferentes formas de objetos introyectados que lo integran.

Pienso que la diferencia fundamental entre la proyección freudiana y las descargas proyectivas se encuentra en la conceptualización de lo proyectado. He descrito las descargas proyectivas utilizando el fracaso de la función alfa de Bion, con la producción de elementos beta y objetos bizarros y su evacuación en distintos *espacios* por la fantasía omnipotente de proyección.

En cuanto a la fantasía omnipotente de identificación proyectiva de distintas categorías de objetos introyectados, es posible comprenderla únicamente dentro del modelo teórico) de la escuela kleiniana del inundo interno. La noción de objeto introyectado es descubierta por Freud en *Duelo y Melancolía* (7), describiendo el camino desde su incorporación, su expulsión por lo menos parcial y finalmente una eventual reinstalación, que aparece como *aislada* y en cierto modo *estática* en algún sector del aparato psíquico. El concepto kleiniano de mundo interno modifica desde luego el modelo del aparato psíquico freudiano y, como dice W. Baranger, (1) (2) “...los *ciudadanos del mundo interno*... presentan al objeto interno como ser viviente animado de intenciones hacia el sujeto, aliado o enemigo de los otros objetos, pensando, imaginando, queriendo y odiando” con un estatuto diferente del de la representación freudiana.

Estos objetos, de muy diversas *categorías*, totales, parciales, idealizados o perseguidores, fragmentados o reunidos, ambivalentes, ambivalorados, sólidos o frágiles, estables o inestables, quizás también nucleares y orbitales en el sentido de Wisdom (14), constituyen *el material* esencial para la fantasía omnipotente de identificación proyectiva. Pienso, que los distintos personajes de sí mismo,

que integran también como constituyentes el inundo interno, experimentan las mismas *peripecias* dinámicas. Anticipamos que en futuros trabajos retomaremos la problemática de la identificación proyectiva en otras modalidades, como la explosiva en el sentido bioniano, la intrusiva en el sentido de Meltzer y col. (13), así como también aspectos de la introyección e identificación introyectiva.

RESUMEN

En primer término se señala que el concepto de Melanie Klein mencionado en el título presenta aspectos complejos que merecen ser discutidos, y que el trabajo es solamente un primer planteo del problema que será seguido por posteriores desarrollos. Luego se hace referencia a Freud en relación con su concepto de proyección y al descubrimiento del mismo en la paranoia. En la proyección freudiana la fantasía consiste en expulsar hacia el exterior, en personas o cosas, mientras que en la identificación proyectiva de Klein, si bien existe la fantasía de colocar afuera, lo fundamental para la diferenciación radica en que se coloca “into?” (dentro) de personas o cosas. Se transcribe la definición de Klein subrayando la preposición “into” (dentro). Luego se hacen consideraciones sobre los desarrollos de este concepto en la obra de Klein — particularmente en su trabajo *La Identificación*— y se diferencian dos formas de identificación proyectiva: la normal y la excesiva.

A continuación se comentan las conceptualizaciones de Bion sobre identificación proyectiva, tema que este autor trata a lo largo de su obra. Se discuten los conceptos que aparecen en los trabajos *Desarrollo del Pensamiento Esquizofrénico* y *Aprendiendo de la Experiencia*. De este último se exponen brevemente los conceptos de función alfa y elementos beta y objetos bizarros. Se señala, con relación a los elementos beta y a los objetos bizarros, que no

cumplen, al ser expulsados mediante la fantasía omnipotente de identificación proyectiva, con la condición de “into” (dentro) y se sugiere la expresión “descargas proyectivas”. Se proporcionan ejemplos clínicos de pacientes en el trabajo analítico.

Se consideran luego los problemas derivados de la utilización del cuerpo como “espacio” para la identificación proyectiva.

Finalmente, y en relación con la identificación proyectiva en sus distintas formas, se señalan algunos aspectos en relación con el concepto del inundo interno, conceptualización de Melanie Klein que es continuada por los posklienianos y que modifica los modelos del aparato psíquico de Freud.

BIBLIOGRAFIA

- 1. BARANGER, W.** *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein.* Kargieman, Buenos Aires, 1971.
- 2. BARANGER, W.** y col: *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis.* Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
- 3. BION, W.R.:** *Aprendiendo de la experiencia.* Paidós, Buenos Aires, 1975.
- 4. BION, W.R.:** *Elementos de psicoanálisis.* Hormé, Buenos Aires, 1966.
- 5. BION, W.R.:** *Desarrollo del pensamiento esquizofrénico. En: Bion, W.R.: Volviendo a pensar.* Hormé, Buenos Aires, 1972. pp, 55-63.
- 6. BION, W.R.:** *Transformaciones. Del aprendizaje al crecimiento.* Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.
- 7. FREUD, S.:** *Duelo y Melancolía. En: Freud, S.: Obras Completas.* Amorrortu, Buenos Aires, 1979, T. 14, pp. 241-255.
- 8. FREUD, S.:** *Manuscrito K. En: Freud, S., Obras Completas.* Amorrortu, Buenos Aires, 1974, T. 14, pp. 241-255.

Aires, 1976, T. 1, pp. 260-269.

9. FREUD, S.: *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia Paranoides) descrito autobiográficamente (1910)*. En: *Obras Completas*. Amorrortu, Buenos Aires, 1980, T. 12, pp. 11-76.

10. KLEIN, M. y col. *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides*. En: *Desarrollos en psicoanálisis*. Hormé, Buenos Aires 1967, pp. 253-275.

11. KLEIN, M: *Sobre la identificación*. En: Klein, M., Heimann P., Money-Kyrle, RE: *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. Paidós, Buenos Aires, 1965. pp. 301-334.

12. LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B.: *Vocabulaire de la psychanalyse*. PUF, París, 1971.

13. MELTZER, D. y col.: *Exploración del autismo. Un estudio psicoanalítico*. Paidós, Buenos Aires, 1979.

14. WISDOM, J.O.: *Comparación y desarrollo de las teorías psicoanalíticas de la melancolía*. Rev. Urug. Psicoanal.; 5; 107-1 52, 1963

**DE RELACIONES
Y MEDIACIONES***
SAUL PACIUK

*A Made y Willy Baranger, en reconocimiento
de una deuda que viene de lejos.*

Ser hombre no es asistir a un combate entre un instinto de vida y un instinto de muerte, sino existir las situaciones límites —Vida y Muerte— en su relación con el Otro.

Gilberto Koolhaas

SERIA difícil establecer hasta qué punto es admitida la opinión de que Melanie Klein fue una genial articuladora de muchas de las posturas propias de lo que se puede llamar pensamiento contemporáneo, logro que habría alcanzado sin advertir la trascendencia de sus planteos.

En cambio es claro que esos mismos planteos imprimieron al campo del psicoanálisis un viraje de tal magnitud que hace que aun hoy sean recelados por las tesis “oficiales”. Tal viraje ocurre en numerosos puntos y el inventario de los mismos deberá incluir desde la revisión de la condición de la mujer y del niño

* Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis.

—los grandes ignorados del siglo anterior— hasta el reemplazo de las fases por las posiciones. Desde el abandono “aparato psíquico” en favor de la fantasía inconciente hasta el reglamento del instintivismo, dando primacía a emociones tales como envidia y gratitud, lo que abre a un nuevo entendimiento de la psicosis. Y no podrá olvidar su intuición de la temporalidad abierta y cerrada, ni su valoración de la esperanza y la reparación, los que permiten nuevos enlaces entre el psicoanálisis y el arte, la religión y la filosofía. Ni, en fin, dejar de señalar su énfasis en las relaciones de objeto.

Es este énfasis el que queremos retomar, preguntándonos nuevamente por ellas. Al reabrir este espacio para la reflexión quizá estemos alcanzando un camino que nos permita asumir el riesgo de continuar el discurso de Klein después de Klein, y que a la vez nos permita eludir las tentaciones de repetirla o de enclaustramos en su exégesis.

1) LA RELACION ES PRIMARIA

Consideremos la bien conocida definición formulada por Freud: (9) “La psicología individual se concreta, ciertamente, al hombre aislado e investiga los caminos por los cuales intenta alcanzar la satisfacción de sus instintos”. Ella habla de individuos, concretamente de hombres aislados, y de que el objetivo de la psicología que los estudia serían los instintos que demandan a este hombre que allane los caminos que permitan su satisfacción.

Por instinto deberíamos entender una impulsividad clara y universal, una fuerza capaz de proponer al hombre, de modo inmediato, tanto metas como medios para alcanzarlas. De esta manera lo haría beneficiario de un saber de especie previo a toda necesidad de experiencia propia. (5) Pero al decir que la satisfacción es “a alcanzar”, Freud estaría pensando en un cierto despegue entre ese hombre y sus instintos, su naturaleza, y no en un automatismo. Así es como

aparece en otros textos, donde lo propio del hombre es una impulsividad más bien oscura, diversificada, variable en cuanto a su objeto, transformable en cuanto a su fin, suspendible en cuanto a su exigencia. Mientras puede sostenerse que el instinto provee al animal de mecanismos de significar y de responder acabados y perentorios, en el caso de lo que llamamos psiquismo humano no habría nada que obrara como una fuerza mecánica, como una causa clara que determina a un sujeto sumiso.

Puede pensarse que esta oscuridad se debe a que tal fuerza no está sola, sea porque hay sobredeterminación, sea porque el hombre debe atender, en cada circunstancia, exigencias más o menos encontradas, derivadas de distintas fuentes. Se le plantea así la necesidad de optar, diferir, modificar o impedir la posibilidad, oportunidad o modalidad de alcanzar “la satisfacción de sus instintos” Pero el que pueda haber el conflicto, el que otras sollicitaciones tengan tal peso que pueden incidir en el curso de lo natural, habla ya de la falta de naturaleza en lo que mueve al hombre. Sin buscar muy lejos, ¿cuántas de las funciones corporales están aseguradas de antemano y no necesitan del ensayo y la práctica para llegar a ejercerse plenamente? No sólo la función sexual, sino que aun la respiración puede ser un problema. De la falta de encadenamiento fijo, de la oscuridad, surgen tanto la patología como la cesura entre cumplimiento de la necesidad y placer y gratificación por lo que excede ese cumplimiento, lo que habla de la importancia fundamental de esa falta de fijeza.

Nada habla en favor de una esfera de acción improblemática como sería la regida por una fuerza, ni siquiera por una tan general como podría serlo una nítida vocación por la vida. Es que en cada situación ¿sabe el hombre cuál es el paso que afirma su vida? Y si lo supiera y pudiera optar siempre por lo que busca perpetuarlo, sería llevado a una manera de vivir que, como lo señala Freud, más se parece a una realización de la muerte. (8)

De modo que la reflexión acerca de lo instintivo nos saca de una antropología mecanicista y nos lleva a una dialéctica, por cuanto, como acabamos de ver, la oscuridad y el conflicto *pertenecen al propio despliegue de lo natural* y no necesitan explicarse como colisión de fuerzas. Más bien habría que pensar en una emotividad oscura, un empuje o instigación sin etiqueta, que por un proceso tal como la escisión que dualiza y polariza, podría adquirir alguna forma de definición, de claridad, (23) trasmutando la oscuridad intrínseca en claridad de conflicto entre opuestos. Pero que aun así necesita del devenir, de su realización y de sus consecuencias, para aprehenderse y llegar a saber qué es lo que realmente quería. Lo que ocurre también con el acontecer, desde que lo que define a un suceso como trauma no es algo contenido en él, sino su futuro, y es trauma sólo por aquello en lo que viene a parar.

EXAMINEMOS uno de estos pares de opuestos y por cierto uno de lo más celebrados: el par naturaleza-cultura, cuyo juego es tenido como determinante de lo humano. ¿Hasta dónde son ellas fuerzas opuestas? Más bien ambas *son sistemas de opciones*, que indican qué se hace y qué se evita. Su diferencia se reduce a que mientras la cultura expresa sus opciones como reglas —arbitrarias, convencionales— que deben ser aprendidas, en el dominio de lo natural esas opciones se darían por herencia y serían universales. Pero, aun así, esa normatividad natural no aparece sola por parte alguna y lo natural *no tiene otra forma de darse más que como leído por una cultura*.

En efecto, toda definición de qué es lo natural es producto de una cultura y las relaciones aquí son todavía más íntimas. Porque la regla cultural se postula como la realización más justa de *lo que esa misma cultura* destaca como objetivos naturales. Cada cultura implica que ella es la realización más apropiada de lo natural y habría que concluir que cultura y naturaleza se constituyen a un tiempo, y que se constituyen como solidarias. Pero,

curiosamente, a la vez ambas se constituyen a partir de su negación mutua: es que la cultura se define a sí misma despegándose y oponiéndose a lo que ella misma delimita como lo natural. En esta contraposición, lo natural habla de *lo otro*, es lo que la cultura recorta y separa de sí en su esfuerzo por alcanzar su propia definición Y esto “otro” no son sino otras formas de vida, otros sistemas de opción.

Ahora bien, esas otras opciones no son meras fórmulas; son formas encarnadas por otras culturas o, al menos, son las tentaciones que una cultura descarta. Las culturas no están aisladas, cada una pretende ser lo humano y que sus criaturas son *los hombres*. Y en el mismo movimiento declara in-humanas a las otras, tenidas por lo no-familiar.

Sí este planteo es correcto, la contraposición natural-cultural no habla de un juego de fuerzas del cual un hombre intercambiable es su punto de aplicación y su resultante. Habla más bien de *dos reinos, el de los nuestros y el de los otros*, y es la relación Con esto otro lo que funda la definición de sí que hace cada cultura. Definición que, por lo tanto, no está contenida en esa cultura, ni la acompaña como una etiqueta que refiere a su esencia. La definición ocurre como un acto de delimitación y de recorte, en el Contexto comunicativo de su relación con otras, por lo que no habría una aprehensión inmediata de sí por sí misma, sino que sería ineludible la mediación.

¿Y en el caso del hombre? Que no tiene ser fuera de la relación lo dice ya la biología: su vida no es naturalmente viable como humana fuera de algún marco social. La naturaleza no le basta, la relación le es ineludible dado su nacimiento prematuro y el relativo desamparo que éste implica. (13) Y la relación es también condición de su acceso a la cultura, la que es un típico hecho de trasmisión históricamente derivado. (3) Por vía de la relación el hombre adquiere lo que completa su escasa dotación —y a la vez obtiene una

formidable ganancia, por cuanto hace suyos no sólo resultados, como en el caso del instinto, sino también el *proceso* de la experiencia hecha por otros.

El psicoanálisis ha ido todavía más allá. Afirma que el yo es el precipitado de identificaciones, lo que supone tanto que es por la mediación de otros que el propio hombre toma cuerno, como que su ser deja de ser mero asunto privado de un hombre aislado. A la vez la transferencia habla de que lo que el otro es está teñido de lo que es un tercero, en una serie sin término. Y la contratransferencia, el cómo otro me hace sentir en su presencia, hace del analista mediador para la definición del sujeto (y abre un nuevo cauce para la comprensión de la psicopatología). Y, por fin, la identificación proyectiva descubre al otro como factura del sujeto. (21)

Por todos lados aparece el otro y la relación con él surge como ineludible. Aun la meta de “alcanzar la satisfacción de sus instintos” pasa por otro. El objeto que necesita el instinto es uno peculiar, es un sujeto que se vuelve objeto por resignar de sí y aislarse en toda la medida necesaria para acomodarse a lo que el “hombre aislado” le demanda. Y bien puede ocurrir que respecto de esta relación cosificadora y casi técnica, el requerido como objeto tenga algo que decir, que tenga sus propias pretensiones y que carezca de la solicitud que el instinto le reclama. De modo que “alcanzar la satisfacción” puede exigir tenerlo en cuenta, por lo que también por aquí la relación exige una consideración prioritaria.

Por ningún lado encontramos una posesión inmediata de sí por parte del hombre. Necesita de otro para sobrevivir y para satisfacer su naturaleza y necesita de otro para definirse y saber de sí. Más bien, habría un mediador, un *socius*, y la relación con él parece irrenunciable y fundante, lo que pone en cuestión la propia existencia original del “hombre aislado”.

CURIOSAMENTE estas conclusiones podrían apoyarse en el mismo texto de Freud. (9) Allí dice que “En la vida anímica individual aparece integrado, siempre, efectivamente, *el otro* como modelo, objeto, auxiliar o adversario. y de este modo la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio, psicología social, en el sentido amplio pero plenamente justificado”.

Pero a continuación limita su afirmación, porque si bien “sólo en muy pocos casos” se puede “prescindir de la relación del individuo con sus semejantes”, en “los procesos denominados por nosotros narcisistas” “la satisfacción de los instintos elude la influencia de otras personas o prescinde de ellas en absoluto”. Volvería así a un estado de naturaleza, estado que constituye un error de interpretación (17) acerca del primitivo. Por otra parte hay que decir que la relación con “otras personas” es sólo un caso particular de relación y que, aun así, tanto eludir como prescindir de ellas no habla de ausencia de relación sino de modos de relación.

Es que el aislamiento no remite a condiciones originarias sino patológicas (7) y sería puramente fenoménico, porque el sujeto aislado mantiene vínculos en el llamado “mundo interno”, la interioridad conceptualizada como mundo poblado de relaciones en curso articuladas en fantasías —y no de meros residuos tales como imágenes, esquemas, prototipos, representaciones. Vínculos que evidencian la trama de la neurosis, en los que Otro es denunciado como culpable a través de la queja dicha a quien se supone juez y se espera volver prosélito. No se trata de sustituir al “hombre aislado” por un sujeto orientado sin pausa hacia la coordinación con otros, por cuanto hay también el recogimiento, la vuelta hacia sí. Pero ¿qué hay en este *sí*? Pues mundo interno, relaciones, reconocimiento de alguna forma de presencia del sujeto al mundo y del mundo al sujeto, como la representada por el super yo.

Por todo ello, *la relación aparece como un rasgo fundante de la condición de humano* y, por su universalidad irrestricta, merece ser considerada como *lo natural humano*.

De allí que prefiramos un texto de Melanie Klein que suena como más inequívoco: (10) “La hipótesis de que las primeras experiencias del lactante con el alimento y la presencia de la madre inician una relación de objeto con ella es uno de los conceptos básicos presentados en este libro”.

PUES bien, ¿nada excede la relación? El sujeto participa de muchas relaciones y, si es el mismo sujeto en todas, debiera tener una realidad invariante más allá de cada relación particular. Pero aquí lo de un ser anterior y exterior a la relación apunta más bien a otra cosa. Dice que su ser no se agota en una única relación, no que el exceso sea un ser aislado previo y anterior a toda relación. Dice que es un ser que ha estado y está actualmente en *otras relaciones*, que no se agota en su actualidad ni es nunca un cero, sino que trae consigo una historia de relacionamientos *que* le dan espesor.

Que sea él mismo en toda relación no dice que sea el mismo en todas ellas: es tan diferente como puede ser diferente su lugar en cada una de ellas. La unidad no la da una esencia, sino una captación indivisa de su ser en acto, de una historia de relaciones. (18) Deberíamos hablar entonces de *la anterioridad de la relación* respecto del aislamiento, del carácter originario y originante de la relación, de su primacía sobre los términos relacionados, primacía que afirma una sociabilidad como fundante de lo que llamamos humano.

Partimos de considerar *un* hombre aislado cuya existencia nos resultaba improblemática y la reflexión nos lleva a cuestionar de raíz tanto su aislamiento original como el explicarse a sí mismo como arena de un conflicto entre fuerzas. ¿Qué hacía entonces tan aceptable aquella definición? Sin pretender hacer epistemología, podemos aventurar la hipótesis de que obedece a que esa definición responde a un paradigma que nutre una fuerte tradición de pensamiento, cuyas raíces podrían ir tan lejos como el Génesis o el Atomismo. Esta tradición nos provee de un supuesto básico, el *elementalismo*, que sostiene la prioridad ontológica del ser aislado, del ser anterior a toda relación, y cuya agregación a otros seres igualmente aislados compone la realidad. Supuesto que continúa el mito de la simplicidad originaria, versión a su vez del de la inocencia.

En una de sus variantes, el elementalismo ordena lo que ocurre en una sucesión *causal* lineal que se explica al modo de la mecánica, como resultante de la aplicación de fuerzas concurrentes exteriores al elemento. En el caso del hombre, tales fuerzas podrían ser naturaleza y cultura, herencia y medio, individuo y sociedad, vida y muerte.

Como todo otro supuesto, éste informa una opción antropológica que queda como suelo no tematizado de una postura teórica. Y se hace cada vez más aceptado que es el esclarecimiento de estas opciones lo que permite comprender las diferencias entre las teorías, al evidenciar el plano básico en que estas diferencias se fundan.

II) LA RELACION ES UNA ESTRUCTURA

Este punto de vista nos lleva a pensar en un nudo de relaciones más que en

un hombre aislado que, secundariamente, entra en relación. El aislamiento originario no sería un dato desde que nada abona la tesis del sujeto autosuficiente, portador de lo que asegura su viabilidad. Como no posee nada de esto por dotación, y lo necesita, debe recibirlo por donación, siendo objeto de dones que pueden hacerle otros, un giro que hace de la relación algo muy diferente de lo que podría ser un encuentro aleatorio. Es que el don alcanza al sujeto al modo como puede hacerlo la cultura. Ella es un hecho de trasmisión en el que, de varias maneras, el lenguaje juega un papel central. Tomemos una de esas maneras: el hombre accede a la cultura (entendida como condición de sobrevivencia) *por lo que otros le dicen*; en un sentido, cultura es saber acerca de los dichos de otros. Si lo que otro dice de algo merece ser oído y si el ser de ese algo es tomado sin más como el otro lo dice, es porque *lo dice alguien como yo*; porque está supuesto un fondo de reciprocidad por el cual uno lo dice tanto en nombre propio como en nombre de todos, y eso implica una espera de retribución bajo la forma de *reconocimiento* de la validez de lo que uno dice, de reconocimiento para la representatividad y generalidad de su experiencia singular relatada en sus dichos.

Don y retribución hablan de comunicación y de intercambio, lo que está ya en la etimología. (4) Relación deriva del latín “ferre”, referir y también devolver, volver a llevar. Encontramos así dos sentidos: remisión (relatar, hacer referencia, mediación) como un sistema de signos (6) o como la manera kleiniana de entender simbolismo; (25) y retribución de lo recibido. Digamos mediación y gratitud.

El contacto con otro conlleva un cierto llamado y una expectativa de respuesta, es demanda y espera. Apetecer es relación y toda demanda es respuesta, como lo es la “indiferencia” Ellas suponen un tácito reconocimiento a algún valor del cual es titular el otro. La retribución está lejos de suponer alguna

forma de protocolo; lo es ya la sonrisa con la que el bebé puede acompañar su acto de mamar, así como está en la ley del talión que sustenta la relación con el perseguidor.

Don y retribución no son pues, un efecto de la relación; la relación no es previa a esas instancias, sino que éstas son “la sociedad en acto”. (19) ejerciéndose efectivamente según un modo que no es puro arbitrio, sino que se ajusta a un principio formulable así: que otro posee algo de lo que el sujeto carece y necesita, que quien demanda reconoce esta diferencia y presume que quien dona espera la retribución por lo dado. (16)

La demanda y el don ocurren en una relación articulada por este principio. Ambos gestos se inscriben en un sistema, en una *estructura*, la que es contemporánea a los gestos que define. La estructura toda ya está implicada en la definición de un gesto como demanda o como donación o como retribución: es tal gesto porque tiene a todo el sistema como fondo y es el sistema el que le da sentido y establece lo que cada gesto *quiere decir*. De modo que la relación y los gestos, digamos todavía “los elementos”, y el sistema, son copresentes. Por lo mismo, no se trata de una secuencia causal, de un estímulo o de una fuerza que desencadena una reacción.

Melanie Klein postula la relación con el pecho como modelo de esta relación y le da un carácter primordial. En su concepto, pecho es lo fecundo, la fuente, lo que origina. Es mundo y es vida y la posición, el modo de relación con lo original, es para ella la matriz que comprende una amplia serie de relaciones en la que se reencuentra lo que la relación con el pecho tiene de típico: la articulación entre don y retribución.

COMO estructura, la relación *tiene* a los sujetos y ellos la practican como

algo fuera de duda, es decir, sin exigirle el conocimiento del principio que la rige. A la vez este principio no deja de ser una regla, convención al fin. Por ello el sujeto puede tratarla como exterior (al modo paranoide, como insufrible imposición de alguien más o menos genérico) y sustraerse a la limitación que la regla implica, proclamándose no alcanzado por ella. Puede negarse a demandar, a reconocer a otro como poseedor de aquello de lo que carece. Puede desatender la demanda y frustrar la boca que lo reclama. Puede eludir la retribución, entregarse al incesto, negarse a la gratitud, escapar al reconocimiento, respuestas que se revelan todas como del mismo tenor. Es que junto con la regla y el orden hay una tentación por el des-orden, tentación que se hace manifiesta en cierta forma de psicopatía que se postula realizando ahora alguno de los paraísos ubicados al principio o al final de los tiempos, en los que está dada la Posibilidad de gozar sin compartir, de recibir sin retribuir.

Si hay un freno para esto, no es tanto por la existencia de prohibiciones, reprobaciones o castigos supervinientes, sino más bien porque el rechazo de la regla es también un hecho comunicativo que puede tener lugar en tanto otros se mantienen dentro de ella. Fuera de este contexto, consumando el rechazo el sujeto reencuentra el límite del que pretendía escapar, por cuanto se separa del sistema comunicativo del que se nutre y dentro del cual es viable su vida. Así como Fairbairn (7) propuso ver al instinto Como buscador de relaciones, así habría que decir que instinto es lo que orienta hacia la regla, sin que sea necesario pensar en una fuerza que lleva en esa dirección. Es que o bien el sujeto toma esa orientación, o bien compromete su sobrevivencia.

Pero se trataría de orientación, no de automatismo, y la orientación no salva de la oscuridad; más bien introduce de lleno en ella. El olfato que supone no da indicaciones seguras ni permite conocer de antemano las resultancias de cada paso; un gesto tienta una dirección, pero los acontecimientos tienen su voz y pueden llevar por otra, y la regla queda en el nivel de necesidad de ensayo y

posibilidad de error, de la intransparencia. A la que debe sumarse el que estar en relación conlleva el *problema del otro* y la tensión entre generalidad y singularidad, ley y libertad, estructura y proceso, todo lo cual oscurece las motivaciones: lo que mueve al sujeto. Es que tanto el reconocimiento implícito en la demanda, como la resignación de sí implícita en el don, hacen manifiesto a un otro (en relación con otros) y dibujan dos lugares entre los cuales se despliega la relación, para la cual el otro es condición de la vida del sujeto y, por tal, negador de su ser sujeto suficiente, suficiencia que, a su vez, niega su necesidad.

Precisamente, lo propio del “mundo de la vida” es la regla y la concomitante alteridad, la generalizada e irrestricta presencia de *otro como yo*. Y sin embargo, si regla supone consentimiento y si alteridad supone reconocimiento, ambas están lejos de darse de entrada y de una vez para siempre. Todo reconocimiento puede ser negado y más bien sólo es pleno cuando su negación es superada. Sobre esto convendrá detenernos.

TOMEMOS como punto de partida que el otro se hace presente, antes que nada, como valor, como objeto bueno. La condición de bueno haría merecedor al sujeto de la donación que demanda, o al donante del reconocimiento que espera. Pero el que la demanda sea o no sea satisfecha habla al sujeto de lo gratuito, de que nada lo hace destinatario obligado del don que lo gratifica; y a su vez el donante propende a la vida y al crecimiento del sujeto, a su afianzamiento como otro del propio donante. Por lo que en la misma calidad de otro-bueno radica lo que lo convierte en negador, en “malo”. La relación lleva a descubrir, *a la vez*, algo del sujeto y algo del otro: la contingencia y la finitud. Lo que define al otro para el sujeto, es ser poseedor del valor (donación, reconocimiento) necesitado y por ello, capaz de unirse a otros. Por lo que se podría decir que es la posición en la estructura la que define un sujeto y un otro y que ambos nacen a la vez al mundo de la reciprocidad. Pero nacen desde

lugares bien diferentes: *porque el mundo de la reciprocidad es, concomitantemente, el mundo de la diferencia*, que es, antes que nada, diferencia de lugares.

La diferencia actualiza una di-ferencia, una di-vergencia en los caminos recorridos y a recorrer por uno y otro. Hace presente así una *separación*; otra vida. Hace del otro alguien no reductible al sujeto, in-dependiente desde la raíz y, más allá del fin de semana, éste es el sentido profundo del énfasis kleiniano en la experiencia de separación. El otro se da como otra historia, como relación y también como presencia encarnada (aun en la ausencia, que es presencia del perseguidor), en un juego de cuerpos sexuados que traen un modo original de referencia al mundo; modo que, para Klein, abre a una antes inaudita fantasmagoría, en que la encarnadura es a la vez arena y protagonista.

Si bien las di-ferencias pueden ser explicitadas, no las disuelve el explicarlas. Hacer hipótesis acerca de las causas por las que el otro es tal cual es, no atempera su alteridad. Ni va lejos como explicación: pronto tiene que recurrir a la “constitución” Y, bajo la fachada de una insostenible “teoría” genética, procura esconder el problema. Como tampoco la disuelve la exacerbación del “sí mismo”, que pretendiendo renegar de lo fundante de la relación, lo subraya. Se habla del individuo y se cultiva el individualismo, algo que sería propio, sustraído a toda relación¹. Pero esto propio, ¿cómo se define, cómo se recorta⁹ Pues solo diferenciándose. Lejos de despegarse del otro, el individuo estaría afirmando la primacía de la relación.

El hecho de la alteridad y la diferencia es irreductible y fundante de la relación, y por lo tanto, de la definición del sujeto y del otro como *siendo lo que son*. A su vez la diferencia es el motor de la vida social; y el estímulo de la diferencia — lo singular, la historia y no el mito— y el trabajo de la alteridad son lo que caracteriza a un grupo de culturas entre las que está la nuestra, que se

separa del grupo de las llamadas culturas frías. (16)

HACIENDO presente al sujeto su valor, el otro lo coloca en una angostura fundamental, conceptualizada por Melanie Klein como envidia. (12) Debemos ver en esta angostura su carácter estructural, el que ella le pertenece a la relación como el modo más inmediato de darse la alteridad.

La envidia es angostura por varios costados. Porque nadiifica al sujeto, revelándose su contingencia y su finitud, conmemorando el “trauma” de su nacimiento, de su *ser nato*. Por esta vía angustia al catalizar sus fantasías acerca de un interior Vacío, envidiosamente destruido, castrado, frente el otro presumido como potente, fecundo, pleno. A la vez implica una cierta confusión, al hacer radicar la condición de bueno en el ser ajeno, *bueno por ser de otro* antes que por una cualidad propia; al mover a desear que el otro pierda el valor que lo muestra como en relación, pleno; al frenar este deseo, cuya satisfacción se volvería contra el propio sujeto. Como se ve, un juego de negaciones.

Desde nuestro punto de vista, aquí encontramos un movimiento de carácter dialéctico que despoja al deseo de todo sesgo sentimental. El hecho de que no pueda satisfacerse no se fundamenta en la nostalgia sino en la estructura, por cuanto su satisfacción entra en colisión con la necesidad que expresa. la de recibir lo de otro, la necesidad de relación. A la vez el deseo revela tener una fuente exterior al sujeto, y aquél propone direcciones para esa relación.

Quizá debamos modificar nuestra manera de entender la afirmación de *que* “el sueño es una realización de deseos”. Se la suele considerar como hablando de un proceso generativo, en el que el deseo causa al sueño y la interpretación desanda este pasaje. Parece más adecuado entenderla en el sentido de que el sueño muestra, representa como *ya realizados*, ciertos deseos del sujeto, deseos

de los cuales sólo puede apropiarse a través de su realización onírica. La interpretación hace sueño propio de lo que sería mero suceso, al mostrar cómo lo que en él se cumple es lo que el sujeto espera o concita, cómo lo realizado allí se engarza y pertenece a la vida del soñante.

Sin embargo la envidia no es el nuevo nombre del puro mal; ella no ha perdido su ambigüedad y tiene una doble significación. Es deseo de aniquilación de lo otro que lo diferencia (deseo que a su vez es condición de todo desarrollo, ya que sólo por medio de su superación es posible la gratitud), y es también afán de apropiación de lo que aparece como mera ajenidad. Al manifestarse como este afán, es característica de lo que consideramos hombre moderno.

Por ese carácter dialéctico y no lineal es que el deseo aparece *a la vez* como demanda y primer acto de reconocimiento del otro y, en tanto demanda envidiosa, como arranque del des-conocimiento del otro. El conflicto no está entonces entre sujeto y estructura, sino que está en la estructura misma y en la oscuridad que supone el deseo, ya que una intransparencia envuelve el compromiso del sujeto con su peripecia y no sabe qué quiere o busca hasta hacer experiencia de su querer y habría que decir todavía que el conflicto tampoco está entre ley y deseo, sino que más bien *la ley es desear*, y por ello, curiosear, relacionar, conocer.

LA intransparencia está también en lo bueno del otro. Lejos de reducirse a ser una cosa o cualidad, lo bueno de él es tal por ser el anuncio de la vigencia de la estructura, porque lo bueno es lo vinculante, lo que así prefigura la relación del otro con otros, con el tercero. Así como el sujeto puede negarse a demandar o a retribuir, es decir, a dos formas del reconocimiento, así también el otro puede decir no” a la demanda. Es que el otro no nace sólo de la oferta o la

gratificación: nace también de la frustración y ella muestra la estructura íntima de la relación.

Dejemos de lado la indiferencia, la negativa a la curiosidad y al interés por lo de otro —interés del cual podría surgir la riesgosa evidencia de que ese otro es portador de algún valor. Negándose a la demanda, el otro deja de ser la fuente cuyo destino es atender la apetencia del sujeto y deja de haber alguna armonía preestablecida que confirme al sujeto que su vida viene a coronar al mundo. Con este des-encubrimiento de la contingencia aparece la incerteza respecto de que alguna legalidad le asegure el recibir lo que requiera o la misma posibilidad de vivir; aparece también el narcisismo, como la negación de aquélla.

Lo que el otro no entrega a la demanda del sujeto, se le presenta a éste como algo retenido para sí por el otro, quien adquiere un espesor, se vuelve titular de un *para Si* que es la matriz del tercero, prefigurando la relación triangular. La primera forma de esto retenido son “los contenidos del cuerpo de la madre” de que habla Klein, esos protagonistas de la fantasía inconciente. Debe verse aquí que aun cuando se hable de esos contenidos como de sustancias o cosas o personajes, se trata siempre de relaciones. Una cosa es lo que es por lo que se puede hacer con ella; gozar, por ejemplo. Y es sobre todo la relación gozosa con otro lo contenido por la madre, lo que el sujeto demanda y la madre “se niega” a entregarle. El otro guarda el valor para su unión gozosa consigo o con el tercero, la que será gozosa por cuanto el sujeto supone que la demanda del tercero no está teñida por la envidia que satura al sujeto. La envidia ante lo presumido como bondad vinculante del otro es, pues, envidia ante la “pareja combinada” (propia de la situación de excluido del sujeto y de la madre como fálico-castradora) y se podría decir que la envidia ocurre siempre en una estructura triangular, que define la posición del “excluido”.

Esta relación frustrante aparece en la prohibición del incesto, que obliga a donar al tercero el valor que pretende el sujeto. Esta prohibición es una fantasía que encubre la negativa a la reciprocidad; porque, más que prohibir, la regla del incesto propone la donación como condición para la adquisición,(15) posibilitando y prescribiendo alianzas a partir de la oferta de un bien al tercero.

El tercero es entonces quien aparece instituyendo al otro como tal y rescatándolo como alteridad. Esto hace de la pretendida relación de dos una forma ficticia de la exclusión del tercero; ficticia porque el tercero tiene siempre su lugar, siquiera como las otras posibilidades de vida del otro que éste no hace efectivas en tanto se dedica al sujeto, pero que lo reclaman con igual derecho. Por lo tanto, tiene también siempre su lugar en el análisis, que nunca es relación bipersonal.

RETOMEMOS lo que tiene que ver con sujeto y estructura. La relación sería una especie de esqueleto interno del sujeto y su estructura supone algo que excede a los sujetos en relación y que se ejerce más allá de sus respectivas peculiaridades. Todavía más: se puede decir que cada uno le aporta algo que en su pretendido aislamiento, los sujetos no tenían. En la relación, lo que trae cada uno se ajusta y, transferencia e identificación proyectiva mediante, cada uno procura ajustar al otro. La definición de cada uno arranca de su lugar en la relación, lugar que es función del que ocupan los demás.

La relación es estructura y si ella *hace al sujeto*, lo que ella hace de él sería una forma de existencia en general que podría ser típica de lo humano. La relación es condición y no hay sujeto sin condición. Pero también importa ver qué hace el sujeto con su condición. La estructura no actúa como una segunda naturaleza, no oficia como un arquetipo trascendente que restaura un

determinismo cerrado. Lejos de eliminar el acontecer, la estructura ofrece vía para la solución de tensiones actuales y locales. Así el edipo se vuelve factor de neurosis en la medida en que el sujeto elude la relación edípica y puede no serlo en tanto se hace su cómplice, “entrando en el juego que propone la “seducción” de los padres.

Si lo peculiar puede tener lugar es porque la estructura misma debe estructurar-se, como el deseo realizarse para ser aprehendido. La estructura *se hace* en el curso de un proceso y no deja nunca de estar abierta y preñada de expectativas, de caminos virtuales que pueden concretarse o perderse. Se dice que el bebé encuentra en su medio “una” estructura que lo antecede y determina. Pero ¿no será el regazo que le han preparado un buen ejemplo de estructura inacabada, que no es nada parecido a “una” sino que más bien es sólo un haz de expectativas abierto a lo que puede traer cada momento y ansioso de las confirmaciones y desmentidos que puedan surgir de lo que va aconteciendo? ¿No será éste el mejor ejemplo de indeterminación, de impredecibilidad, de apuesta que necesita del acontecimiento para alcanzar alguna conformación? Sólo para una mirada retrospectiva que ya conoce el final de la historia y que está interesada en ilustrar una moraleja. la estructura estaba hecha de entrada y la historia ha sido sólo el paso de la causa al efecto.

Habrá que decir entonces que la estructura, como drama general generaliza. Pero a la vez vehiculiza el drama particular que tiene lugar en sus intersticios. Y que la estructura, así como forma al sujeto, debe formarse ella misma. Sólo de lo que el sujeto haga con ella recibe ella su definición, al tiempo que el sujeto alcanza la suya.

III) LA RELACION ES UN PROCESO

La estructura de la relación no es pues un dado, al modo del *es*. Más bien su

modo es el del *siendo*; ella sólo se revela en un tiempo que no es el tiempo de la maduración sino una temporalidad que se despliega en *momentos* que, más allá de la mera sucesión, se encuentran trabados de un modo peculiar que llamamos *proceso* y obedecen a una ley interna respecto del proceso mismo.

Tomemos el momento de la envidia. Ella no queda en mero comentario interior, en sentimiento. Ella es e-moción, mueve al sujeto y lo mueve a promover a su vez cursos de relación que tientan la nadificación del otro en tanto otro, por la desaparición de lo que, en tanto valor y ajeno, di-ferencia. Así es que el recurso al narcisismo amuralla al sujeto en una individualidad autosuficiente, ante otro observable, servido, fuente o bien espectador. Así es que la constelación de formas que llamamos voracidad busca hacer del otro, o de lo propio de él, una posesión irrestricta del sujeto cuyo destino será la eliminación. Así es que la identificación proyectiva trasmuta al otro y lo hace hechura, hechizo del sujeto. Así es que los autorreproches y la tristeza de la “depresión”, al tiempo que acusan, congelan la relación. Así es que la elaboración paranoide (acusación o denigración) “prueba que el otro es sucio, torpe, impotente o peligroso, volviendo razonables y de acuerdo con la naturaleza de las cosas el ataque o el desprecio del sujeto —y, por el proselitismo que implica, el de todos.

Estas, que serían las formas esquizo-paranoides de la relación, suponen una confusión de base, por cuanto llevarían a dispensar un trato denigratorio a quien no deja de ser el agente del don que el sujeto necesita y espera. El otro encarna así solicitudes encontradas. Ante una situación como ésta el animal huye o se duerme, según enseña la etología. El hombre no; le basta con *partir* la situación, escindir al otro, a la relación y a sí mismo en partes, cada una de las cuales es tenida como *que* torna el lugar de la totalidad.

Decir “parcial” no habla de regiones integrantes de un todo más *amplio*, sino de una partición que ocurre en el curso del trato. Es una forma de temporalidad por la cual un *momento* de una relación queda escindido de sus antecedentes, concurrentes y consecuencias, siendo un mismo acto el que define un elemento y eterniza lo que sería apenas un instante.(10)

Lo que virtualmente era una situación única se *vuelve* plural y el sujeto puede así continuar el trato en lugar de huir. Al dar relevancia a algunos aspectos, otros quedan como des-conocidos y son tratados como pertenecientes a otros contextos, más que relegados a un profundo interior. La propia escisión, el recorte y la unidad “anterior” serán inconcientes y la represión será un modo de trabajar esta escisión, manteniéndola. Por ello, la recuperación de la unidad será algo a realizar cumpliendo un proceso, un peregrinaje que llevará de una cosa a otra, dando un rodeo, haciendo una *ex-peri-encia*.

MELANIE Klein enseña que la escisión es una operación que crea una oposición binaria, lo cual le asigna el valor de un primer principio ordenador que configura dos polos de relación. A cada uno de ellos se puede adscribir un modelo, Según tenga por objeto lo bueno o lo malo o sus correlativos, perseguidor o idealizado (dejando de lado que entre ambos pares hay una diferencia de clase más que de grado).

Así la relación deja de ser con otro, pasa a ser con un *objeto*. Lamamos objeto al sujeto en tanto objeto de esta relación escindida, en la que es objeto en dos sentidos: por ser el término con el cual tiene lugar esta relación, y por ser la meta, la con figuración del otro que la relación apunta a alcanzar y mantener. Objeto es entonces otro escindido, por lo tanto siempre parcial respecto de su ser otro del sujeto. En tanto objeto, cuenta de él sólo el aspecto mentado por la

relación, la que lo quiere como *funcionario*, (27) *vivo* para cumplir su función y *muerto* para toda otra vida. A su vez, la escisión ocurre también en la relación y en el sujeto: el pecho es tal para una relación oral, de todo o nada, en la que el sujeto es un estoma.

Si es la escisión la que parte y opone, entonces habría que decir que el elementalismo y el dualismo serían creaciones de este momento y estarían fuera de los parámetros de lo verdadero y lo falso en el plano de la teoría, y que a la escisión también le pertenece la tesis del elemento movido por fuerzas exteriores que necesitan del sujeto como vehículo y del otro como mero objeto en la ocasión de la descarga. En la medida en que este planteo sea correcto, atomismo y relación ya no serían teorías alternativas, sino que ambas corresponden a momentos del proceso de relación y el elementalismo se vuelve adecuado como descripción del momento de des-conocimiento de la relación.

LA clasificación bueno-malo cabalga sobre lo que es quizá la más primaria de las clasificaciones. Habla de lo peligroso y rechazado y de lo favorecedor y acogido. Con uno se intercambia, con otro se lucha en nombre de un intercambio frustrado que se busca restablecer. En este plano, tal clasificación se apoya en la dotación de la especie que asegura un cierto olfato posibilitador de una elemental orientación en el inundo.

Pero la escisión bueno-malo excede este plano; ella no parte de una evaluación objetiva. Porque malo es el objeto que frustra, que se niega a la apetencia del sujeto, apetencia que tampoco quiere su satisfacción puesto que o bien es la angurria que pro-cura anular la alteridad, lo bueno del otro, o bien aspira llegar a la posesión de lo que hará envidiable al sujeto (el falo, lo dado a envidiar por principio).

Koolhaas señaló (14) que el objeto bueno concita tanto la envidia como la gratitud, pero habría que advertir que no se trata en ambos casos del mismo objeto, del objeto del mismo momento de la relación. Uno es mero correlato del malo y destinado a contrarrestarlo en tanto el otro es el objeto de la gratitud con quien la retribución podrá tener lugar.

Lo que es bueno y lo que es malo no se refiere siempre a un carácter inherente al objeto y que el sujeto percibe con más o menos error; no se origina en la discriminación, ni tampoco en la disociación de lo que estaba asociado. En el contexto que consideramos surge de una partición y el recorte que ésta obra es “arbitrario” respecto de su contenido. Por lo que habría que hablar de objeto bonificado más que de objeto bueno. (21).

El movimiento que caracteriza la vida psíquica humana —el objeto perseguidor y el idealizado se encuentran, lo que es objeto bueno aparece surgiendo del que era malo— es el propio ejercicio y despliegue de la escisión, que lleva a contradicciones que a su vez obligan a nuevos movimientos. Esta movilidad no es azarosa ni caótica, se ordena según los momentos de un proceso que comprende dos grandes instancias. Una es la escisión, otra es la integración. Que no es desandar la escisión ni su mero negativo, ni una reasociación de lo que habría estado disociado, ni una simple síntesis. Es *un* momento de *superación*, en el sentido dialéctico del término, en el que aparece una nueva configuración de la relación que conserva al anterior como núcleo que le da sentido; lo actual es lo que es, por haber “superado” lo que esto mismo actual señala como su antecedente.

El momento signado por la envidia hecha voracidad, denigración, acusación, halla su verdad en el momento que lo supera: allí se des-encubren sus “razones”, *que no* eran las frustraciones sufridas sino lo que el otro tenía en

tanto otro, lo que tenía de negador en tanto donante unido por lo bueno al tercero. Este des-encubrimiento no nace de cero, no encuentra a un sujeto inocente. Es que la constitución del objeto por escisión y atribución (proyección, identificación proyectiva) y su negación como otro tiene siempre el aire de lo arbitrario y la marca de ser resultado de una “defensa”, por lo que no abandona al sujeto el barrunto de tener que ver con esa constitución, de ser sostenedor en tanto ella le es necesaria. El barrunto que dice que hay un exceso en el cómo aparecen las cosas y *que* es tenido en vista por Klein cuando habla de la “presencia de la madre” como lo que excede al mero pecho.

El proceso lleva a des-encubrimientos en el objeto, en el sujeto y en la relación y todos ellos aparecen como co-perteneciéndose. En el plano del objeto, lleva al objeto total, a la *recuperación* del otro como otro. Porque la integración supone des-encubrirlo, muestra como habiendo estado siempre, pero mantenidos a-parte, lo que podría ser lo bueno y lo malo del otro; ella *puede tener lugar* por la crisis a que lleva el propio despliegue de la relación con los meros objetos, ocurre por una ley interna de la relación y no por la intervención de factores generales. Es esta misma ley interna de superación la que lleva de la envidia a la gratitud.

Este planteo supone abandonar el esquema de la resultante mecánica también en lo que atañe a la gratitud. Ella no se da de entrada ni disputa a la envidia la supremacía: podría nacer sólo de la superación que permite la apertura a) *reconocimiento* y la retribución. Es de la insoslayable experiencia de la envidia y de sus falencias que pueden surgir las direcciones que lleven a su superación, pero que también pueden llevar a la cristalización en la escisión, que debe ser mantenida exigiendo un “trabajo” continuo. La gratitud va unida al penar. al *cuidado* y a la reparación, que no es recomposición sino des-agravio, rectificación que libera al objeto de su servidumbre hacia el Sujeto y de la queja

que acompaña la escisión (de que lo del otro le es debido, de que lo que recibe es dañino o inservible). El sujeto reconoce y retribuye al dador, y *lo hace haciendo uso de sus dones* y también de las virtudes propias. Gozando de ellos, reparándose a sí mismo, deja de ser el damnificado y el que “se gasta” tras la escisión. Por lo que la relación consigo sigue los avatares de *su* relación con el otro.

Es posible asumir entonces que el gesto ofertante del otro no respondía a ninguna legalidad que lo hiciera seguro, imperioso para el otro, ni que algo destinara ese gesto sólo para el sujeto: que ese gesto suponía una *gratuidad* que concita la *gratitud* por lo que es gratis. Y’ es sólo por haber esta gratuidad. y’ no automatismo ni un dador forzado, que puede haber algo como un don, reconocimiento, intercambio² con lo cual se continúa el curso abierto por la demanda. La gratuidad hace presente al sujeto su contingencia y va más allá del aire perverso del deseo que sólo desea el deseo del otro con lo que hace del otro un mero objeto- para mostrar en la gratificación una real concurrencia de deseos.

En otro plano, la integración supone apertura, la salida del instante eternizado propio de la escisión. Salida por la temporalización, articulada en los éxtasis de la culpa en el presente por el daño en el pasado, inspirada por la esperanza de la reparación. (14).

Integración es entonces ex-peri-encia, un trabajo de rodeo que trae de vuelta “a sí”, un “sí” que se reconoce como superación del antecedente.

DE modo que, sí bien el otro está siempre, siquiera como horizonte de la relación, el otro no tiene un carácter macizo, de algo ya hecho del todo. Más bien el otro va cambiando su presencia según las pautas de los momentos de la relación. Este proceso alcanza simultáneamente al sujeto de modo que uno y

otro se van configurando a veces como polares, a veces entremezclados.

La integración es un momento de asunción del otro. Pero en este momento tal alteridad aparece como habiendo estado siempre, aun en lo anterior, que se revela ahora como intento de des-conocimiento de ella. De modo que la alteridad por un lado es primera y es escindida, y por otro lado es segunda, sólo surge con la integración.

Así como el otro, también el sujeto deviene. Pasa de ser la conciencia inmediata, el sujeto movido por impulsos que le son ajenos a ser el sujeto deseante solidario con “lo que en él se quiere”, siendo en una historia. Sujeto trascendental que organiza el campo de su peripecia de modo tal que “aquello que se nos muestra como resultado de una enfermedad no es sino el propósito de la misma y su resultado aparente es en realidad su causa y su motivo”, como dice Freud en “Un caso de neurosis obsesiva”.

Retomando ahora lo relativo al objeto bueno, habría que decir que si podemos llamar bueno al objeto conformado por la escisión, no es porque tenga algo de bueno en el sentido corriente del término, sino que más bien es bueno por lo que llegará a ser. Como bueno deberá advenir al cabo de un proceso. Pero ese momento revelará que había sido lo que el primero contenía desde siempre pero que estaba escindido. Planteo que nos invita a repensar cuál es el estatuto de lo que llamamos *realidad*, así como el lugar de lo que muchos sostienen que es una “confusión” previa a la claridad esquizo paranoide.

Si bien por la integración se conforma un objeto total, el otro como tal, no por ello se alcanza un estadio definible objetivamente como totalidad, ni el fin del proceso ni un absoluto. La integración es siempre a cuenta de futuras integraciones: siempre es parcial por abierta. Así como en lo que hace bueno o malo al objeto no hallamos un rasgo objetivamente definible que dé cuenta de

su calidad de tal y aun lo bueno del objeto su condición de dador, lo vuelve malo, tampoco es un rasgo objetivo el *que* puede dar cuenta del objeto total. Lo que hace total al objeto o al sujeto es el momento, es *su lugar en el proceso*. Es total por estar al cabo de una integración, de una escisión superada al desencubrirse como tal.

Todo esto nos lleva a precisar una relación en doble sentido. (18) El otro como tal es primero, en el sentido de que el objeto es una determinación y el otro está siempre como horizonte de esa determinación, como su término fundante. Pero no es lo primero en sentido empírico, aparece sólo como “fin” del proceso y sólo a partir de este “fin” el objeto hace visible la escisión que lo funda. Es que el término fundante sólo se manifiesta a través de lo fundado.

Al no ser estados ni fases, la relación entre escisión e integración excede a la mera sucesión. Desde nuestro punto de vista, se vive en ambas posiciones; lo esquizo-paranoide es lo cotidiano, con momentos de rescate. La relación entre estos momentos está signada por lo que Klein llamó porosidad, una fluidez bien diferenciable de la inestabilidad propia de la escisión.

IV) LA RELACION ES CULTIVO

El sujeto parece disolverse en tanto sustancia y la relación y la mediación toman su lugar, una relación que es una estructura que no deja nunca de estar en proceso, haciéndose. Esta es, por supuesto, sólo una manera de entender, desplegar desde un punto de vista, y apenas una teorización si se quiere, aun cuando ella tiene consecuencias prácticas evidentes.

La fantasía también es un entendimiento e igualmente está sustentada en una preocupación práctica. Es que todo entendimiento tiene en vista algo, *tiende a*, *tienta*, es un acto dentro de un concierto de actos. Sin ir más lejos, las

posiciones de que habla Melanie Klein rebosan de actividad. Son posturas, apuestan a un curso de la relación y la propician. Hablar de un perseguidor no es constatar algo, sino esperararlo y convocarlo a través de tratos concretos, de palabras por ejemplo, lo que rescata el hablar como hacer en el marco de la identificación proyectiva. (21)

Esto suele ser olvidado cuando se supone que una teoría sólo trata de dar cuenta de algo preexistente. Al menos en el caso de la realidad humana, los entendimientos no registran existentes sino que proponen metas, prefiguran algo que no está dado de antemano, de cierta manera organizan lo que ocurre y ordenan un cierto curso. Muestran algo a lo que tender, y la pro-posición tiene la forma de fantasías en las que esas me-tas lucen realizándose, como en el sueño. De esta manera, ejemplificadas, ellas se vuelven pensables y actúan como organizadoras de lo real.

En el análisis las posturas son tematizadas por la fantasía, que es primero fantasía del analista dada como interpretación. Ella *va contando un cuento* que pro-pone al sujeto una imaginaria integradora capaz de otorgarle un cierto dominio sobre su peripecia, tal como la teoría otorga al analista un cierto dominio sobre su trabajo. Este cuento es integrador. Explicita un tiempo, habla de aquello de lo que el sujeto se defiende, espera, apunta, desea, retoma, deja de lado. Hace entrar en un orden general ya por el hecho de poner nombres. Y generaliza esto actual al mostrarlo conectado con otros momentos de la vida del sujeto. El entendimiento que es la fantasía es la operación de engarce de lo actual, la postura del sujeto en la relación, “en el medio significante total”. (24) Y el sentido kleiniano del término fantasía —que quizá todavía no hemos comprendido plenamente— dice que ella equivale a lo mental, en un contexto en que mental excede largamente a su equivalencia a lo que no es somático.

La integración a que da lugar no es mera armonización ni equilibrio de fuerzas; es lucha dialéctica, negación, resistencia y superación. Es, en fin, ejercicio de *racionalidad*.

DE acuerdo con el punto de vista expuesto aquí, es la relación, y no un elemento, el tema de nuestro trabajo; relación que es siempre triangular y que está estructurándose, lo que hace del análisis un trabajo de cultivo, que toma "*cultura*" como verbo. En el análisis se recrea la relación con el otro y esto es lo actual en el sentido de lo presente, pero también de lo que se actúa. Es lo que está realizándose, con ese irrecusable aire de verdad del acto que está en el origen de toda certidumbre —que es por lo cual leer psicoanálisis no sirve como psicoanálisis, pues falta el acto de exponerse a la mediación de ese otro ubicuo que es el analista.

Pero ni esta actualidad ni ninguna otra se agotan en sí mismas, en su puntualidad atómica. Ella tiene su lugar en una *cadena de remisiones* que nombra más transferencia y por la cual una temporalidad indivisa se hace presente como la continuidad de hecho de una existencia para la cual no hay puro pasado, ni puro futuro, ni puro instante. (22) Hay siempre un etcétera de momentos vividos o sólo expectados, porque también hay transferencia de expectativas. Y así como no hay puro instante tampoco hay puro sujeto: lo primero es el ser en el mundo y mundo es, antes que nada, mundo humano, intersubjetividad, relación.

Este mundo humano es *sentido*: así como el otro *habla* del tercero, así todo cuando ocurre en él remite a otra cosa, *habla*, sea o no *hecho de palabra*. Por otra cosa es lo que es, en el marco de un sistema y de un proceso que se definen

contemporáneamente a cada ocurrencia, y que no tienen nada que se parezca a un punto final decisivo en el pasado como causa, o en el futuro, como paraíso.

Alimentados por la tradición que apunta a lo antiguo (o lo oculto, o lo que está detrás), muchas veces damos al pasado un valor determinante y, como tal, explicativo. Pero pasado, presente y futuro *se pertenecen* y se iluminan mutuamente. Por ello puede esperarse del presente un mejor conocimiento del pasado y de las aperturas del futuro. Es que no se trata de recuperar una perdida comprensión anterior del pasado, sino de alcanzar una comprensión de un tiempo pasado que, en el momento en que ese tiempo era presente, el propio analizando no tenía. Así es que el análisis “recrea” la historia.

Consecuentemente, la interpretación deja de ser la comunicación al paciente-pasivo de un descubrimiento hecho por el analista que salió, de algo que está dentro del paciente pero que éste no sabe que está. Pasa a ser un entendimiento, un movimiento en la relación, un fantasear que se cumple entre ambos, se origina en la con transferencia, en el modo como el analizando *hace* al analista. Modo que el analista comienza a comprender *interpretando/o* al modo como puede hacerlo un actor: dejándose ganar por el texto, dejándose hacer”. Con lo que el analista dice. pro-pone una fantasía; ella da cuerpo, organiza y comprende lo que ocurre en la generalidad de la vida del sujeto, de la estructura y del hombre. Y escucha la respuesta, *que* puede ser que el analizando haga suya esta fantasía y a partir de allí retribuya lo comunicado. De modo que el cultivo y la integración de la relación se vuelve indiscernible del cultivo en sí.

En esta temporalización, tomados por una sociabilidad irrecusable, están analistas y analizando. *Re-ligarlos* al tercero, edificando una *ética* y afirmando la *locura* como inherente a la condición humana.

BIBLIOGRAFIA

1. **BARANGER, W.**, *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*. Bs. Aires, 1971.

2. **BARANGER, W.** y col. *Aportado/les al concepto del objeto en el psicoanálisis*. Bs. Aires, 1980.

3. **BEALS, R. y HOIJER, H.** *Introducción a la antropología*. Madrid, 1978.

4. **COROMINAS, J.** *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, 1973.

5. **DICCIONARIO del saber moderno. La Filosofía**. Bilbao, 1974.

6. **ECO, H.** *La vida social como sistema de signos, en "Introducción al estructuralismo"*. Madrid, 1973.

7. **FAIRBAIRN, W.R.D.**, *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Bs. Aires, 1966.

8. **FREUD, S.**, *Más allá del principio de placer. OC., T.VII*

9. **FREUD, S.**, *Psicología de las 'nasas y análisis del yo. OC., T.VII*

10. **GARBARINO, H.:** *La posición depresiva y la melancolía*. Anales Clín. Psiq., Montevideo, 1958.

11. **KLEIN, M.**, *Contribuciones al psicoanálisis*. Bs. Aires, 1967.

12. **KLEIN, M.**, *Envidia y gratitud*. Bs. Aires, 1969.

13. **KOOLHAAS, G.**, *La humanización del esquema corporal*. Rev. Ur.

Psicoanálisis, 1960.

14. KOOLHAAS, G., *Melancolía no es depresión. Rev. de PSÍC.*, Bs. Aires, 1962.

15. LEVI-STRAUSS, C., *Las estructuras elementales del parentesco.* Barcelona 1981.

16. LEVI-STRAUSS, C., *Antropología estructural.* Bs. Aires 1980.

17. LOVEJOY, A.O., *Essays in the history of ideas.* N. York, 1960.

18. MERLEAU-PONTY, M., *Fenomenología de la percepción.* México, 1957.

19. MERLEAU-PONTY, M., *Signos.* Barcelona, 1964.

20. PACIUK, S. *Reconsideración de Freud.* Revista Ur. de Psic., 1975.

21. PACIUK, S. , *Actuar, hablar interpretar.* Rev. Ur. de Psic., No. 56.

22. PACIUK, S. , *Transferencia: la temporalización.* Rev. Ur. de Psic., No. 60.

23. PACIUK, S. , *Aniquilación, angustia primordial.* Rev. Ur. de Psic., No. 60.

24. RICOEUR, P., *Hermenéutica y estructuralismo.* Bs. Aires, 1975.

25. SEGAL, H., *Notas sobre la formación de símbolos.* Rev. Ur. de Psic., 1966.

**PERSPECTIVA DEL
“YO” EN EL “RELATO
DEL PSICOANALISIS
DE UN NINO”***

**POLA HOFFNUNG
IRENE MAGGI DE MACEDO
GLORIA MIERES DE PIZZOLANTI
ISABEL PLOSA**

1) INTRODUCCION

Nuestro propósito) es efectuar una relectura cuestionadora de un material clínico del análisis de Richard. (**) valiéndonos asimismo de otros textos teóricos de Melanie Klein, para reflexionar sobre las iluminaciones y las oscuridades que van surgiendo de esa nueva aproximación. En determinados momentos constituye una tarea muy compleja, por el entrecruzamiento de distintos niveles de conceptualización teórica, así como por la utilización de términos a los que la autora adjudica un sentido propio, sin discriminarlo de otras líneas del pensamiento psicoanalítico.

* Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis

** M. Klein realizó este tratamiento en 1941. El relato fue Publicado en 1961, con valiosos aportes agregados en sus “notas”.

¿Por qué elegimos este texto? Pensamos que nos permite el mejor acercamiento a la práctica viva y a los múltiples problemas que ella suscita, y que aporta una experiencia enriquecedora para la comprensión de la práctica analítica en general, y, sobre todo, para el trabajo con niños y con psicóticos. Impulsadas por las realidades que nos plantea la práctica analítica (con un trasfondo teórico tan sacudido por los estimulantes puntos de vista de los poskleinianos, en particular Bion y Meltzer y los lacanianos), consideramos necesaria una amplia discusión de estos temas, no para adherir o rechazar, sino para obtener una mayor claridad en la re-elaboración conjunta que pueda surgir. Estimamos que ese es un camino a retomar, que fue fecundo en el Río de la Plata.

Tomando en cuenta las “Jornadas sobre el ‘yo’” realizadas en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (noviembre de 1982), centramos nuestro estudio en el yo tal como surge de la clínica.

II) EN LA CLINICA

Desde las primeras sesiones de su análisis, Richard se refiere a una serie de situaciones (Hitler que bombardea la “casa cocinera”, el vagabundo que irrumpe en la “casa-mamá”, el sol que choca e incendia la Tierra, etc), que se van sucediendo y resignificando en la situación analítica.

Klein dice que cada interpretación debe señalar “hasta cierto punto el papel que están representando el superyó, el ello y el yo”, lo que lleva a una “sistemática exploración de las diversas partes del aparato mental y de sus funciones”. (1)

Utiliza los términos de la segunda tópica, pero nos preguntamos si ellos

significan lo mismo que para Freud y cuál es para Klein el modelo del aparato psíquico. Dejamos por ahora planteadas estas interrogantes y continuamos en la clínica.

Elegimos algunos fragmentos del material clínico, en especial de la sesión No. 12, donde se manifiesta una marcada angustia. A su vez este material ejemplifica, por un lado, uno de los aportes fundamentales de Klein al psicoanálisis de niños (la utilización de las técnicas lúdicas) y por otro lado el privilegio otorgado a la angustia como eje de su labor práctica y de su teoría.

En determinado momento Klein introduce un elemento nuevo. Richard estaba hablando cada vez menos, al tiempo que aumentaban sus intentos de exploración y manipuleo de los objetos del lugar, en función de sus defensas. Klein aporta material de dibujo, pensando que esta situación de resistencia era debida a una angustia excesiva que impedía a Richard expresarse con palabras. Klein le proporciona otra vía de expresión, fundamentándose en que la actividad lúdica está menos investida de angustia que la palabra hablada. (2) A Klein se le hace “evidente que el niño necesitaba urgentemente un medio más apropiado con el cual poder expresar su inconciente”. (3)

Interpretando, la analista logra que disminuya la angustia, lo que estimula a Richard a seguir expresándose. Conforme al pensamiento kleiniano, diríamos que el yo se está liberando-aliviando.

Al volver sobre la interrogante planteada acerca del modelo tópico, nos enfrenta. mus al descubrimiento de otra conceptualización teórica y metapsicológica. En esta escucha se privilegia la angustia, que siempre está en relación con un objeto; pero éste queda subsumido en un concepto más amplio, que es el de posición. Baranger lo dice con gran claridad: “La posición se

presenta así como una constelación de fenómenos interrelacionados: el tipo de angustia dominante, las defensas utilizadas para dominarlas, los instintos en juego, las características de los sujetos involucrados, el estado de las instancias, los sentimientos, los pensamientos del sujeto conforman así una totalidad en movimiento en la cual ningún factor puede ser considerado en forma independiente de todos los demás”. (4)

Richard dibuja una situación de batalla entre barcos ingleses y un submarino alemán (dibujo No. 1, sesión 12) y expresa que no sabe quién va a atacar primero... Frente a los números que había adjudicado a cada barco, se sorprende porque descubre en sí mismo un sentido desconocido para su yo, los deseos destructivos hacia sus padres. Es una ocurrencia de Richard, que de este modo va desplegando sus asociaciones.

Sostiene Klein que la interpretación, que el paciente siente que le ayuda y enriquece, es vivida como la repetición de la experiencia más temprana de ser querido y alimentado. Este enriquecimiento está ligado a la integración del yo y síntesis del objeto.

Su escucha analítica la lleva a interpretar la fantasía inconciente: ataques al cuerpo de la madre-analista y sus contenidos y deseo de apropiarse de ellos, expresión también de su instinto epistemofílico. Pensamos que podíamos plantear aquí un predominio de la posición esquizo-paranoide, oscilando por momentos hacia el surgimiento de ansiedades depresivas. El yo diva (ver nota *a*) al objeto, cuerpo de la madre, en el objeto perseguidor y el idealizado. Pero también el yo se diva y da lugar al conflicto intrasíquico: sentimientos de amor y odio que dan cuenta de esta división. Las palabras de Richard, que hablan de “no querer atacar” dichas con convicción, remiten a un yo que quiere proteger al objeto bueno, en pugna con los impulsos destructivos del ello, Esto se da en un

interjuego de identificaciones proyectivas e introyectivas, por las que Richard instala en su yo el objeto bueno que quiere preservar, tanto como a sí mismo, en continua interacción con los objetos externos. Klein plantea aquí el Edipo temprano vinculado a la posición depresiva.

RESPECTO del dibujo No. 3 de la misma sesión, Richard anuncia que va a ser el de un hermoso barco; cuando traza la línea que representa la superficie del mar, comenta que la parte que está debajo del agua no tiene ninguna relación con la parte de arriba; en la zona bajo el agua dibuja una estrella de mar que, según dice, está hambrienta.

Se muestra acá una separación rígida entre lo que manifiesta Richard, en el sentido de querer unir a sus padres, y sus deseos inconcientes opuestos. Klein habla acá de represión. Este empleo del término “represión” ¿cabe dentro del concepto freudiano y de las implicancias significativas que él desarrolla en sus trabajos? En Freud la represión se encuentra en el origen mismo de la constitución del inconciente.

Klein enfatiza mecanismos de defensa anteriores a la represión. En “*Psicoanálisis de niños*” (pág. 143), refiriéndose a los impulsos destructivos, dice que el yo puede movilizar una parte de estos impulsos, como una defensa contra la otra. Resulta entonces

Una división del yo que Klein considera el primer paso hacia la formación de las inhibiciones instintivas y del superyó, y que ella considera asimilable a la represión primaria.

Tendríamos entonces que con el nacimiento se produce una deflexión del

instinto de muerte. Como defensa, la pulsión destructiva es arrojada fuera del yo, en un movimiento de expulsión. Dentro del esquema objetal que se da en Klein desde las primeras experiencias del bebé, esto constituiría el primer clivaje, en la fantasía inconciente. Al mismo tiempo se produce la incorporación del objeto, convertido en el arma de defensa contra los impulsos destructivos dentro del organismo, con lo que asume las funciones de un superyó. Vemos la descripción de un complejo mecanismo defensivo de clivaje, proyección e introyección, que corresponde a las funciones primordiales del yo precoz en lucha contra las angustias de aniquilación, que se dan en el contexto mismo de la fantasía inconciente.

Al clivarse el yo, una de las partes resultantes es experimentada como sí misma, en tanto que la otra constituye generalmente “la parte escindida del yo inconciente”. (5) El concomitante clivaje del objeto, junto con los mecanismos de clivaje, negación y proyección de partes de sí mismo y de los objetos internos, lleva a que los aspectos “malos” sean considerados ajenos, atribuidos a objetos del mundo exterior y se conviertan en perseguidores; mientras tanto, por introyección, se instala dentro de sí el objeto bueno, gratificador. También hay clivaje cuando habla Klein de un yo regresivo y un yo maduro hacia el que se dirigen las interpretaciones, lo que permite que éstas produzcan efecto. (6) Este clivaje, tanto de las estructuras, como de los objetos y de los afectos, etc., se dan con relación a conflictos vinculados con fantasías sexuales esencialmente sádicas y destructivas, en general con objetos parciales, los que corresponden en mayor medida, aunque no exclusivamente, a los mecanismos psicóticos de la posición esquizo-paranoide.

Hay una continuidad, en cuanto al grado de intensidad, entre la represión y el clivaje; un clivaje excesivo condiciona una represión igualmente masiva y viceversa, es decir, un clivaje parcial está en la base de una represión no tan

intensa, la que permite un interjuego más fluido entre inconciente y conciente. La represión en la evolución normal releva en gran parte al clivaje a partir del segundo año de vida y se da con la culminación de la posición depresiva.

“... El clivaje, la negación y la omnipotencia, desempeñan el mismo papel que la represión en una época posterior del desarrollo”. (7) Según G. Koolhaas, esto se hace comprensible, en tanto el superyó precoz que se origina en el objeto internalizado, funcionando como censor, efectúa la negación (de la realidad psíquica y de la realidad externa), así como en el ideal del yo actuaría la omnipotencia. (8) Pensamos asimismo que la omnipotencia con que se engrandece la bondad del objeto y del yo, constituye una salvaguardia; y por otro lado, está en relación con los deseos pulsionales que aspiran a una gratificación ilimitada.

El dibujo No. 3 de Richard pone de manifiesto, de acuerdo con la concepción de Klein, lo que ella llama los estratos de la mente; (9) pensamos que se refiere a las etapas del desarrollo pulsional, lo que a su vez condiciona su técnica interpretativa, que consiste en alcanzar los estratos más profundos de la mente. En este caso el nivel de mayor profundidad alberga el deseo oral de posesión exclusiva, que Paula Heimann formula como la entidad “boca hambrienta-pecho que alimenta”. Se detectan entonces impulsos muy primitivos, manifestados incluso en contenidos preverbales como el deseo de devorar el pecho materno, lo que da lugar a la fantasía de tener objetos muy dañados y devoradores. Esto permite a Klein afirmar que desde el principio de la vida posnatal existe un superyó muy sádico y retaliativo. Correlativamente se da el proceso por el cual se instaura un superyó protector. (10)

Los comentarios de Klein sobre este momento de la sesión reflejan la incidencia de distintas líneas de pensamiento: por un lado, los estratos más

profundos de la mente, lo que alude a la primera tónica freudiana; por otro lado, el yo, el superyó y el ello en relación con la segunda concepción del aparato de Freud, aunque alejándose considerablemente de ésta. Al mismo tiempo habla de objetos internalizados que constituyen un mundo interno plagado de objetos “cuasi personas”, al decir de W. Baranger. (11)

III) HACIA LA METAPSICOLOGIA

Es un principio fundamental del análisis, para Klein, el acceso a las ansiedades tempranas. En muchos de sus trabajos lo formula como la posibilidad de llegar a los estratos más profundos de la mente.

Conforme al “*Relato del Psicoanálisis de un Niño*”, después de las primeras sesiones surgen en distintos contextos los deseos incestuosos y agresivos de Richard: fantasías de devoración, desmembramiento, mutilación, ataques con los productos de su cuerpo que pulverizan, queman e invaden con olor y suciedad.

La voracidad, la envidia destructiva, la angurria, son mencionadas como pertenecientes a los estratos más profundos —ya habíamos visto la estrella de mar hambrienta (que en sesiones posteriores posee dientes cortantes) significando los impulsos más alejados del yo conciente. Estas ansiedades son catastróficas; angustias de aniquilamiento, de fragmentación, que por su intensidad excesiva paralizan el proceso analítico. Klein piensa que es urgente aliviarlas y el instrumento clave para ello es el trabajo con la transferencia. Si el monto de angustia cede, se pone nuevamente en movimiento el proceso y éste continúa su elaboración.

Al hablar de los estratos de la mente, ¿se refiere Klein al modelo

arqueológico que emplea Freud en *“Etiología de la Histeria”*? (12) En *“Psicoterapia de la Histeria”* Freud presenta tres modelos de estratificaciones. El primero es lineal y de secuencia invertida: lo más profundo corresponde a lo más temprano y lo más reciente se halla en lo más superficial. Freud irá en busca de recuerdos convocando al mismo tiempo al afecto acompañante, con el fin de lograr una facilitación a través del decir.

Si este modelo se ajusta a la concepción de Klein, el yo conciente tendría que estar en el límite superficial, en interacción con la realidad externa y con raíces en la profundidad.

Los impulsos orales corresponden a los estratos inferiores, junto con mecanismos psíquicos masivos: clivaje, negación, proyección. Pensamos que esto alude al punto de vista genético del desarrollo, en el que la secuencia cronológica impone una limitación que la misma Klein supera en sus trabajos, sin dejar de considerarla al mismo tiempo.

Por lo tanto, nos parece más valioso el tercer modelo de estratificaciones, llamado por Freud dinámico. En este esquema espacial, los encadenamientos se harían por caminos enredados y entrelazados, que van de lo superficial a lo profundo y viceversa, en un movimiento dinámico permanente. Más que la línea genética, se jerarquizan los impulsos orales, anales, uretrales y genitales desde el comienzo, tal como aparece en la clínica, aunque haya predominio de uno sobre el otro. Recordemos que con respecto al conflicto, Klein tiene una concepción diferente de la de Freud. Para ella el conflicto se establece entre los instintos de muerte y los libidinales.

¿Qué busca Klein? Se desprende de esta lectura que una parte de las situaciones actuales, que estarían en la superficie, reactivan angustias tempranas que desde la profundidad están produciendo su efecto y que al ser promovidas por el análisis, harían que el yo quedara más disponible para integrar un objeto y ser parte de una dialéctica permanente. Como Freud, el énfasis estará puesto en el decir del paciente. En el caso de Richard, este decir puede consistir en palabras, en el juego o en el dibujo, permitiendo las asociaciones libres. Al estudiar lo que hace Klein con los recuerdos, vemos que en la sesión No. 28 del *Relato* aparece un recuerdo infantil. Ella afirma la jerarquía que tienen estos recuerdos, su nexos con el contexto en que surgen y su intención de promover nuevos recuerdos. Entendemos que es con una finalidad expresa: “explorar las experiencias y emociones en que se construyen cada uno de ellos”.

Esto lleva a vivenciar lo que denomina “memories in feelings” (recuerdos de sentimientos): reactivación de emociones tempranas. (13)

¿Qué es esta memoria que conserva una emoción, que se expresa en la situación analítica como una reviviscencia de situaciones tempranas? ¿Una ansiedad? Y ¿cómo se articula con la fantasía inconciente? Dayan estudia en su trabajo sobre Richard las escasas tres veces en que en todo el historial aparecen recuerdos y los interpreta como un retorno del pasado en el afecto que se reproduce, como una puesta en escena del pasado, en un comportamiento específico. (14)

Klein remite la ansiedad actual que irrumpe en la sesión a las primeras relaciones de objeto. Es sólo por el relacionar una y otra vez -y esto significa un trabajo arduo y paciente- las experiencias ulteriores con las anteriores y viceversa; es sólo mediante la exploración consistente de su interjuego, que el

presente y el pasado pueden juntar-se en la mente del paciente: éste es el proceso de integración.

Para Freud el énfasis está puesto en el proceso de elaboración “Durcharbeiten” del analizando. (15) La participación del analista en Klein es más activa, distinta a la freudiana. Diríamos que toma a su cargo lo que el analizando diva y lo vuelve a traer en diversos contextos, interpretándolo con el fin de lograr el “insight”.

a) YO - MUNDO INTERNO

Uno de los desarrollos enriquecedores de Klein es su concepción del mundo interno. “El mundo interno prácticamente significa los objetos”. “El mundo se origina en la relación fantaseada del lactante con el pecho y el vientre maternos”. (16)

El objeto interno y el objeto externo no coinciden nunca totalmente, siempre existe un interjuego entre ambos; lo fantasmático y lo percibido se confunden, en la evolución, paulatinamente, en un penoso trabajo de discriminación: regiones distintas entran en correlación: mundo interno-mundo externo.

El yo se va construyendo (*the Ego builds itself up*) (nota b) desde el principio de la vida posnatal mediante la internalización de objetos. Este conjunto de objetos internalizados se organiza junto con la organización del yo. Frente a una angustia muy intensa, un dolor psíquico insoportable, o en situaciones regresivas importantes, el yo se fragmenta, se diva, hace un movimiento de expulsión de esa angustia, enlazándola al objeto frustrador, y de esta manera deja de sentirla. Al disminuir la angustia queda constituido el núcleo del objeto bueno, con los impulsos libidinosos del yo puestos en una

madre que lo sostiene, que le brinda su voz y su calor. Estos objetos, buenos y malos, están contruidos con base en percepciones.

Como vemos, para Klein la angustia actúa como un principio organizador que permite que el yo y el objeto vayan estructurándose mutuamente. Klein reitera que el yo se va organizando, elaborando, integrando. Meltzer comenta que la concepción de esta autora sobre el mundo interno modifica el modelo del aparato psíquico freudiano, con lo que estamos de acuerdo.

En un tratamiento analítico el objetivo de la cura no sería lograr un yo fuerte, que hubiera eliminado la mayoría de los clivajes, dado que esto lo convertiría en un yo defensivo y rígido. Por el contrario, se tendería a obtener un yo más estructurado, más dinámico, con un mayor grado de porosidad y permeabilidad frente a los impulsos inconcientes.

La interacción es constante con la *madre real*, que puede tener la capacidad de calmar esa desorganización, esa angustia masiva y catastrófica. Es esa satisfacción, esa calma, producida por la madre real (en la transferencia, la analista) la que incide activamente en la construcción del núcleo del objeto interno, que Klein llama “pecho bueno”. Cada vez que este amenazado el equilibrio, el objeto interno es vivenciado como “pecho malo”; junto con el “pecho idealizado” y el “pecho perseguidor”, tienen un papel estructurante en la fantasía inconciente.

Meltzer, (17) comentando a Klein a propósito del análisis, de Richard, encuentra que en los comentarios sobre los dibujos de las estrellas de mar, y particularmente en el dibujo No. 9, M. Klein toca un problema teórico muy importante: las estructuras psíquicas y las identificaciones que se desencadenan a través de los mecanismos de introyección y proyección. Una parte del self

(Nota *e*) está colocada dentro del objeto: ¿es el yo o es el self? ¿El self tiene objetos internos? Si se da la identificación proyectiva con el objeto interno, ¿éste puede tener objetos internos? Con estos planteos. Meltzer nos propone que deduzcamos que Klein apela a un modelo de la mente del tipo de las muñecas rusas.

Queremos destacar que en esta concepción del mundo interno cambia el valor estructurante del Edipo freudiano a favor del papel fundante de la relación de objeto con el pecho y sus vicisitudes, continuando con la serie objetal consecutiva al mismo; pene del padre, pareja combinada, etc.

b) YO EN LA FANTASIA INCONCIENTE

Si bien Klein hace en la clínica continuas referencias a la fantasía inconciente, sólo ha efectuado consideraciones teóricas aisladas. Esto torna el tema más oscuro y complejo.

En cuanto a los orígenes, el pensamiento kleiniano oscila, como dice Baranger, (18) entre dos líneas de pensamiento. Por un lado, habría fantasías originarias (protfantasías), como estructuras prontas para ser animadas, habitadas, por las múltiples experiencias del bebé. Implicaría, entonces, que el objeto (pecho) pre-existe a la experiencia. Sería un núcleo organizador del yo, un yo pre-existente. Este objeto preexistente no pertenece al sistema de las huellas mnémicas.

Por otro lado se da también en Klein, (19) a lo largo de toda su obra, la postura inversa y ésta adquiere relevancia en la mayoría de sus textos. Así, dice “... cuando las situaciones externas se internalizan y *sostengo que es así, desde*

los primeros días de vida en adelante (el subrayado es nuestro)...se hacen “dobles” de las situaciones reales y son luego alteradas” por las fantasías, estímulos y experiencias externas diversas. Paula Heimann (20) da cuenta de este punto cuando dice: “La experiencia sensorial forma la matriz tanto de la fantasía inconciente como de la percepción conciente.” También expresa P. Heimann, siguiendo las investigaciones de Klein, que la introyección y la proyección son los “arquitectos de la estructura mental”, que “construyen al yo desde el comienzo de la vida”. Si los mecanismos de identificación y proyección son constituyentes del yo, ¿cómo pueden ser a su vez mecanismos de defensa, cosa que implica cierto grado de organización del yo?

Refiriéndose a los procesos de identificación proyectiva e identificación introyectiva como complementarios y determinantes de las relaciones de objeto, dice Klein que el niño vivencia que incorpora a su madre (21) “con todos los objetos internos de ésta”, así como el objeto que proyecta en otra persona es vivido como si llevara consigo sus propios objetos y la relación que mantiene con ellos.

¿Se trata de una situación de indiferenciación, donde los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva —que se darían en estas primeras etapas como vehiculizando vivencias de incorporación y expulsión, movimientos centrípetos o centrífugos— llevarían a la diferenciación yo-no yo, mundo interno- mundo externo?

En la sesión No. 56 aparece un ejemplo de fantasía donde se aprecian los mecanismos de identificación proyectiva, a la que sigue la internalización del objeto.

Richard dibuja un águila y luego levanta su chaqueta sobre sus orejas dejando sólo la cara al descubierto y comenta: esto es lo que está haciendo el

águila. M. Klein, en base a las conclusiones que había extraído con respecto a las figuras parentales, interpreta que “el águila dentro de la chaqueta representa a él dentro de ella (y de mamá): ha penetrado en su interior, dañándose y devorándolo. El águila negra también representa el órgano genital devorador de papá que destruye y ennegrece a mamá, pero al mismo tiempo es el interior de Richard dentro del cual han entrado mamá y ella”. (22)

Aquí tenemos un ejemplo de dos tipos de temores. Por un lado el yo es la víctima de la intrusión persecutoria del objeto hostil, producto de la identificación proyectiva agresiva (madre y analista), y por otro es el yo el que pone en marcha el proceso por introyección, a pesar de que éste le produzca ansiedad persecutoria. Richard se identifica con el águila que, como el órgano genital del padre, penetra en el interior de la madre.

Si bien Klein trabaja fundamentalmente con las fantasías inconscientes y el mundo interno, no deja de reconocer las influencias del mundo externo. Analiza fundamentalmente las ansiedades tempranas, con lo que produce una mayor síntesis del yo y del objeto, una mayor disponibilidad del yo frente al mundo externo e interno y una menor negación de los peligros reales.

De esta manera, Richard, que inició su análisis con fobia a la escuela y a los niños, una vez desentrañado el conflicto edípico en relación con su temor a la parte retaliativa de los bebés dentro de su madre y de todos los contenidos de ésta, discrimina adecuadamente aquellos que pueden atacarlo en la realidad de los que sólo eran objeto de su fantasía.

c) EL YO Y LA SIMBOLIZACION

Las ecuaciones simbólicas se ponen en marcha por los impulsos libidinales, pero como coexisten impulsos destructivos y envidiosos se alejan de los objetos primarios hacia otros, creándose así un sistema de equivalencias. El pasaje a la simbolización está explicado por Hanna Segal. “Considerada de este modo, la formación de símbolos resulta ser la consecuencia de una pérdida, es un trabajo creativo que implica el dolor y todo el trabajo de duelo. Si la realidad psíquica es vivenciada y diferenciada de la realidad externa, se distingue al símbolo del objeto, se lo siente como creado por el yo y el yo lo puede usar libremente”. (23) De esta forma la ecuación simbólica por su homologación al objeto original provoca el pensamiento concreto. El símbolo tiene lugar en la elaboración de la posición depresiva.

En el transcurso de las sesiones, Richard juega y dibuja. La analista interpreta de acuerdo con el contexto que se da en cada sesión y según su relación con el proceso analítico global. Un juego puede tener un significado simbólico general, pero además es importante vincularlo a los sentimientos que emergen en el momento, ya sean de amor, odio o culpa. Incluso cuando el niño no puede jugar, o cuando se interrumpe y cambia su juego, los mínimos detalles y los nexos entre unos y otros, son elementos que la analista va privilegiando hasta llegar a colegir el sentido inconciente.

El motor del juego es por un lado el placer libidinal, y por otro lo es la necesidad de expresar los impulsos destructivos; es decir, expresar el conflicto de una manera tolerable para el yo. Desde la introducción al *Relato* está explicitado que el juego utiliza el lenguaje del sueño, y que se utiliza por lo tanto el método freudiano de la interpretación. En el juego las asociaciones también se dan jugando, son equivalentes a las asociaciones del soñante, siguen sus mismas leyes. Luego, en el trabajo con Richard, se hace claro el predominio de la interpretación simbólica sobre este segundo método de interpretación. En

este caso estamos de acuerdo con Dayan, ((24) que cuestiona a Klein el uso reiterado y exhaustivo de este modo de interpretación. Queremos destacar que Klein también sigue al paciente en sus asociaciones verbales y/o lúdicas, en la expresión de sus sentimientos, ocurrencias y sueños; en las notas recalca la necesidad de esperar que se repitan hasta que su sentido se le haga claro al analista.

La interpretación simbólica está de acuerdo con la expectativa de estar atento a la angustia y a la urgencia con que es necesario resolverla. Entendemos que ello puede ser válido en ciertos momentos, tales como situaciones muy regresivas y en el trabajo con niños pequeños. En la situación especial en que se desarrolló el análisis con Richard —comenzado con un muy corto plazo— (en total el trabajo se desarrolló durante cuatro meses), el estado de guerra y los peligros reales, ¿cuántos de sus factores pueden haber influido en la exageración de algunos rasgos de la técnica?

IV) CONCLUSIONES

En este trabajo intentamos esclarecer el concepto del yo en la obra de Melanie Klein.

Como eje central de la clínica y la teoría, M. Klein privilegia la angustia, y el “yo es su sede”.

Nos pareció importante partir de la clínica y lo hicimos con el análisis de un niño de diez años (*Relatos*). Su estudio teórico-clínico nos permitió acceder a algunos aportes tanto como el reconocimiento de algunas contradicciones y oscuridades que nos promovieron la reflexión, la discusión enriquecedora.

La “posición” en Klein implica una estructura. Tomar al yo como objeto de

estudio implica verlo en la configuración relacional en la que destacamos algunos elementos: mundo interno, fantasía inconciente, simbolización y funciones del yo.

NOTAS

a) W. Baranger utiliza el término “clivaje” para la traducción de “splitting”. En su libro “Posición y objeto” (pág. 229) se refiere a lo expresado por la propia M. Klein al respecto, quien deseaba evitar el uso del término “disociación” por su connotación Psiquiátrica, que implicaba un concepto demasiado vago para lo que ella quería significar. A su vez el término clivaje, tomado metafóricamente de la cristalografía o geología, da cuenta del proceso por el cual ni el yo ni el objeto ni el superyó se diva al azar, sino siguiendo líneas determinadas por su misma constitución, como líneas de menor resistencia y de determinada forma. En el Diccionario de la Real Academia Española no aparece el término clivaje y sí “disociación”.

b) En el diccionario “Appleton’s Dictionary New Cuyas”, se plantea que *build up* Posee tal acepción: “II: estructura, forma, figura, hechura o fachada (de una persona)”. *Builds itself up*, es construyéndose, con todo lo que la palabra tiene de edificio, de cosa material, que incluye forma y fondo. Construyéndose a medida que construye sus objetos; y los objetos, a su vez, lo van construyendo.

c) *Yo* y “self”. En la versión original de “*Relato...*”, Klein emplea los términos “ego” y “self”, lo que plantea la discriminación con el concepto de “yo”.

En su artículo “*Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia*’ dice Klein:

“... según Freud, el yo es la parte organizada del “self”, sometida a la influencia

constante de los impulsos instintivos, pero ejerciendo control sobre ellos, a través de la represión; además, dirige todas las actividades y establece y mantiene la relación con el mundo externo. El “self” cubre a la personalidad total, que incluye no sólo el “yo”, sino también la vida instintiva, que Freud denomina el “ello”.

Meltzer observa que, después de 1946, M. Klein comenzó a hablar más consistentemente de “self” en lugar de “yo” como una estructura, pero que en ningún momento estableció una diferencia clara entre uno y otro.

BIBLIOGRAFIA

1. **M. KLEIN, M.** —*Relato del Psicoanálisis de un niño, pág. 30, nota II.* Ed. Paidós, Buenos Aires, 1961.
2. **KLEIN, M.** —*Simposium sobre Psicoanálisis infantil, pág. 137.*
Contribuciones al Psicoanálisis. Ed. Hormé. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1927.
3. **KLEIN, M.** —*Relato..., op. cit. pág.*
60 nota 1.
4. **BARANGER, W** y colaboradores —*Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis, pág. 50,* Amorrortu, Bs. Aires, 1980.
5. **RYCROFT, Ch.** —*Diccionario de Psicoanálisis.*
6. **KLEIN, M.** —*Relato..., op. cit., pág.282.*
7. **KLEIN, M.** —*Nota sobre algunos mecanismos esquizoides. Desarrollos en Psicoanálisis.* Ed. Hormé, Buenos Aires, 1962.
8. **KOOLHAAS, G.** -*El Tiempo de la disociación, de la represión, de la reparación.* Revista Uruguaya de Psicoanálisis (T. II No. 1-2, 1957).
9. **KLEIN, M** —*Relato op. cit. pág. 64*
10. —*Ibid, pág. 161, nota IV.*
- 11.**BARANGER W.** y col. *op. cit.,pág. 86.*
12. **FREUD, S.** —*Etiología de la histeria, 1896, T. 3,* Amorrortu, pág. 198.
13. **KLEIN ,M.** —*Relato..., op. cit., pág. 140, nota 2.*
14. **DAYAN, M.** —*Madame Klein interprete. La théorie de la pratique klenienne.* Rev. Topique No. 19.
15. **KLEIN, M.** —*Origen de la transferencia.* Revista Uruguaya de Psicoanálisis T.II, No. 4, 1958.
- 16.**BARANGER, W.** —*Posición y objeto en la obra de M. Klein, pág. 68,* Ediciones Kargieman, Buenos Aires, 1976.
17. **MELTZER, D.** — “*The Kleinian development*” - Tomo II. *Richard week by week.* Clunie Press, Perthshire - Scotland, 1978.

- 18. BARANGER, W.** —*Validez del concepto de objeto en la obra de M. Klein. En: Aportaciones..., op.cit.pp. 46 v. s.s*
- 19. KLEIN, M.** —*El duelo y su relación con los estados maníaco depresivos. Contribuciones al Psicoanálisis, pág. 281. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1940.*
- 20. HEIMANN, PAULA** - *Algunas funciones de introyección y proyección de la temprana infancia, pág. 115 y ss. Desarrollos en Psicoanálisis. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1962.*
- 21. KLEIN, M.** —*Relato... op. cit. pág.119, nota II.*
- 22.**—*Ibid., pág 280.*
- 23. SEGAL, H.** —*Introducción a la obra de M. Klein, pág. 79, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1965.*
- 24. DAYAN, M.** —*op. cit.*

**LOS SUEÑOS DE DORA
DESDE LA TEORIA
KLEINIANA ***

HECTOR GARBARINO **

Con este pequeño trabajo queremos testimoniar nuestra admiración y rendir nuestro homenaje a la fecundidad clínica de la obra de Melanie Klein.

INTRODUCCION

Las reinterpretaciones de sueños, expuestas en la literatura psicoanalítica luego de un primer trabajo hecho por el propio analista en su momento, conllevan necesariamente grandes limitaciones y son pasibles de muchos errores. La situación es aun más comprometida cuando no se trata de completar la interpretación hecha por el analista, como es el caso de varios autores con respecto a los sueños de Freud, sino de entender el sueño según líneas teóricas diferentes. un antecedente célebre en este sentido es la reinterpretación del sueño de Irma por Lacan, (6) en la que aplicó su propia teoría.

Corriendo los mencionados riesgos, intentaremos reinterpretar los sueños de Dora aplicando los descubrimientos de Melanie Klein acerca de los estadios

• Leído en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en abril de 1983.
•

tempranos del complejo edípico.

Sabemos que el análisis de Dora comenzó bajo malos auspicios. Había sido llevada al tratamiento por su padre, amigo de Freud, con la esperanza de que el análisis hiciera suspender los repetidos ataques de Dora al padre, debidos a sus relaciones amorosas con la Sra. K., y de que aquél pudiese así continuar esas relaciones con mayor tranquilidad.

Freud se encargó rápidamente de aventar las sospechas de Dora sobre un entendimiento previo con el padre; esto determinó que el análisis continuase en forma muy satisfactoria, con una paciente que aportaba un rico material y parecía tener muy buena disposición para el análisis.

No creemos que ese rico material sólo estuviese destinado a seducir al analista para luego castrarlo (abandonarlo); si tal fue efectivamente la situación final, pensamos que se debió sobre todo a errores en la conducción del tratamiento, a los que hace referencia el propio Freud; pero en un sentido diferente, nos parece, del que éste señala.

PRIMER SUEÑO

Habían transcurrido aproximadamente dos meses de tratamiento cuando sobrevino el primer sueño, relatado por Freud.

“En una casa hay un incendio —contó Dora—; mi padre está frente a mi cama y me despierta. Me visto con rapidez. Mamá pretende todavía salvar su alhajero, pero papá dice: ‘No quiero que yo y mis dos hijos nos quememos a causa de tu alhajero’. Descendemos de prisa por las escaleras y una vez afuera

** Este tema fue desarrollado en un seminario de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en 1982; actuaron como docentes, junto al autor, el Dr. Ricardo Bernardi y el Lic. Marcos Lijtenstein. Mucho debo a ellos, así como a los alumnos del seminario, por el intercambio de ideas, comentarios y sugerencias.

me despierto.”

Era un sueño que se había repetido varias veces. Por consiguiente, si volvía a producirse ahora, estando la paciente en análisis, era obvio que Dora buscaba, a través del entramado del sueño con la persona del analista, entender mociones pulsionales y deseos inconcientes que buscaban afanosamente exteriorizarse.

Freud no lo comprendió así en un primer momento. A pesar de que escribió “... en interés del tratamiento, era lícito tomar en cuenta la posibilidad de que este sueño se entretajara en la urdimbre del análisis”, estaba pensando en profundizar la comprensión de los síntomas de Dora y de su historia, y no en la transferencia.

Es significativo que haya sido la propia Dora quien puso a Freud en el camino del análisis transferencial del sueño. Ello no debe extrañarnos, puesto que sabemos de la rapidez con que las histéricas expresan sus deseos inconcientes en relación con la persona del analista. Pero Freud todavía no se había percatado de la función esencial de la transferencia en el tratamiento psicoanalítico, de modo que transcurrió el primer día de análisis del sueño sin ninguna referencia a la situación transferencial. Freud creyó que la interpretación del sueño “era completa”, pero al día siguiente Dora aportó un “suplemento”; es decir, introdujo la transferencia.

Había olvidado contar, justamente, el elemento más comprometedor en cuanto a su relación con Freud.

“Tras haber vencido un particular esfuerzo de la represión”, pudo confesar que, tras el sueño (como había sucedido en las ocasiones anteriores, en que lo había soñado en L.), había sentido olor a humo. Freud inmediatamente lo relacionó con su persona, puesto que había dicho a la paciente, con motivo de

sus resistencias a hablar de lo latente, oculto en lo manifiesto: “Donde hay humo, hay fuego”. Sin embargo, ante la vuelta de lo reprimido, aportada por ella misma, Dora no cejó en su resistencia: el Sr. **K.** y su padre eran también grandes fumadores y ella misma había fumado, justo antes de la declaración del Sr. **K.**, un cigarrillo que el propio Sr. **K.** le había liado.

Freud insiste en la transferencia: “Un día se le ocurrió, probablemente durante la sesión, que desearía ser besada por mí”.

Este fragmento de sesión resulta a nuestro juicio de gran importancia, ya que aporta valiosos elementos para la comprensión del caso.

Freud estaba en la línea correcta al señalar a Dora su transferencia amorosa con el analista, pero cometió el error de no insistir en ella ante la resistencia de Dora a admitir su deseo sexual inconciente hacia Freud, (9) sin perjuicio de haber aceptado explícitamente su importancia: “... probablemente pertenecía al pensamiento mejor reprimido y más oscuramente figurado en el sueño: la tentación de mostrarse complaciente con el hombre”.

Freud no había reconocido aún la relevancia del vínculo erótico transferencial de las histéricas. (Una paciente histérica, en la entrevista en la que me solicitó tratamiento, cometió un lapsus revelador: “Desde hace tiempo deseaba acostarme, quiero decir, analizarme con usted”, tras de lo cual quedó turbada y con intenso rubor).

Es significativo que algunos días después, analizando el catarro genital de Dora, refiera una acción sintomática de ésta: trajo una carterita portamonedas y jugó con ella en la sesión, abriéndola y cerrándola e introduciendo el dedo en ella. Freud la vincula exclusivamente a la masturbación; pero también asocia de

inmediato el gesto de otra paciente, que llevó a la sesión una cajita de hueso, pretendió abrirla sin conseguirlo y se la extendió a Freud para que él la abriese. La cajita, dice Freud, es sin duda el genital femenino, que ella entrega a su analista en una manifestación simbólica del acto del coito.

Pensamos por consiguiente que Freud había percibido aquí, de manera inconciente, el deseo de Dora de mantener una relación sexual con él, ya que la acción sintomática de Dora no se refería sólo a la masturbación, sino fundamentalmente al coito, equiparando su dedo con el pene deseado del analista.

El sueño expresa fundamentalmente los deseos edípicos positivos. Dora busca reencontrar en su analista al padre amado y amante de la infancia e, infelizmente, Freud no la siguió en este punto. Dora lo expresa en el contenido manifiesto del sueño, mediante una alusión: “mi padre está frente a mi cama y me despierta”.

Pero no se trata sólo del deseo de una relación sexual genital con el padre, sino también y principalmente de deseos orales. Allí están el humo y el cigarrillo para testimoniarlo. Freud se refirió tímidamente a ello al referirse al beso amoroso, pero se trataba sobre todo de un deseo de felacio.

Si el humo hacía referencia al fuego, es decir, a la excitación sexual de Dora con el padre infantil, revivida ahora en la transferencia, ¿qué otra cosa sino un deseo de felacio con Freud expresa Dora, cuando asocia que ella había fumado un cigarrillo-pene que previamente le había dado el Sr. K.? ¿No había ocurrido esto momentos antes de la declaración amorosa, estableciéndose así el enlace por contigüidad temporal?

Tampoco olvidemos la escena del beso de la tienda, a la que Freud hace referencia, beso que se había vuelto asqueroso por represión, pero que está indicando la fuerza pulsional de carácter oral. ¿Y no había sido Dora una “chupeteadora” en su infancia?

Freud no lo comprendió así porque interpretó el sueño como un sueño de advertencia y que, por consiguiente, estaría destinado a ser abandonado, como lo había sido por el Sr. K. Nos resulta sorprendente pensar que Freud haya interpretado este sueño como realización de un deseo preconciente del yo, como reacción frente al deseo infantil inconciente vinculado con el padre (“usted refrena su viejo amor por su padre a fin de protegerse de su amor por K.”) dado que su línea teórica en *“La Interpretación de los Sueños”* había consistido en que el sueño daba por cumplido un deseo inconciente infantil, al que se oponía el yo. Pensamos que el error de Freud fue pensar que Dora lo identificaba con el Sr. K., cuando en realidad lo identificaba con el padre amado de la infancia.

Con esto nos internamos en el complejo de Edipo temprano. Para Melanie Klein, los deseos orales de succión del pene del padre inician el Edipo femenino y ponen a la niña en el camino de la heterosexualidad, ya que al identificar boca y vagina, prepara a ésta para la incorporación del pene.

Junto con estos deseos orales existen deseos genitales: “... parece ser que los deseos genitales hacia el pene del padre, que se unen con los deseos orales, forman la raíz de los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo de la niña...” (4)

Y junto con estos deseos edípicos positivos por el padre aparece claramente en el sueño, así como en las asociaciones de Dora, el ataque envidioso al cuerpo de la madre (casa que se destruye por el incendio) y a sus genitales (el alhajero que la madre pretende salvar).

El alhajero contenía las alhajas regaladas por el padre y que a la madre le gustaban mucho; alusión evidente a los penes del padre y a los bebés contenidos en el interior de la madre.

El fuego significaba no sólo algo que ardía con Freud, representante del padre infantil, sino también por su opuesto, el agua, remitiendo, por consiguiente, a la orina. Dora utiliza, para sus ataques al cuerpo de la madre, su sadismo uretral: desea llenar el interior de la madre con orina ardiente, para quemarla y ahogarla, junto a los bebés y penes que contiene. No por casualidad Dora había sido una enurética en su infancia, con fantasías inconcientes similares a las que aparecen en el sueño.

Dora expresa en el sueño las fantasías destructivas hacia la madre, que acompañaba en su infancia, con la culpa consiguiente, a la masturbación y la enuresis.

Estas fantasías sobre el genital de la madre que contiene bebés y penes, constituyen una de las expresiones de la pareja combinada, padres combinados en coito permanente.

En este sentido, no se trataba sólo de la madre que procuraba salvar su alhajero, sino también, por una inversión, de Dora tratando de salvarse de su relación con la madre (alhajero). Para lo cual se aferraba también a la relación con el padre, que descende de prisa las escaleras con sus hijos y no hace nada por salvar el alhajero de su esposa.

De este modo, Dora se queda con el padre y realiza un coito con él (descender por subir las escaleras) y separa la pareja de los padres, lo cual constituye también un ataque envidioso a la escena primaria, con la consiguiente ansiedad persecutoria. Pensamos que la culpa y la persecución aparecen en relación con

las fantasías de Dora sobre su padre actual (no sobre su padre infantil), a las que se refiere Freud en sus comentarios del sueño. Dora acusaba a su padre de haber contagiado de sífilis a su madre; a ello se deberían los dolores del bajo vientre y el flujo genital de su madre. Con esto expresaba fantasías de coito sádico: el pene del padre, ahora peligroso y terrorífico, había contagiado a la madre y a ella misma, por vía hereditaria.

Las grandes disputas del padre y la madre, a las que alude Dora, encubrirían también fantasías de coito sádico. Pero la acusación al padre encubre una autoacusación: el sadismo del padre con la madre expresa su propio sadismo con la madre-alhajero, proyectado en el padre. En este sentido, el catarro genital de la madre sería una consecuencia de sus ataques sádico-anales, que habrían ensuciado los genitales maternos. Acusa al padre para aliviarse de la culpa con la madre. Sería esta ansiedad y la culpa persecutoria con la madre las que obstaculizarían el desarrollo de su Edipo positivo, y no tanto sus tendencias masculinas, las que tendrían, para Melanie Klein, un carácter secundario.

SEGUNDO SUEÑO

Pocas semanas después del primero, Dora tuvo el segundo sueño: “Ando paseando por una ciudad a la que no conozco, veo calles y plazas que me son extrañas. Después llego a una casa donde yo vivo, voy a mi habitación y hallo una carta de mi mamá tirada ahí. Escribe que, puesto que yo me he ido de casa sin conocimiento de los padres, ella no quiso escribirme que papá ha enfermado. “Ahora ha muerto y si tú quieres, puedes venir”. Entonces me encamino hacia la estación ferroviaria (Bahnhof) y pregunto unas cien veces: ¿Dónde está la estación? Todas las veces recibo esta respuesta:

Cinco minutos. Veo después frente a mí un bosque denso, penetro en él y ahí pregunto a un hombre a quien encuentro. Me dice: Todavía dos horas y media.

Me pide que lo deje acompañarme. Lo rechazo y marchó sola. Veo frente a mí la estación y no puedo alcanzarla. Ahí me sobreviene el sentimiento de angustia usual cuando uno en el sueño no puede seguir adelante. Después yo estoy en casa; entre tanto tengo que haber viajado, pero no sé nada de eso... Me llego a la portería y pregunto al portero por nuestra vivienda. La muchacha de servicio me abre y responde: La mamá y los otros ya están en el cementerio (Friedhof.)”

Dora ya había tomado, algunos días antes, la resolución de interrumpir su análisis, cosa que comunicó a Freud tres días después del sueño.

Es sorprendente lo que va de un sueño al otro. Mientras en el primero había ardor pasional y esperanza de vida, en el segundo todo está perdido y sólo hay desolación y muerte. Sobre este particular, nuestro punto de vista se opone al de Freud, quien termina el historial con estas palabras: “Si el primer sueño dibujaba el apartamiento del hombre amado y el refugio en el padre, vale decir, la huída de la vida hacia la enfermedad, este segundo sueño anunciaba que se desasiría del padre y se recuperaría para la vida.”

Esta conclusión corresponde al Freud de 1905, cuando todavía no había profundizado en la comprensión de la transferencia, principalmente en su relación con el complejo de Edipo. (2)

Si bien ya había percibido que su persona sustituía al padre de Dora, aún no había descubierto que en la transferencia se actualiza lo esencial del conflicto infantil, como afirmará en *“Más allá del principio del placer”*: (3) “. . . sobreviene (la transferencia) con una fidelidad no deseada y tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil, por consiguiente, del conflicto de Edipo y sus ramificaciones”.

Algunos años después, seguramente Freud habría valorado de otro modo el

primer sueño de Dora; no habría visto la regresión al padre infantil, que se opera en el sueño, como refugio en la enfermedad, sino como reactivación transferencial de un fragmento del Edipo positivo de Dora. Y, con respecto al segundo sueño, habría comprendido que, de lo que se trataba en realidad, era del Edipo negativo de Dora y de su afirmación en una posición masculina.

¿Cómo ver este sueño, teniendo en cuenta las posiciones de Melanie Klein y el complejo edípico temprano?

Entendemos que Dora no ha podido mantenerse en el Edipo positivo, en parte por errores de Freud en la conducción de la transferencia, pero también, como señala Melanie Klein, por el monto de su agresión, culpa y ansiedad con respecto a su madre.

En este sueño la agresividad se desplaza de la madre al padre. Es característica de los estadios tempranos las fluctuaciones rápidas, tanto con respecto a los objetos como en cuanto a las defensas.

Frente a los desastres que provocan sus impulsos destructivos — evidenciados con la escalofriante referencia al cementerio que cierra el sueño—, Dora recurre a defensas maníacas.

Freud ha señalado la importancia fundamental de los agregados posteriores al sueño. En uno de ellos aparece nítidamente la negación omnipotente de la culpa y la tristeza por el padre interno muerto: "... me voy, pero en modo alguno triste, a mi habitación". Y junto a esto la negación omnipotente de la dependencia del padre externo (Freud): "Me pide que lo deje acompañarme. Lo rechazo y marchó sola."

Se despedirá de Freud, como del Sr. K., con una bofetada. Cuenta Freud en el epílogo que Dora lo visitó 15 meses después de finalizado el tratamiento, con una neuralgia facial adquirida el mismo día en que leyó en el diario la noticia del nombramiento de Freud como profesor catedrático. Autocastigo y arrepentimiento, dice Freud, por el bofetón al Sr. K. y la transferencia negativa sobre él. Pero también identificación con culpa por el Freud dolorido y abofeteado con la ruptura. (8)

Freud señala la similitud en las palabras: Bahnhof (estación ferroviaria: literalmente. “patio de vías”) y Friedhof (cementerio: “patio de paz”). Dora contiene en su interior, por consiguiente, objetos muertos: el padre y Freud, matados por ella, por lo cual su interior, “su vivienda”, se ha convertido en un cementerio, que representa al mismo tiempo su sexo muerto para el hombre. (Recordemos que Dora, si bien se casó años después, fue frígida en su matrimonio y se quejaba con amargura de su vida matrimonial). (1)

La angustia básica de la niña, nos dice Melanie Klein, se debe al estado en que se encuentra su interior. Esta angustia aparece al final del sueño, en un momento en que fracasan las defensas maníacas, aunque la angustia por su sexo se insinúa antes, cuando pregunta unas cien veces: “¿A dónde está la estación?”.

Dora ha rechazado a Freud, marcha sola y en seguida: “Veo frente a mí la estación y no puedo alcanzarla. Ahí me sobreviene el sentimiento de angustia usual cuando uno en el sueño no puede seguir adelante”. Dora se angustia porque comprende que sola, habiendo matado a Freud, no puede seguir adelante en la vida. Para ella su sexo, “la estación”, será inalcanzable y permanecerá siempre desconocido y extraño: “Ando paseando por una ciudad a la que no conozco, veo calles y plazas que me son extrañas”. El fracaso del tratamiento lleva al fracaso irremediable de su posición femenina.

Únicamente podrá tener hijos como la “Madonna”, la madre virgen. La fantasía del parto, nueve meses después de la escena del lago, en que había rechazado al Sr. K., la muestra teniendo un hijo como una virgen.

Y el sueño nos muestra, todavía, junto al fracaso de su sexo, su correlato: la posición masculina de Dora que según Melanie Klein, como es sabido, es secundaria al fracaso de la posición femenina.

En otro de los agregados posteriores al sueño, que Freud con razón considera como importante, dice: “En una de las plazas veo un monumento”. Ha instalado en su sexo desconocido, un gran falo. Ha robado el pene del padre y lo ha incorporado.

Dice Freud: “Ante todo veo que en esta primera parte del sueño ella se identifica con un hombre.” Como el ingeniero, que vaga en Alemania esperando desflorarla, ella deambula por la ciudad.

“Veo después frente a mí un bosque denso; penetro en él y ahí pregunto a un hombre a quien encuentro. Me dice: ‘Todavía dos horas y media’.” Renuncia a Freud (dos horas le quedaban de tratamiento) y se identifica con él.

Las dos horas remiten también a las dos horas ante el cuadro de la Madonna, que representa la contemplación narcisista de ella misma, pero también, nos parece, de la Sra. K. (sustituta de la madre). La contemplación de la Madonna “en una ensoñación calma y admirada” nos recuerda la admiración enamorada, por “el cuerpo deliciosamente blanco”, de la Sra. K.

El bosque denso en el cual se veían ninfas representa los genitales de la Sra. K., que ella busca penetrar como un hombre. Ahora que el padre está muerto, la

Sra. K. queda en disponibilidad para ella. ¿No la cita por carta en el sueño: “Ahora ha muerto y si tú quieres puedes venir”?

La homosexualidad de Dora persigue un fin reparatorio: con el pene robado al padre busca restaurar los genitales de la Sra. K. (madre), a los que ha dañado destruyendo sus bebés-penes. Pero fracasa también en su intención restauradora. En este sentido la estación que no puede alcanzar representa, a la vez que sus propios genitales, los de la Sra. K.; y la angustia es también la imposibilidad de reparar a la madre.

Los objetos muertos que contiene en su interior, así como el robo del pene del padre, a quien ha castrado con envidia, venganza y odio, no le permiten salir de las ansiedades y defensas de la posición esquizoparanoide. Sola e indiferente sube a su habitación, para allí leer un gran libro, que precisamente le había recomendado la Sra. K.

BIBLIOGRAFIA

1. DEUTSCH, F. Una nota al pie de página al trabajo de Freud “*Análisis fragmentario de una histeria*”. Rev, de Psicoanálisis, Bs. As., T. XXVII, No. 3, 1970.

2. FREUD, S. *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)*. Vol VII, Amorrortu Editores.

- 3. FREUD, S.** *Más allá del principio del placer.* Vol. XVIII, Amorrortu Editores.

- 4. KLEIN, M.** *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas.* Contribuciones al psicoanálisis, Bs. As., Edic. Horme.

- 5. KLEIN M.** *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante.* Desarrollos en Psicoanálisis. Edic. Hormé.

- 6. LACAN, J.** *Intervención sobre la transferencia. Lectura estructuralista de Freud.* Siglo XXI Editores.

- 7. LAPLANCHE et PONTALIS.** *Vocabulaire de la Psychanalyse.* Presses Univ de France.

- 8. MAYOR, R.** *L'histerie: Réve et lution.* Revue Française de Psychanalyse, 3, T. XXXVI.

- 9. SCHIMMEL, Ilana.** *Réve et transfert dans "Dora"* Revue Française de Psychalyse, 3, T. XXXVII, Mai 1973.

MELANIE KLEIN EN FRANCIA

La celebración del centenario del nacimiento de Melanie Klein fue la ocasión para una jornada de estudios organizada en forma conjunta por la Sociedad Psicoanalítica de París y la Asociación Psicoanalítica de Francia.

De la misma se ocupa Guy Rosolato en la revista Psychanalyse à l'Université, a través de una extensa reseña de los trabajos discutidos y de valiosas apreciaciones acerca de la situación de los estudios sobre Klein en Francia. Estos son los pasajes principales de su nota.

Dejando de lado una actitud de prudente silencio adoptada por algunos, la mayoría de nosotros, al pensar en el psicoanálisis, y sobre todo cuando se trata de la psicosis, al trabajar con conceptos de aquella que, por su don de observación, su inventiva, sus escritos, nos abriera nuevas perspectivas, sentimos una curiosa simpatía. Ella ha sido indudablemente una guía, una maestra de nuestro pensar. La singularidad de la situación en Francia consiste en que han sido muy pocos aquellos que han tenido una formación kleiniana, de modo que la mayoría de las veces la adhesión se produjo de una manera ecléctica, sin duda “intelectual”, pero de libre elección para cada uno, por una opción teórica.

Mantenida esta distancia, explicable por reservas no formuladas pero tenaces, sin duda pudo considerarse nuestra experiencia como bastante superficial, a la vez que se trataba de una corriente (“tecnológica”, diría yo) fuertemente anclada en la práctica. El hecho es que existía la simpatía citada, sin duda en resonancia con las tendencias críticas de nuestros francotiradores, fueran lacanianos u otros.

Para empezar, el propio hijo de Melanie Klein realizó su evocación, expresándose en francés, con expresiones sabrosas, con un tono cálido muy británico. A renglón seguido **James Gammil** (Algunos recuerdos personales sobre Melanie Klein) dijo cómo, gracias al psicoanálisis de niños, se puede adquirir

una comprensión de los mecanismos proyectivos, de la envidia, y aprender a evaluar la alianza al trabajo. Luego **Florence Bégoïn-Guignard** subrayó las consecuencias de una reticencia general en lo que se refiere al psicoanálisis de niños, principalmente en la actitud y la contratransferencia del propio psicoanalista. Ella afirmó, contrariamente a las prácticas actuales, sin duda dictadas por imperativos sociales, la necesidad de tener por objetivo un mayor número de sesiones, cinco por semana reservándose prever una duración limitada de la cura, a fijarse, por ejemplo, en seis meses.

La exposición de **Didier Houzel** se centró en una cuestión, desde mi punto de vista, sumamente importante: la evolución del concepto de espacio psíquico en la obra de Melanie Klein y de sus sucesores, principalmente Meltzer, Bion, E. Bick y F. Tustin. El método me parece flexible y fecundo, desarrollándose en cuatro direcciones: 1) El espacio psíquico pluridimensional, es decir, siguiendo las descripciones de Meltzer en las EXPLORACIONES EN EL MUNDO DEL AUTISMO. En primer lugar, unidimensional en tanto libidinal, pulsional y económico; luego bidimensional en las relaciones de superficie; después tridimensional con los volúmenes, el contenido, etc.; por último, la cuatridimensionalidad se caracteriza por la relación con los objetos buenos, por la identificación introyectiva. 2) El espacio psíquico posee una triple frontera (con los objetos internos, externos y su propio espacio, con el mundo exterior). 3) El espacio psíquico tiene una base concreta. Su experiencia es primordial; es ella la que funda, según Bion, el espacio perceptivo y el sistema de la geometría euclidiana. Hay un retorno epistemológico aquí, que debe lograrse para poder situar adecuadamente la metapsicología del espacio. 4) Por último el espacio interno tiene una estructura compleja que se organiza progresivamente en el niño, de acuerdo a una topología y los “atractivos” de las formas.

De tarde, **Didier Anzieu**, planteando con precisión y claridad los problemas

epistemológicos que surgieran de la importación de conceptos kleinianos en la comprensión de los fenómenos de grupo, mencionó la paradoja de que el kleinismo interesa aun a aquellos que no se analizaron de acuerdo a la técnica correspondiente: pueden hablar sobre ella y emplear sus fórmulas; pues aquí, este interés común, lejos de encender una discordia, más bien acercó la S.P.P. y la A.P.F. Anzieu recuerda a continuación la idea freudiana de una intrincada relación entre la psicología colectiva y la psicología individual. Se halla ésta en la base del análisis que se refiere a los fenómenos de grupo y que puede apoyarse en los conceptos kleinianos para destacar el papel de la proyección de un objeto interno sobre el grupo, la importancia del continente en función del cuerpo materno en las relaciones entre superficie e interior, entre pecho idealizado y pecho perseguidor. Anzieu asume la crítica de los problemas planteados por la articulación entre el objeto parcial y el objeto total y por los tres presupuestos bien conocidos que, según Bion, son los que mueven a los grupos pequeños. Insiste para terminar en las ventajas de una buena teoría que pueda dar una idea clara y distinta de las situaciones y sobre todo del trabajo psíquico para comprender el duelo, lo onírico, la interpretación, la sublimación: es el trabajo del concepto.

Por mi parte tuve curiosidad por ciertos conceptos, quería conocer el estado actual de los mismos, deseando percibir los mismos intereses en los conferenciantes en una búsqueda común. Se trataría de los siguientes:

1. En primer lugar, la pulsión de muerte. Desde Freud ha sido característico del kleinismo pensar en la pulsión de muerte, como de la gran mayoría de los psicoanalistas franceses. No obstante, los kleinianos plantean la pulsión de muerte como una fuerza motriz de los conflictos, presente una vez por todas, casi como un postulado, en un maniqueísmo que resulta verdaderamente eficaz. Tienden más hacia la pulsión que hacia el pensamiento de la muerte, su

dialéctica y las implicancias de su sentido, que tanto merecerían nuestra reflexión.

2. El espacio psíquico y el espacio en general actualmente están de moda en las teorizaciones psicoanalíticas. No sería un abuso decir que el tema del espacio se transformó en la torta de crema. También hay allí motivo para definir los parámetros que permitan hablar de una manera elaborada y diferenciada. El mérito de Meltzer consistió en describir los tipos de interacciones espaciales, en su encadenamiento evolutivo. En todo momento hay que considerar estos esquemas en su valor fantasmático, centrados en el cuerpo de acuerdo a la organización, y la etapa mayor es la incorporación. Y por cierto no sólo son importantes en la evolución del niño sino en la constitución de las psicosis (y yo agregaría, en lo que se refiere a las alucinaciones, como traté de mostrar no hace mucho, en “Las alucinaciones acústico-verbales y los campos perceptivos del cuerpo” en *L'EVOLUTION PSYCHIATRIQUE*, 1977, 111/2). Hay motivo pues para distinguir la incorporación netamente fantasmática (la que interviene en la melancolía, por ejemplo) de la introyección (refiriéndose a los significantes) y de la identificación₁ (en una constelación simbólica). De este modo se podrá articular la vertiente imaginaria con la vertiente simbólica, tanto entre estos tres campos como entre las etapas descritas por Meltzer, y más precisamente entre lo tri-dimensional y lo cuatridimensional donde efectivamente el predominio de las identificaciones con el objeto bueno (y en cuanto a una moralización que implique también lo “bueno” y la restauración) reúne lo simbólico de los pactos que subtienden las identificaciones de este tipo.

3. La cuestión de las proyecciones, por último, y de la identificación proyectiva es de importancia primordial no solamente en la psicología individual, en la cura analítica, sino también en la psicología colectiva, como lo subrayara Anzieu.

En Francia se despreció mucho a este mecanismo. Para comprender su lugar

en el pensamiento de M. Klein, su desarrollo preciso, no puedo más que aconsejar la lectura del capítulo que le dedica Jean Michel Petot en su obra sólida y bella sobre M. Klein (Melanie Klein - I: Los Primeros Descubrimientos y el Primer Sistema, 1919-1932, París, Dunod, 1979; -II: El Yo y el Objeto Bueno, 1932 - 1960, París, Dunod, 1982).

Y puesto que estamos justamente ante una celebración, adelantaré que estos dos libros, de los cuales el segundo apareció el mismo año del centenario, son, en la edición francesa, el homenaje más útil y más notorio que pueda realizarse. Porque allí se descubre un conocimiento profundo, minucioso, de todos los textos de Melanie Klein, lo que permite reconstituir una cronología, una verdadera génesis de los conceptos. Hago votos para que los lectores anglosajones se interesen intensamente en esta gestión rigurosa.

Me parece difícil analizar la psicología del arte sin detectar la acción de la identificación proyectiva. Lo mismo rige para comprender el lugar central que ocupa el sacrificio en la sociedad y en los mitos que la sostienen.

Después André Green nos convidó (“Demasiado, es demasiado” fue el título de su exposición) a que realizáramos un paralelo entre Freud y M. Klein: con la prevalencia en esta autora del dentro como opuesto al fuera; la ausencia del pecho que suscita según Freud el anhelo y el deseo mientras que para M. Klein por esta carencia se constituye el pecho malo; Freud que pone el acento en las representaciones y M. Klein sobre los afectos; Freud que trabaja para liberar del duelo tocante al pene materno, hacia una sublimación, mientras que M. Klein otorga más importancia a la necesidad de reparar. Referente a la identificación proyectiva, siguiendo a Bion, se recuerda que ésta tiene un alcance normal y benéfico mientras que su contrapartida patológica se debería a un exceso de proyección. En fin, si para M. Klein hay patología por exceso de carencia, con Winnicott se procesará el demasiado del demasiado por usurpación del objeto

externo, materno.

Lo que quiero destacar en esta jornada de trabajo, además del tributo rendido a la personalidad de Melanie Klein, es primordialmente, la impresión general de semejante manifestación, observada a través de las constantes que se repitieron en las diversas exposiciones.

La primera comprobación consiste en que tenemos aquí, en Francia, una posición original con respecto al kleinismo que nos permite apreciarlo serenamente, con simpatía, y juzgar esta fundamental corriente del psicoanálisis, a la vez que sabemos hacer un balance con la distancia conveniente, o sea, somos concientes del interés que nos despierta pero sin dejar de hacer una crítica que nos lleve al fondo, aunque desafortunadamente es frecuente que la crítica no sea sino alusiva, y en este sentido no se adelanté en esta oportunidad.

Otra comprobación notoria a través de los discursos escuchados, es la gran fecundidad del kleinismo: tenemos a Melanie Klein pero también contamos con sus seguidores, sus sucesores, como Rosenfeld o H. Segal, y sobre todo Meltzer y Bion. Me llamó la atención la frecuencia con que hubo referencias a la obra de Bion. Actualmente, en que las traducciones de sus obras son buenas, en que se tiene lo esencial en francés, puede decirse que este autor cuyo desarrollo original tiene el don de asombrar y de hacer pensar, es el psicoanalista anglosajón que más se impuso entre nosotros. El kleinismo es ciertamente inventivo en diversas direcciones, incluida la tendencia esotérica de Bion.

Con esta corriente estamos lejos del psicoanálisis lleno de corrupción ultra silenciosa, con referencias teóricas siempre sobre-entendidas para ocultar mejor su trivialidad. Lejos igualmente de un psicoanálisis que se aísla en el comentario perpetuo de los escritos freudianos, o en el historicismo hagiográfico de intención (quiero decir con esto que se limita a las veleidades de la historia o a una insistencia de condiciones que harían posible la realización,

sin meter la mano en la masa). Una confrontación como la de noviembre último responde también a un anhelo: la especificación del pensamiento kleiniano y las respuestas que se hallen a cuestiones activas que germinan en cada psicoanálisis.

**TEMAS FILOSOFICOS
EN EL PENSAMIENTO DE BION**

MELVIN R. LANSKY

El Dr. Lansky llega al psicoanálisis con sus antecedentes en la filosofía. Le estoy muy agradecido por aceptar mi invitación para indagar de qué se trata en Bion desde el punto de vista filosófico y abordar este tema por escrito.

Bion fue uno de los grandes filósofos que han escrito obras psicoanalíticas en nuestra época, gran filósofo a pesar de ser amateur. El Dr. Lansky ha incursionado en la filosofía desde Platón a Ezra Pound, pasando por Kant —y más allá. Le rogué que fuera mi detective para explorar la fuente filosófica de Bion. Esta contribución es la rica cosecha de dicha solicitud. Todos nosotros en psicoanálisis, nos hemos lamentado en una ocasión o en otra de que Freud no utilizara mejor el marco de la filosofía que poseía en su tiempo, es decir, la teoría de las formas de Platón, la dicotomía kantiana de nómenó - fenómeno, el racionalismo de Berkeley y de Hume, el empirismo de Locke, etc. Nosotros ya sabemos que Freud cayó en la trampa cartesiana de dividir el ello, el yo y el superyó, y que pudo sostener que había partes del yo mismo (self) que no eran el “yo” (ego). El psicoanálisis necesita un buen fregado filosófico, y Bion parece contar con el jabón y el cepillo que se necesitan para hacerlo.

James S. Grotstein

(*)Capítulo del libro **Do I disturb the Universe?** Editor: James S. Grotstein, Beverly Hills, Caesura Press, 1981.

UNO

Cualquier investigación sobre el significado filosófico de la obra de Bion exige una explicación, porque Bion no se considera a sí mismo como un filósofo, ni a sus obras como un sistema filosófico. El no tuvo una educación filosófica en el sentido formal y siente que su deuda filosófica más importante es para con Kant y Paton, con el que sostuvo charlas sobre Kant en sus años en Oxford. Se puede mirar filosóficamente a cualquier pensador, especialmente a un teórico; y Bion, que trata con abstracciones, esencias, discusiones sobre el conocimiento, la realidad y las pasiones, es más filosófico en su estilo de pensamiento que prácticamente ningún otro teórico psicoanalítico, por lo menos de los que escriben en inglés. No obstante, hay razones más específicas para considerar la obra de Bion filosóficamente. Estas incluyen: su trabajo sobre las ideas fundamentales del psicoanálisis; su similitud con analistas que fueron filósofos en su forma de enfocar las cuestiones básicas del análisis en función del proceso analítico en sí mismo; y sus refinamientos y ampliaciones teóricas de las contribuciones de Melanie Klein al análisis, lo cual ha servido para aclarar las corrientes filosóficas principales en la llamada disputa freudiana-kleiniana. Se verá cómo todas éstas convergen y la última que se nombra, o sea la obra de Bion a la luz de la controversia de Freud-Klein, será el punto principal que enfocará este trabajo.

DOS

Si bien Bion puede considerarse un kleiniano —fue analizado por Melanie Klein y trabaja con conceptos kleinianos— su obra se distingue claramente de los modelos actuales de la investigación clínica y de la teoría kleiniana, como Hanna Segal (1973) y Herbert Rosenfeld (1965) por ejemplo. Bion es más metateórico dentro de la misma escuela básica de pensamiento. El hace más que ampliar el aparato conceptual clínico desarrollado por Melanie Klein para transmitir los resultados de sus observaciones, a la vez que amplía los descubrimientos kleinianos más allá de la obra de Freud y de Abraham. Bion se ocupa de las esencias filosóficas involucradas, de los procesos de modo tal que la identificación proyectiva se convierte en algo más que una fantasía de reubicación y de control y en algo más que una idea relevante para la teoría del tratamiento. La obra de Bion trata de cómo hemos de comprender las cuestiones teóricamente dentro del contexto de la evidencia de la situación del tratamiento, sea esto la naturaleza del pensamiento, la identificación proyectiva, la relación continente-contenido, o la relación mutua de las posiciones paranoide-esquizoide y depresiva.

Bion siempre es un kantiano (1788) mirando los conceptos kleinianos. Se agrandan, sistematizan y categorizan las ideas subsumidas intuitivamente a la fantasía, pero siempre se tiene en cuenta la incognoscibilidad fundamental de la cosa en sí (elemento beta).

La tarea de Bion es llegar a las bases (fundamentos), al sentido más universal y al lenguaje propio de la esencia de los datos psicoanalíticos. Aquí su trabajo es filosófico tanto como psicoanalítico, en el sentido en que Whitehead y “*Principia Mathematica*” (1925-27) de Russell son tanto filosóficos como matemáticos. De modos exactamente comparables, Bion es metapsicoanalítico tal como Whitehead y Russell son metamatemáticos al buscar las bases de las

matemáticas, más que un verdadero sistema de las mismas. La opción de Bion por el problema de las bases del análisis recuerda a “*Los Fundamentos de la Aritmética*” (1968) de Frege. En realidad él es solo uno de los pocos escritores en inglés que citan a Frege y que muestran cierta sensibilidad con respecto a la importancia del pensamiento de Frege para cualquier trabajo sobre las bases (fundamentos) de los sistemas teóricos que trascienda las proposiciones formuladas dentro del sistema.

Detrás de la tarea de mirar a las bases (fundamentos) se halla la inmensa tarea filosófica de preguntar: “¿Qué es lo que se conoce? ¿Qué es lo conocido? ¿Qué es lo cognoscible? ¿Y en qué sentido?” Aquí la sensibilidad que tiene Bion para con las cuestiones epistemológicas deriva de Kant. Las cosas en el mundo material y en el aparato mental son fundamentalmente incognoscibles en sí mismas. Sólo las captamos a través de sus cualidades primarias y secundarias. De ahí la falta de certeza constante acerca de la esencia del mundo material, aparte de nuestro mundo sensorial. El toque kantiano que Bion da al mundo interno, tal como se entiende a partir de los datos del psicoanálisis, completa y profundiza los descubrimientos fundamentales de Freud y Klein y los despoja de las dificultades filosóficas innecesarias, de modo que puedan entenderse de una manera sistemática. Así Bion se dirige al problema del pensamiento en un esfuerzo por llegar al fundamento de cuál es el tipo de pensamiento capaz de utilizarse en el proceso del pensar, es decir, la memoria, el almacenamiento y la transformación en pensamientos oníricos, conceptos e ideas. Aquí la claridad filosófica es esencial. Lo que es capaz de memoria, de almacenamiento y de transformación no es cognoscible en sí, aparte de las cualidades primarias y secundarias con que aparece como transformación. Lo que se somete al pensar se torna utilizable mediante lo que Bion (1962) llama la función alfa. Lo que es cognoscible en sí, la cosa en sí (elementos beta), puede compartirse como experiencia sensorial o emocional únicamente si es incapaz de metabolismo por

el proceso de pensamiento y debe evacuarse mediante una identificación proyectiva o una alucinosis. Habiendo captado el significado epistemológico de la incognoscibilidad básica de cualquier cosa capaz de función alfa y de transformación, y la no transformabilidad de cualquier cosa conocida en sí (elemento beta), Bion puede enfocar las bases del pensamiento en la situación analítica (los elementos del psicoanálisis y la rejilla) (1963).

La rejilla puede usarse para conceptualizar los datos del psicoanálisis únicamente porque se han llevado a cabo sus tareas filosóficas. Queda claro aquello que es cognoscible, pensable y transformable y aquello que no lo es. Con esto en mente, los elementos de los datos psicoanalíticos pueden conceptualizarse de un modo suficientemente perspicaz para llevar a otros enunciados basados en la situación analítica que se relacionan con el proceso del pensamiento. Todo esto tiene que ver con la expansión de la idea kleiniana de la identificación proyectiva de una simple fantasía al proceso de análisis y al proceso de transformación. Con el proceso de transformación no sólo se cuenta con una teoría del pensamiento, sino también con una elaborada teoría de defensa contra la conciencia (mucho más elegante que el modelo impulso-defensa desarrollado por los psicólogos del yo “freudianos”). Se basa en “*Los Dos Principios del Funcionamiento Mental*” (1911) al que Bion se refiere con tanta frecuencia — lo que es psicótico (y lo que debe evacuarse al servicio de la evasión de la realidad), comparado con lo que puede pensarse o aducirse como modificando a la realidad (la parte transformable normal o no-psicótica de la personalidad), constituye una distinción como la que existe entre los principios de placer y de realidad. Bion expande el trabajo de Freud en una teoría fundamental del pensamiento.

ESTOS fundamentos se predicán sobre ideas bien pensadas de lo que es pensable, cognoscible y transformable dentro de la situación analítica en sí. Ningún otro camino a los fundamentos directos llega a los átomos y a las moléculas de lo que acontece. Esto, por ejemplo, se pierde completamente de vista en los escritos metapsicológicos llamados “freudianos” de Rapaport (1967), de Hartmann (1939) y de otros que no parten de la situación analítica en sí, no retratan una sensibilidad epistemológica hacia los datos estrictamente analíticos, y se sazonan con hipótesis filosóficas que no se reconocen como tales y, consiguientemente, no se manejan como tales. Yo hablaré de las hipótesis filosóficas en la Parte Cuatro, mas adelante. En términos de formación de la teoría, la obra de Bion, por más abstracta y matemática que pueda parecer, siempre se maneja con lo concreto.

Los elementos del psicoanálisis son enunciados sobre datos reales del analista y del analizando. La función alfa es aquella que ha de estudiarse como la función concreta de contención en la díada. Los elementos beta son aquellos que se sienten como partes evacuadas del paciente, etc. Las obras de Hartmann y de Rapaport son también teóricas, pero no teorizan empleando conceptos referibles a los datos. Las obras de estos autores hoy en día se hallan asediadas por lo que, desde una perspectiva teórica, parecen ser dificultades insuperables (véanse Leites (1971), Basch (1976), Gill (1976), Schafer (1976), Holt (1975) y varios otros), dificultades que quizás se asemejen a dificultades teóricas en tanto intentan una ciencia de la química antes de tener una tabla periódica. No hay un enderezamiento de los problemas teóricos porque no hay ninguna idea central de cuáles son los datos. Bion captó la importancia de los elementos, y su elaboración (por más tentativa que sea) es un intento de tabla periódica de datos estrictamente analíticos. Sin semejante tentativa por obtener los datos y pensar sobre ellos, no puede emerger ninguna teoría realmente satisfactoria. Por cierto,

es una dificultad notoria de la educación psicoanalítica que “teoría” y “técnica” no tengan nada que ver entre sí.

La sensibilidad filosófica de Bion ha permitido enunciados sumamente mínimos y elegantemente básicos que van desde los datos estrictamente analíticos hasta una conceptualización de la psicopatología, de la técnica, de las operaciones defensivas y de la posibilidad de cura. Esto es comprensible en función de su examen del papel del pensamiento en la parte psicótica de la personalidad; el papel de los dos principios del funcionamiento mental; y la apreciación completa del significado de la identificación proyectiva. Expresado de manera breve, los elementos psicóticos de la personalidad no pueden metabolizarse mediante el mismo proceso de pensamiento que se usa para modificar la realidad en la parte no-psicótica de la personalidad. Deben evacuarse más bien mediante la identificación proyectiva; el aparato mental sólo puede aliviarse de los acrecentamientos de los estímulos mentales mediante la evacuación. Aquello que se evacua consiste en los datos directamente sensoriales o emocionales que constituyen la cosa en sí (elementos beta), incapaz de transformación mediante el proceso del pensamiento. El analista puede sentir los elementos beta pero éstos no se comunican directamente. Esto se conceptualiza mejor no simplemente como una fantasía de partes escindidas del yo mismo (self) transmitida al analista, sino que es indicativo del fracaso de la función alfa (Bion 1962, 1963). La tentativa de reparar tal fracaso involucra la elaboración del concepto de identificación proyectiva para destacar el papel del objeto que recibe las partes evacuadas: el continente. El replanteo de Bion de que la identificación proyectiva va más allá de la fantasía unilateral (como lo dijera literalmente Klein, a pesar de que no fuera su intención) permite un examen detallado del lugar del continente y del proceso de la identificación proyectiva dentro de la situación analítica.

Al incluir toda la relación contenido-continente mediante la expansión teórica de la identificación proyectiva dentro de la situación analítica, Bion logra captar lo esencial de la labor terapéutica y explicar el aprendizaje de la experiencia y la influencia del entorno de un modo que no queda claro en los planteos de Melanie Klein en términos de fantasía. La esencia de la dificultad radica en que la “fantasía” es una idea unilateral y la “identificación proyectiva” es básicamente diádica. Al captar la importancia filosófica que implica mencionar los fenómenos de identificación proyectiva en términos de continente-contenido, Bion logra ubicar la tarea del análisis de la parte psicótica de la personalidad con la internalización de la función alfa (continente) provista por el analista al recibir los elementos beta evacuados mediante la identificación proyectiva. Trabajando con un mínimo de presuposiciones, Bion logra enfocar claramente el efecto terapéutico del proceso de interpretación. Este es el proceso de internalización de la relación analista-paciente como una relación continente-contenido que permite la transformación y el dominio del principio de realidad, como opuesto a la evacuación mediante la identificación proyectiva (o el dominio del principio de placer). Esto torna totalmente inteligibles las posibilidades de fracaso anterior de la “ensoñación” (o función alfa) por la madre y todas las otras influencias ambientales que contribuyen a que fracase la función alfa. No se trata en realidad de un alejamiento de las ideas desarrolladas por Melanie Klein, sino de una versión filosóficamente sólida.

TRES

El psicoanálisis, en gran parte, ha tendido a adoptar la antipatía de Freud hacia la empresa filosófica. Freud tuvo una tendencia a equiparar la filosofía con algunos filósofos de su época, quienes identificaron lo cognoscible con los contenidos de la conciencia y, por tanto, fueron antagonistas de la idea en sí del inconciente. También hubo un recelo generalizado hacia el uso de la

racionalización en el proceso analítico. La actitud técnica con tales pacientes desafortunadamente generalizó el razonamiento fuera de la situación analítica. Esto significó un verdadero detrimento del desarrollo de las bases filosóficas del análisis y del uso del análisis filosófico en el espectro del pensamiento analítico. Hubo sorprendentemente poca influencia de los filósofos sobre el análisis y hubo muy pocos analistas con una educación filosófica propiamente dicha. Algunos de los criterios de Bion son similares a los de algunos analistas con educación filosófica. Mencionaré concretamente a Otto Rank (1923) y al menos conocido Helmuth Kaiser (véase Fierman, 1965). Algunos de los temas tienen tanto en común que son dignos de compararse con las contribuciones de Bion.

Las concepciones de Otto Rank sobre el análisis lo llevaron con el tiempo a romper los lazos con las consideraciones estrictamente psicoanalíticas y a desarrollar la teoría y la práctica de lo que él llamó “Psicoterapia”. El concepto de terapia que tiene Rank reconoce como su centro la separatividad, ejemplificada metafóricamente y realmente en el trauma del nacimiento. Se han criticado los puntos de vista de Rank con firmeza. Freud mismo lo criticó, no tanto por el énfasis en la separatividad y la soledad^{*}, sino por la devaluación de todo lo demás. Contrariamente, puede enfocarse la contribución de Rank no tanto en función de las cosas que des-acentúa^{**} sino en base a su preocupación centrada en el proceso del análisis y en cómo éste refleja el rasgo psicopatológico fundamental de las tentativas del paciente, en el sentido de negar la experiencia de separatividad y de soledad dentro del contexto de la terapia. Esto no quiere decir que otras cuestiones no sean importantes, sino solamente que no son centrales ni primordiales para el proceso terapéutico. La postura técnica de Rank se basa en la terapia limitada por el tiempo, basada completamente en la interpretación de

-
- *Aloneness* en el original se traduce por “soledad”, pero se refiere estrictamente al ser o estar solo, en oposición a *loneliness*, el ser o estar solitario. (N. T.)
 -

la separatividad del terapeuta en el aquí y ahora.

Helmuth Kaiser, otro filósofo que muestra influencia de las ideas tempranas de Wilhelm Reich (1949), de analizar la armadura del carácter antes que el contenido del ello, empezó a pensar sistemáticamente sobre la teoría de la técnica, basándose en el análisis del carácter. Kaiser planteó la cuestión de si el análisis del carácter, con énfasis en la transferencia y la resistencia en el aquí y ahora, no sería la esencia de una psicoterapia efectiva, sin el uso de reconstrucciones genéticas o de interpretaciones del contenido del ello. La terapia orientada hacia el proceso, de Kaiser, se organiza alrededor de la interpretación de la transferencia y de la resistencia, con atención a las tentativas de evadir la responsabilidad de los propios pensamientos y acciones mediante la fusión fantaseada con el terapeuta. A primera vista, esto no parece muy similar a la obra de Bion, pero si, primero, prestamos atención al parentesco que tiene la idea de evasión de la responsabilidad de Kaiser con la idea de la incapacidad de tolerar la posición depresiva, y, segundo, si observamos que él destaca la fusión fantaseada con el terapeuta en la tentativa por evitar la separatividad, entonces sus criterios resultan bastante similares a una serie de puntos destacados por los kleinianos: la interacción entre la posición paranoide-esquizoide y la depresiva; el uso de la fusión mediante la identificación proyectiva, y la inobservancia (o la relegación a un plano de importancia secundaria) de las reconstrucciones genéticas.

LO que ambos pensadores con educación filosófica tienen en común es el énfasis en la esencia del proceso curativo dentro de la situación terapéutica, en la díada en sí. La esencia del tratamiento hablado entre dos personas es que tal tratamiento efectúa un cambio. Tanto Rank como Kaiser

** La combinación inglesa *de-emphasize* tampoco existe como tal. De todos modos podría traducirse igualmente por “las cosas que no destaca o las cosas a las que quita énfasis”. (N. T.)

arremeten hacia la penetración en la esencia filosófica de la circunstancia de una terapia exitosa. Bion, manteniéndose dentro de un marco psicoanalítico estricto, tiene prácticamente las mismas preocupaciones filosóficas. Su obra se dirige hacia la esencia del problema de cómo la interpretación puede ayudar. La situación analítica como una situación de aprendizaje es vista como la que capacita para aprender de la experiencia mediante el propio proceso analítico. En Bion hay un enfoque más claro del proceso que el que Freud y Klein describen, por lo menos en los trabajos escritos. La obra de Bion sobre el pensamiento aclara las ambigüedades de la obra kleiniana y a su vez las ideas freudianas de fantasía que sugieren las reconstrucciones del material genético como elementos esencialmente curativos. Bion mantiene el énfasis teórico en la calidad de innato y en la gestión de las producciones del paciente, sin entrar en lo irrelevante de la tarea o el contenido específico de colaborar con el paciente en las reconstrucciones. La idea de un preconcepto (no saturado) innato que se iguala a una realización para formar un concepto que pueda nombrarse, no depende para su solidaridad teórica de las mismas cosas como pueden hacerlo la idea de una fantasía específica sobre el pecho o sobre el coito de los padres o el contenido del cuerpo de la madre o el momento propicio para la posición paranoide-esquizoide o depresiva. Esta última supone un contenido específico en el momento en que hay bastante duda acerca de la capacidad del aparato psíquico en cuanto a formar proposiciones específicas y guiarse por ellas. Bion evita la trampa adhiriéndose a la idea de preconcepto, no formado por la experiencia sino esperando y atendiendo a una experiencia antes de que se haga utilizable eventualmente como concepto.

De acuerdo con lo antedicho, Bion no se halla anclado en una discutible teoría de la formación de conceptos ni en una de la reconstrucción de los contenidos conceptuales específicos de la mente infantil, tal como parece estarlo Klein. Tampoco ha de confundirse el proceso del análisis con la tarea de

reconstrucción. Hemos aquí, en esencia, ante el mismo paso hacia el examen del proceso analítico en el aquí y ahora que emprendieran Rank y Kaiser. A ninguno de estos autores les falta claridad acerca de la influencia del pasado, la estructura defensiva, el desarrollo o los impulsos — memoria y deseo, como diría Bion. Pero en cada uno de ellos el foco central y primordial es el aquí y ahora de la diada terapéutica. Este es el mismo movimiento filosófico que realiza Bion con su análisis de la identificación proyectiva en términos de la relación diádica continente-contenido y la función terapéutica, como la internalización de la función alfa que se lleva a cabo en la sesión analítica. Igual que sus predecesores con una mente filosófica, Bion se interesa por las esencias, no por un exceso de simplificaciones reduccionistas o por simples esquematizaciones. En los tres autores hay un reconocimiento de lo central del sentido de soledad* y de separatidad y del acto de evitar dicho sentido de separatidad mediante la fusión fantaseada. Bion escribe en 1963:

“Por más buena o mala que pueda resultar la cooperación, el analista no deberá perder ni despojar al paciente del sentido de aislamiento que pertenece al conocimiento de que las circunstancias que llevaron al análisis y las consecuencias del mismo que puedan producirse en el futuro, son una responsabilidad que no puede compartirse con nadie. Las discusiones de asuntos técnicos u otros con colegas o familiares, jamás debe oscurecer este aislamiento esencial.

El impulso a ser despreciable y codicioso se opone al establecimiento de una relación que produce experiencias de un sentido de responsabilidad.

El sentido de soledad (*loneliness*) parece relacionarse con un sentimiento del objeto de escrutinio: o sea, está siendo abandonado y, en el objeto de escrutinio, se está separando de la fuente o base de la que depende para su existencia.”

Los criterios de Bion tienden más bien hacia ideas clínicas kleinianas

* Aquí sí el vocablo en el original es *loneliness*. (N. T.)

mezcladas con las de Rank o del menos conocido Kaiser, y se caracterizan más por su sensibilidad filosófica que como simples derivados de los escritos de Klein o de otros seguidores menos originales de dicha analista.

El énfasis de Bion en la atención no saturada del analista con memoria y deseo hace más explícito el mandamiento de Freud al analista de entrar en la situación analítica con una “atención libremente suspendida” y la idea básica de Klein de la identificación proyectiva como fusión tentativa de evitar la conciencia de separatividad y de caos personal. Nuevamente, esto agudiza la esencia filosófica tanto de Freud como de Klein y deja en claro que el foco central en la conducción del análisis es menos un dejar al desnudo académicamente a la memoria (los blancos, los olvidos) y el deseo (los deseos, los impulsos) que una tentativa, por parte del analista, de liberarse de las constricciones de la memoria y del deseo, de modo que pueda afrontar la realidad del presente y, al hacer así, liberar a los pacientes de la influencia nociva de la memoria y del deseo que los mantiene en el pasado y en el futuro más que en el presente (Bahía, 1977).

CUATRO

Quiero mencionar ahora la significación del pensamiento de Bion en tanto aclara cuestiones, desde mi punto de vista, la mayoría filosóficas, en la llamada controversia freudiana-kleiniana. Se ha dicho que esa controversia gira alrededor de muchos tipos de cuestiones. Quizás lo más confuso sea la designación de “freudianos” cuando se refiere a aspectos evolucionistas y de la psicología del yo del pensamiento de Sigmund Freud, tales como los adoptan selectivamente, los expanden y complementan pensadores como Anna Freud, Heinz Hartmann, Erik Erikson y David Rapaport. En grados diversos estos pensadores representan el punto de vista de que el psicoanálisis es una psicología general y que el material de la situación analítica se ha agregado con

observaciones no analíticas y replanteos de los conceptos estructurales (el yo, ello y superyo), de modo que sea posible el estudio de las observaciones y la fijación de líneas de desarrollo de estas estructuras. Hay una tendencia a ver las pulsiones en lugar del inconsciente, a ver los sueños como si no se distinguieran de otras producciones mentales, a ver las defensas como si fueran contra las pulsiones en vez de la conciencia, y a ver el yo como el órgano de adaptación, no incluyendo el yo mismo vivencial, y a ver lo cognoscible expresado en función de lo observable. De esta manera, se suplementa la situación analítica con observaciones directas; por ejemplo, observaciones relacionadas con el desarrollo del niño. Existe una rama empírica definida del pensamiento de Sigmund Freud que deriva de este punto de vista, pero básicamente puede entenderse que “freudiano” (en términos de la controversia freudiana-kleiniana) significa derivado de Anna Freud y sus seguidores más que la corriente principal del pensamiento de Sigmund Freud.

Por lo común se tiende a ignorar el hecho de que la mayoría de los credos llamados kleinianos también derivan directamente de la obra de Sigmund Freud y que los mismos kleinianos explícitamente reconocen lo antedicho. Son los críticos de Klein quienes suelen pasar esto por alto, a la vez que tienden a no ver en Freud el aspecto no mecanicista, el aspecto contra el que él mismo luchó: el que habla de la angustia de castración filogenéticamente heredada (Freud, 1912), las teorías sexuales innatas (Freud, 1905), la represión originaria (Freud, 1915) y la teoría de las pulsiones duales, que incluye la pulsión de muerte (Freud, 1920). Estas ideas freudianas, por más insípidas que resulten a los llamados freudianos, también incluyen ideas innatas y tendencias innatas que no provienen de la experiencia y un haz de tendencias vitalistas que los psicólogos evolucionistas y del yo más mecanicistas encuentran deshonrosas.

Yo supongo que la base de la demorada controversia freudiana-kleiniana

recae sobre tendencias filosóficamente dispares heredadas del mismo Freud, que se han reconocido escasamente o que no se han visto en absoluto como tendencias filosóficas, y que esta confusión ha sido la base de innumerables discusiones sin sentido que pierden de vista las cuestiones centrales involucradas.

Se han basado clínicamente con tanta solidez, algunas de las ideas de Melanie Klein que a esta altura puede decirse que se hallan fuera del campo de la controversia y dentro de la corriente principal del pensamiento psicoanalítico. Estas incluyen sus observaciones sobre la severidad de la conciencia primitiva, precediendo a la consolidación del superyó al final del período edípico (Klein 1934); la importancia de la agresión temprana y las vicisitudes de la agresión; las operaciones defensivas asociadas con las escisiones del yo y la intensa envidia que distingue estos mecanismos esquizoides de una organización neurótica de más nivel (Klein, 1946). Otros criterios kleinianos, en especial el momento en que ella considera que comienza la posición paranoide-esquizoide y la posición depresiva y el complejo de Edipo son discutibles, e inclusive, me parecen temas periféricos.

LO que considero fundamental es aquello que involucra el concepto kleiniano de fantasía. Klein propone la fantasía como presente desde el nacimiento o aun antes, como no derivada (proveniente) de la experiencia y como totalmente explícita en términos de pecho, de contenido del cuerpo de la madre, del coito parental y otros conceptos. La fantasía ha sido una piedra angular de las teorías psicoanalíticas desde que Freud abandonara el apoyo exclusivo en la hipótesis de la seducción de 1897 y especialmente desde su planteo de la sexualidad infantil en *Tres Ensayos sobre la Sexualidad* de 1905. Lo que se discute apasionadamente es lo que gira alrededor de la idea de si la fantasía inconciente alguna vez fue conciente y luego se reprimió

(evolucionistas) o si es innata y reprimida originariamente (kleiniano; véanse también los ensayos metapsicológicos de Freud). La evocación de los argumentos evolucionistas de que el aparato mental no puede pensar de la manera planteada por los kleinianos, es decir, al nacer o antes del nacimiento, refleja una ignorancia del hecho de que la disputa sobre las ideas innatas es el campo de batalla de una controversia filosófica que no se ha reconocido como tal y, por ende, no se ha manejado de un modo inteligible. Específicamente, los argumentos evolucionistas presuponen una perspectiva empírica un poco como la de John Locke (1690), a saber, que las ideas se forman basadas enteramente en la experiencia y corresponden a generalizaciones derivadas de perceptos en el neonato, que empieza la vida con una mente que básicamente es una *tabula rasa*, y que básicamente todo aprendizaje proviene de la experiencia. Las hipótesis filosóficas fundamentales que no se toman en cuenta, y que por consiguiente corren el peligro de asumirse con cierta presunción, son que la mente es una *tabula rasa* desde el nacimiento y que depende enteramente de generalizaciones del conocimiento sensorial para formar ideas crecientemente complejas sobre el mundo exterior humano y no humano al que corresponden estas ideas. La teoría de la correspondencia del conocimiento de Locke y la hipótesis de la *tabula rasa* sobre la mente infantil se hallan sorprendentemente próximas a los apuntalamientos filosóficos de los evolucionistas y los psicólogos del yo. Se trata de una epistemología observacionista que no se ve a sí misma como fundamentada filosóficamente si no es en la observación del hecho.

El atractivo de Locke para empiristas ingleses orientados hacia la observación (algunos de los cuales, como Newton, poco saben qué hipótesis filosóficas son inherentes a sus propios métodos) no resistió ante las objeciones de sus críticos filosóficos, de Berkeley (1710) ni de Hume (1739), quienes señalaron que no tiene sentido que una idea se piense como *correspondiendo a*

un acontecimiento exterior o a un objeto material, sino solamente como coherente con otras ideas. En la obra de Kant se adquiere claridad con la idea de que la cosa en sí (Ding an sich) es incognoscible aparte de sus cualidades primarias y secundarias y que el conocimiento puede concebirse únicamente a través del aparato de la mente que superimpone categorías a los contenidos de la experiencia que en realidad son anteriores a los datos. Estas dos ideas kantianas afectan la aclaración de los desacuerdos freudianos-kleinianos, como se verá a continuación.

Los escritos de Melanie Klein, a su vez, son abundantes en hipótesis o puntos de partida filosóficos y en descuido de la aclaración filosófica correspondiente. Para los evolucionistas de mente empírica lo más amenazante radica en la posibilidad de que las ideas innatas tengan un resabio de vitalismo, el flujo irreductible de la fuerza vital en un campo diferente de la experiencia sensorial y de la ley natural. Hay quienes ven en el vitalismo una amenaza a todo lo que sea científico y, claro está, una pérdida del gran campo del inconsciente reclamado por Freud para el escrutinio científico. No puedo, en esta presentación, elaborar conceptos sobre el vitalismo con el debido refinamiento para una discusión adecuada del tema, pero baste decir que semejante vitalismo se asocia en las mentes de sus opositores con ocultismo y lo anti-científico, o incluso con un oscurantismo absoluto. Klein y algunos pensadores kleinianos son por cierto culpables de una falta de sistematización o de un descuido teórico, particularmente en lo que incumbe a temas epistemológicos y la filosofía de la ciencia, es decir, las teorías de cómo se llega al conocimiento y cómo se concluye que un candidato al conocimiento tenga validez. Antes de Bion no hay ningún verdadero método filosófico en el pensamiento kleiniano y un aparente desprecio por las cuestiones epistemológicas.

LA controversia Freud-Klein, que plantea el problema de si las ideas acerca del mundo son innatas o provienen de la experiencia, tiene contrapartidas filosóficas en la Antigüedad, y con los evolucionistas y los kleinianos se polarizan criterios que son aristotélicos o platónicos, empiristas o racionalistas, mecanicistas o vitalistas, respectivamente.

Es una ventaja importante de la obra de Bion que él, como Kant, de quien reconoce haber aprendido, evite las trampas que implican cualquiera de ambos extremos filosóficos. En la obra de Bion sobre el pensamiento, la idea del preconcepto y de la realización, apareándose para formar un concepto que no puede nombrarse, es esencial para aclarar el problema del origen de las ideas. Las fantasías, en el sentido de *conceptos* acerca del mundo —el pecho, los contenidos del cuerpo de la madre, el coito de los padres, etc.—, no son innatos. No obstante, hay una preparación filogenética para recibir información para teorías. Bion llama a esto una preconcepción. Sólo después que la preconcepción se satura parcialmente por la experiencia, se convierte en un concepto nombrable para las fantasías explícitas. Las preconcepciones, del mismo modo que las categorías kantianas, toman en cuenta la disposición innata de la mente para recibir la experiencia. Suponiendo que la predisposición (preconcepción) no provenga en sí misma de la experiencia, Bion, como Kant, evita las trampas de los extremos racionalistas y empiristas, al otorgar una cierta validez a cada punto de vista como parte de una síntesis más perspicaz, que se elabora en la relación de la disposición de la mente para utilizar datos sensoriales de complejidad creciente, a medida que se desarrollan ideas más y más abstractas. Puede considerarse que la idea de preconcepción de Bion poco agrega, a no ser que comprendamos cuánto debe haber ya en la mente para que, utilizando los comparativamente escasos datos empíricos, se los pueda tomar en teorías sexuales elaboradas y bien formadas, las que, como sabe todo psicoanalista, son creadas inclusive por niños muy pequeños. Tales ideas no se

forman juntando ideas como si estuvieran en un laboratorio científico, ni tampoco llegando a conclusiones complejas basadas en calificadas generalizaciones empíricas. No se puede, por ejemplo, explicar verdaderamente la angustia de castración por la amenaza de castración. Un poco de información (realización) recorre un largo trayecto en la formación de la teoría (fantasía). La fantasía pues es el concepto, no la preconcepción, y lo que es innato no es necesariamente el producto formado, que es el apuntalamiento de la vida mental inconciente. Es más, el inconciente es incognoscible en sí mismo excepto en sus transformaciones (o evacuaciones por la identificación proyectiva o alucinosis). No estamos por ende comprometidos a interpretar *la* fantasía con el fin de localizar únicamente la estructura invariable evidente en el proceso de transformación, de identificación proyectiva o alucinosis que sólo participa de las propiedades o estructuras de la cosa en sí. La cosa en sí solamente es cognoscible mediante los elementos beta saturados evacuados por la identificación proyectiva o indirectamente por transformación, usando la función alfa. Bion, como Kant, es claro acerca de qué puede tener claridad y qué puede carecer de la misma, de modo que no hay un cuestionamiento de generalizaciones sensoriales o de ideas innatas, sino que en cierta medida siempre se dan ambas.

El aparato conceptual de Bion ha cambiado la disputa sobre las ideas innatas a un nivel nuevo, en el mismo sentido que el Idealismo Crítico de Kant cambió la controversia empirista-racionalista a un nivel nuevo. Con su insistencia en estructuras definidas que son incognoscibles salvo mediante sus transformaciones, Bion sale del reino del vitalismo filosófico al reino del estructuralismo. Como método analítico, éste puede aplicarse a muchos campos del conocimiento: el lenguaje, las matemáticas, la antropología, entre otros. Jean Piaget (1970) (también muy impregnado de Kant y también considerándose a sí mismo un kantiano empírico) definió el estructuralismo de la manera siguiente: “Como una primera aproximación podemos decir que una estructura es un

sistema de transformaciones. En tanto que es un sistema y no una simple colección de elementos y de sus propiedades, estas transformaciones involucran leyes: la estructura se conserva o enriquece mediante la interacción de sus leyes de transformación, que nunca producen resultados exteriores al sistema ni emplean elementos que no sean exteriores al mismo. En resumen, el concepto de estructura comprende tres ideas clave: la idea de totalidad, la idea de transformación y la idea de autorregulación.”

El conciso planteo de Piaget puede aplicarse a gran parte de la obra de Freud y se verá cómo ésta tiene aspectos estructuralistas, habitualmente no subrayadas ni consideradas por los escritores en inglés (véase Lacan, 1977). En *“La Interpretación de los Sueños”* es donde se ve más clara y preponderantemente el estructuralismo de Freud (1900). La idea básica de la interpretación de los sueños involucra una comprensión del proceso de transformación. El residuo del día estimula los pensamientos del sueño que se transforman por la labor onírica en el contenido manifiesto del sueño. Este es el primer énfasis y todavía el más preponderante en la transformación del inconciente a la conciencia. Hubo una desafortunada tendencia (especialmente en Rapaport y sus seguidores) a ver la esencia de *“La Interpretación de los Sueños”* en el capítulo 7: *“La Psicología del Proceso Onírico”*. Esta es la parte más *“metapsicológica”* del libro (en el sentido americano) y el énfasis excesivo de este aspecto causó no sólo dificultades teóricas insuperables (imposibles de rever dentro del alcance de este trabajo) sino también una falta de apreciación del valor estructuralista de la teoría de la transformación (La Labor Onírica) tratada en el capítulo 6. La idea de estructura, entonces, no involucra el conocimiento de la *“cosa en sí”* estructural. En términos psicoanalíticos, el inconciente no es lo mismo que el contenido de las fantasías. Todas están en un nivel de transformación de aquél (Nota de Freud, 1915) que oscila entre el uso de la pulsión como el impulso en sí o la representación mental del impulso, por

ejemplo, en “Los Instintos y sus Vicisitudes”. La transformación, un concepto central en la obra de Bion, se mueve desde el lenguaje más ambiguo y oneroso del impulso o deseo y defensa a las transformaciones de estructuras inconcientes, incognoscibles en sí mismas pero entendibles en cuanto a la invariabilidad del proceso de transformación. Quizás Bion sea el único autor en inglés que es sensible a las ventajas filosóficas de pensar en términos estructurales. Sus planteos permiten el desarrollo de los descubrimientos freudianos y kleinianos básicos, liberados de los arreos de las dificultades filosóficas antiguas.

(traducido por B. J. C.)

BIBLIOGRAFIA

- BAHIA, A.B.** (1977)—*New Theories: their influence and effect on psychoanalytic technique*, *Int. J. Psycho-Anal.*, 58, pp. 345-364.
- BASCH, MF.** (1976), —*Theory formation in chapter VII*, *J. Am. Psa. Assoc.*, 24, 61-1 00.
- BERKELEY, G.** (1710). —*Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge*, ed. MW. Calkins, N. York: Scribner and Sons, 1929.
- BION, WR.** (1962) —*Learning from Experience*, London: Heinemann.
- BION, W.R.** (1963) —*Elements of Psychoanalysis*, New York, Basic Books.
- FIERMAN, L.B.** (ed.) (1965)—*Effective Psychotherapy: The Contribution of Hellmuth Kaiser*, New York, Free Press.
- FREGE, G.** (1968) —*The Foundations of Arithmetic (Grundlagen der Arithmetik)*. Tr. J. L. Austing. Evanston, Northwestern Univ. Press.
- FREUD, S.** (1900) —*The Interpretation of Dreams*, S.E. 4&5, London: Hogarth

Press, 1958.

FREUD, S (1905) —*Three Essays on Sexuality*, S.E. 7:123-245.

FREUD, S. (1911) —*Formation on the two principles of mental functioning*, S.E. 12: 213-226.

FREUD, S. (1912) —*Totem and Tabao*, S.E. 13.

FREUD, S. (1915 a) —*The unconscious*, S.E. 14: 159-217.

FREUD, S. (1915 b) —*Instincts and their vicissitudes* S.E. 14: 109-140.

FREUD, S (1920) —*Beyond the Pleasure Principle*, S.E. 18.

GILL, M. (1976) —*Metapsychology is not psychology*, Psychological Issues Monograph, 36., Chap. 3.;

HARTMANN, H. (1939). *Ego Psychology and the Problem of Adaptation*, (D. Rapaport, trans.) New York Int. Univ. Press.

HOLT, R. (1975) —*The past and future of ego psychology*. Ps.An.. Quart., 44, pp. 5 50-576.

HUME, D. (1739). —*Treatise of Human Nature*, Oxford, Claredon, 1888.

KANT, E. (1788) —*Critique of Pure Reason*, New York: Bobs-Merril, 1956.

KLEIN, M. (1934). —*The early development of conscience in the child*, in Contributions to Psychoanalysis, 1921-1945, London: Hogarth Press, 1948, pp. 292-320

KLEIN, M. (1946). —*Notes on some schizoid mechanisms*, in Developments in Psychoanalysis. London Hogarth Press, 1952, pp 99-110.

LACAN, J. (1977). —*Ecrits* (tr. A. Sheridan), New York: Norton.

LEITES, N. (1971). —*The New Ego*, New York: Jason Aronson.

LOCKE J. (1690) —*An Essay Concerning Human Understanding*. (A.C. Frasier, ed.), New York: Dover, 1959.

PIAGET, J. (1 970).— *Structuralism*, New York: Basic Books, Chapter 1.

RANK, O. (1923). —*The Trauma of Birth*, New York: Harper Row, 1973.

RAPAPORT, D. (1967) — *Collected Papers*. (M. Gill ed.) New York: Basic Books.

REICH, W. (1949). *Character Analysis*. New York: Noonday.

ROSENFELD, H. (1965). *Psychotic States*. New York: Int. Univ. Press.

SCHAFFER, R. (1976). *A New Language for Psychoanalysis*, New Haven:
Yale Univ. Press.

SEGAL, H. (1973) —*An Introduction to the Work of Melanie Klein*, New York:
Basic Books.

WHITEHEAD, A. M. and Russell, B. (1925-1927) *Principia Mathematica*
to Fifty Six 2nd. Ed. New York: Cambridge Univ. Press.

COMENTARIO*

CARLOS MENDILAHARSU

El trabajo de Melvin Lansky está precedido por una nota del editor en la que éste hace algunas consideraciones que merecen ser comentadas. Grotstein señala en primer lugar que el Dr. Melvin Lansky llegó al psicoanálisis con una formación previa en filosofía y que fue ese el motivo por el cual él lo invitó a buscar las bases filosóficas de la obra de Bion. Dice Grotstein que, aunque amateur, Bion fue uno de los grandes filósofos, que hizo aportes a la literatura psicoanalítica de nuestro tiempo y transitó por la filosofía desde Platón, Kant y Hume hasta Ezra Pound y otros autores. Agrega luego una discutible afirmación, que retomaré luego: que los psicoanalistas lamentan que Freud no haya hecho un mejor uso de la filosofía clásica en su época, poniendo como ejemplo la teoría de las formas de Platón, la dicotomía kantiana nómeno-fenómeno, el racionalismo de Berkeley y Hume y el empirismo de Locke. Termina sosteniendo que Freud cayó en una trampa cartesiana en la división del ello, el yo y el super-yo. No queda claro por qué Grotstein hace esta afirmación, ya que nada tiene que ver con Freud el sujeto racional del pensamiento claro y definido cartesiano. Lo que pudo haber de cartesianismo en Freud es la utilización metodológica de la duda, que aparece sobre todo en las primeras etapas en relación con los sueños, pero no con otros aspectos de la duda cartesiana. Lacan, que también menciona el cartesianismo en Freud, dice, sin embargo, que la marcha de Freud es cartesiana en el sentido de que parte del fundamento del sujeto de la certidumbre, pero agrega que la disimetría entre Freud y Descartes se hace evidente con la introducción del sujeto del inconciente por aquél: "... en el campo del Inconciente el sujeto está allí en su lugar". Tampoco me parece acertada la afirmación de Grotstein en el sentido de

* El autor agradece al Prof. Alejandro Amy su valioso asesoramiento en lo referente a los aspectos filosóficos.

que Freud no se interesó por la filosofía, ya que aparecen en él influencias filosóficas bien definidas, como lo sostiene adecuadamente Paul Laurent Assoun (en *Freud, la Philosophie et les Philosophes*. PUF, París, 1976). Este autor recuerda que es Platón el que constituye el primer polo referencial de la historia de la filosofía en el discurso freudiano y Kant el segundo gran polo referencial. Señala además que Freud reconocía en el filósofo Theodor Lipps un precursor, que hablaba de él desde su correspondencia con Fliess y que lo volvió a citar en su última obra, “*El compendio del psicoanálisis*”, donde advierte que “no se debe creer que esta concepción diferente del psiquismo sea una innovación y que deba atribuirse al psicoanálisis. Un filósofo alemán, Lipps, ha proclamado con fuerza que el psiquismo era en sí inconciente”.

Con respecto al trabajo de Lansky, es indiscutible que el autor conoce bien la obra de Bion por sus lecturas y además por haber tenido una serie de entrevistas con él. Creo que este trabajo merece ser leído por todo aquel que esté interesado en la obra de Bion. Me limitaré aquí a señalar ciertas discrepancias con algunas afirmaciones de Lansky. Creo que la significación filosófica del trabajo de Bion requiere aclaraciones, ya que Bion, como lo señala adecuadamente el autor, no se consideraba un filósofo ni tampoco que sus trabajos constituyeran un sistema filosófico. Conviene recordar en este sentido que en la Introducción de “*Aprendiendo de la Experiencia*” (Paidós, Buenos Aires, 1975) Bion escribe: “El hombre que se ha formado según un método filosófico generalmente carece de la experiencia íntima de los procesos que corresponden a los trastornos del pensamiento y los psicoanalistas mismos pocas veces afrontan tales casos. Yo he sido afortunado en este respecto pero no tengo una formación filosófica. Cuento, sin embargo, con la ventaja de haber estado en análisis primero con John Rickman y luego con Melanie Klein”.

No comparto la analogía señalada por Lansky en el sentido de que la obra de Bion es tan filosófica como psicoanalítica, de igual modo que “Principia

Mathematica” de Whitehead y Russell es tan filosófica como matemática. Con respecto a esta última obra creo que la idea de Lansky es acertada, mientras que la de Bion, si bien utiliza conceptos kantianos y de otros filósofos, es esencialmente psicoanalítica y en ella se hacen referencias permanentes a la clínica. Hay también una llamativa ausencia de algo explícitamente indicado por Bion acerca de la intención de sus trabajos, los que a partir de la década del 60 estuvieron dedicados fundamentalmente a estudiar los disturbios del pensamiento que se observan en la práctica analítica.

Cuando Lansky se refiere a la importancia de la identificación proyectiva en la obra de Bion, no señala las diferentes formas de la misma que aparecen a lo largo de ella, ni tampoco un concepto, fundamental a mi modo de ver, que este autor formula en el capítulo XII de *“Aprendiendo de la Experiencia”*, cuando relaciona “el pensar” en sus orígenes con la identificación proyectiva como descarga de la psiquis del incremento de estímulos, considerándola una fantasía omnipotente.

Lansky apunta, con razón, a las diferencias que existen entre la obra de Bion y la de otros autores que al igual que él se autodenominan kleinianos, como Hanna Segal y Herbert Rosenfeld, en el sentido de que Bion es más metateórico en la misma escuela básica de pensamiento. Pero más adelante señala, a mi juicio erróneamente, que “Bion es siempre un kantiano mirando los conceptos kleinianos”. Ya he dicho que Bion maneja a su modo algunos conceptos kantianos, como “la cosa en sí misma” y la posibilidad de acceso a las cualidades primarias y secundarias de los fenómenos, pero en toda su obra no aparece el concepto de nómeno. Es cierto no obstante que, particularmente en *“Transformaciones”*, cuando surge la idea de 0, el devenir a 0, ésta se relaciona con el mencionado concepto kantiano de nómeno.

Cuando Lansky compara las formulaciones originales de Melanie Klein con las de Bion, afirma que el término de fantasía es una noción unilateral, mientras que la identificación proyectiva en el sentido de Bion es básicamente diádica. No comparto esta idea: la fantasía inconciente de Melanie Klein no puede ser considerada una noción unilateral, ya que incluye relaciones entre objetos internos y/o externos; por otro lado, tampoco puede decirse que las diferentes formas de la fantasía omnipotente de identificación proyectiva, que Bion maneja en su obra, sean todas diádicas.

Luego Lansky discute expresamente tres posiciones, la de la ego-psychology, la de los kleinianos y el aparato conceptual de Bion, y hace una analogía: la controversia superada por Kant entre empirismo y racionalismo puede ser comparada con la superación de la controversia entre las dos primeras posiciones por la conceptualización de Bion. El artículo termina sosteniendo que Bion es quizás el único escritor inglés sensible a las ventajas filosóficas de pensar en términos estructurales. Comparto esta idea siempre que estructuralismo sea tomado en su sentido amplio.

**REVISTA
A LA
APU**

**LA SOLEDAD
DEL PSICOANALISTA***

MARCOS LIJTENSTEIN

“La transferencia crea así una zona intermedia entre la enfermedad y la vida y a través de esta zona va teniendo efecto la transición desde la primera a la segunda” (“Recuerdo, Repetición y Elaboración”, 1914)

FREUD

1. Ese analizando estudia, en una obra, temas de la disciplina en la que se especializa. Amplía en un segundo tratado. Pero los respectivos autores utilizan escalas diferentes. No tiene más que recurrir a un tercer libro, que contiene las tablas de equivalencias.

En esta serie todo parece completo: lo que no está en un sitio se encuentra en el siguiente y las faltas de correspondencia se resuelven en el próximo.

Esto es muy seguro. Basta con querer estudiar y el paciente ahora lo quiere. (Sólo experimenta dificultades cuando —en la ciencia que lo ocupa— tiene que encarar los problemas de “la transferencia de calor”, que justo siempre surgen

* Versión ampliada del trabajo leído en el XIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Rio de Janeiro.

en la relación con el analista...)

Antes —durante años— no podía estudiar. El análisis le aportó la ventaja-inconveniente de poder hacerlo. Ya que, si puede esto ha de poder otras realizaciones que tienen que ver con sus metas concientes, como es el caso de independizarse de FREUD su familia de origen —vale decir, de sus nexos filiales— consolidando en cambio la familia que ha constituido —la pareja, la paternidad— (sin que sean claro, sus únicas metas).

Entonces descubre algo muy terrible: estas otras posibilidades no están fuera de él, escritas ya. Este “libro” es un borrador que él tendrá que aclarar, que no se sabe cómo va a salir y cuyo desenvolvimiento enseguida le evocará su antiguo problema de magnitudes, para el que no sabe encontrar correspondencias: ahora, en la nueva versión, él quiere persistir chico entre los grandes; no quiere agrandarse mientras los grandes de antes se van achicando con el paso de los años. A lo más, se acepta adolescente, en aquella adolescencia artística en la que dejaba sus obras inconclusas; nadie podía tener un juicio adverso, desde que la obra no estaba terminada y, en cambio, todos podían alimentar la expectativa de su admirable final.

La neurosis no dejó ver obras concluidas —con un final, a secas— . Y ahora, los mil rostros de la resistencia no tardan en auxiliarlo con una casi acabada, intelectual, compulsiva operación: si volver a estudiar ha sido un fruto del proceso analítico, pasa a poner su empeño en utilizar el fruto contra el árbol. Ya no hace falta el análisis; ahora que puede, sólo se trata de estudiar, sin resquicios, tratando de sustraerse a las voces externas y los reclamos internos que se filtran por entre la menos tupida trama de la defensa.

II. Estoy sentado. Escucho con esa que parece distracción, a la cual nos familiariza el dejarnos penetrar por lo que el analizando va diciendo. (Es distracción con respecto a aquello que atenderíamos ante todo —si no

únicamente— fuera de la situación de análisis.) Aquí, a quien escuchamos le hemos propuesto desde el principio —y no le será fácil cumplirlo— que no elija lo que nos ha de decir; que, al contrario, se deje elegir, se deje llevar.

No es el tiempo de hablar. Me encuentro a gusto, sin el apuro de entender: con ese jugar a lo impensado, en ese suspenso benévolo en el que se nos van refractando —desarticulándose— las posibilidades de fascinación o las organizaciones bien trabadas, o las extravagancias, que vienen del que habla. Sin juzgar, esperamos eso, lo que podrá llegarnos si conseguimos no estar al acecho.

De súbito, un sobresalto me aleja de esa comunidad. Desde mi asiento, tengo a la vista una biblioteca: en dos estantes contiene, apretados, los gruesos volúmenes encuadernados de una Enciclopedia (algo así como la pretensión de que, desde la “A” hasta la “Z”, se encierra allí todo el saber del mundo).

Había olvidado—que antes de empezar a trabajar saqué de aquella un tomo.

Todo duró un instante: el hueco entre los libros en vertiginoso enlace con el recuerdo del motivo de que existiera. Y estaba oyendo de nuevo, seguramente de otro modo, por lo que acababa de sucederme.

Evoco, con el episodio, la observación de Freud (1922): “Lo que despierta horror en uno mismo, también ha de producir idéntico efecto sobre el enemigo al que queremos rechazar. Todavía en Rabelais podemos leer cómo el Diablo emprende la fuga cuando la mujer le muestra su vulva”. (Cf. “La cabeza de Medusa”.)

III. En la prolongación de los tratamientos también puede estar en juego la dificultad de separación del analista respecto del analizando. (1)

En este caso se pasaría por alto aquella sutil observación de Hans Sachs que recoge Freud (al final de *“La interpretación de los sueños”*), según la cual “no deberemos extrañarnos si lo que creímos un monstruo, al verlo con el cristal de aumento del análisis, se nos muestra ser un infusorio”. (Lo que —mutatis mutandis— nos lleva a correr el riesgo de distraernos pasando por alto a los

monstruos que sí los hay).

Un analizando bien puede hacernos el don de una fobia —que parecerá abandonada— a trueque de una filia. Los síntomas ceden, con tal de permanecer bajo el ala de nuestra protección. Subterfugio para pretender que ahora sí se entra en el verdadero análisis, en la aventura compartida, en el afán de conocimiento, en el coloquio socrático, en las profundidades...

Se dirá que esto es historia superada, que el análisis precisamente descarta la sugestión: que los vínculos paterno-filiales y, más tarde, los que entrelazan la relación del candidato con su analista de formación, con sus analistas docentes, con sus analistas supervisores, con sus colegas, son drenados con rigor.

Sin embargo, no sólo el analizando está condenado a repetir lo que no recuerda. El analista puede perder de vista que no todo lo que pasa en el análisis es análisis. De tantos riesgos que pesan sobre el encuadre —perversión, ritualización, fascinación, evitación de las emergencias psicóticas— pretendemos aislar aquí los que pueden traducirse en un juego protector centrado en la persistencia, en el analista, de la necesidad neurótica de vivir protegido: en ese sentido, protegiéndose con sus analizandos (que es, al cabo, protegerse *de* sus analizandos). Es, pues, este específico “baluarte” (2) el que quisiéramos traer a la discusión.

Así como múltiples horas de “aquí-ahora-conmigo” podrían deformar al analista en la creencia de que es el ombligo de sus analizandos, cuando en todo caso es el punto de convergencia de los problemas umbilicales que ellos repiten, también la neutralidad (3) y la suspensión del juicio podrían llevarnos —insensiblemente— a esclerosar la capacidad de pensar y de juzgar: ante todo sobre lo que pasa en la sesión, cuando cabe tomar perspectiva fuera de la misma, confrontando teorías, esquemas de referencia y clínica. Un paso más y otro y otro para dejar de pensar, de sentir, de hacer en cualquier otro terreno de los que la vida propone. Con lo que la misma flor analítica se agostará en ese territorio personal yermo.

Cuánto más fácil —frente a tanto riesgo— encerrarnos en la convicción de que el paciente nos necesita. Sólo que la noble convicción puede también volverse una racionalizadora convicción.

No puede un analista bajar la guardia frente a estos centros ilusorios de poder: si nos dejamos atrapar acabaremos asfixiados de nosotros mismos, esto es, de narcisismo.

También hay que estimar el peso de las modas. Sería elitista desdeñarlas, no tomarlas en consideración. Algo reflejan, incontenible y poderoso. Sabemos que hay centros reguladores que las promueven y las aprovechan. Las ideas no escapan a las modas. Ni las contra-ideas.

La entrega a la moda también es un recurso que nos salva de la soledad. No podemos, en consecuencia, dejar de preguntarnos en qué medida somos analistas a la moda.

Que el psicoanálisis y tal o cual analista estén de moda: he aquí que podemos estar ante signos auspiciosos. Si, pareja-mente, los vemos como fenómenos inquietantes.

En una carta a Jung (19.IX.1907), a propósito de los contratiempos sufridos por el psicoanálisis en un congreso médico internacional, le manifiesta Freud que los acontecimientos que aquél le describiera en una correspondencia, no consiguieron deprimirlo: “En lo que a mí respecta, ha aumentado mi respeto por el psicoanálisis pues estaba a punto de decirme: ¿Cómo? ¿Ya nos hemos ganado el mundo tan sólo con diez años de lucha? Entonces, estábamos equivocados. Los últimos sucesos me han hecho recuperar la fe (...)”.

Teorizar es también un recurso para no estar solos. Nos ligamos a una comunidad. Sobran motivos para justificar lo indispensable del trabajo teórico. Sin embargo, la continuidad más o menos lograda de sus proposiciones, no debe

hacernos saltar la evidencia de que constituyen un conjunto discontinuo respecto de lo que se trata de elucidar. En otros términos: estamos conjurando a un ausente.

Por eso nos hemos planteado en otro escrito: “El teorizar —contemplar y volver inteligible— pasa por una prueba de fuego: la consecuencia, o la inconsecuencia, con el quemante descubrimiento de la castración. Sería paradójal (sin dejar de ser comprensible) que se intentara explicar la renegación en una teoría tan presunta y presuntuosamente completa y definitiva, que renegara de su propio hallazgo.” (4)

Enlazamos —así— soledad y castración. Para proponer la reflexión que tome en cuenta la patología frente a la soledad y, por otra parte, la soledad como condición productiva de disfrute creador. (5)

Por eso intentamos retomar una discusión que otros colegas han suscitado. (6) Se centra, no en el uso inconciente que el analizando puede pretende rehacer del análisis y de su vínculo con el analista, sino, a la inversa, en el analista. Su expresión clínica apuntaría al análisis de los fenómenos contratransferenciales y a los signos de evitación de la angustia ligada a las modalidades fóbicas. De la vivencia preconciente-conciente de soledad, nos veríamos conducidos a la problemática inconciente del narcisismo (fomentando la auto-idealización) en el cuadro de las medidas ten-dientes a conjurar la angustia de castración

IV. Nosotros —analistas— con nuestros libros, nuestro Edipo, nuestras representaciones angustiosas de la castración (para volver al analizando y al analista evocados al comienzo), podemos hacer del encuadre —con el que es conveniente cumplir— y de la conflictiva que se despliega a nuestra atención, “sabios” escudos que destaquen las formas y los colores de nuestras ilusiones.

Desde luego, está a nuestro alcance el reanálisis. Pero no tiene por qué excusarnos de una suerte de co-análisis, que en-nada borra la condición asimétrica del campo que establecemos para el quehacer analítico. Como una

forma privilegiada y transformadora de cuestionarnos, desde nuestras posibilidades y nuestros límites. (7) Dejarnos suscitar psicoanalíticamente es intentar una mirada radical que no excluye otras fuentes de problematización y de respuesta; (8) pero que reconoce a aquella la extraña singularidad del esquivo descubrimiento de lo in-conciente: embarcándonos en la compleja tarea de volvernos sencillos.

NOTAS

1) Arbiser, A. *“El análisis interminable: una consecuencia de la neurosis de contra-transferencia.”* (XI Congr. Psicoan. Latinoam. Ed. A.P.A., Bs.As., 1976).

2) La noción de “baluarte” evitativo que encontramos expuesta en el trabajo de M. y W. Baranger *“La situación analítica como campo dinámico”* (1961-62), es desarrollada por ambos autores en *“El ‘insight’ en la situación analítica”* (1964): si no se produce complicidad de parte del analista, cabe hablar de “resistencia”. Es cuando se comunican inconcientemente entre sí y operan juntas la resistencia del analizando y la contrarresistencia del analista, que estamos frente a un baluarte dentro del campo (un sector del mismo se cristaliza). En: W. y M. Baranger: *“Problemas del campo psicoanalítico”* Ed. Kargieman, Bs. As., 1969.

3) Laplanche y Pontalis destacan que “la exigencia de neutralidad es estrictamente relativa a la cura: constituye una recomendación técnica. Ella no implica ni garantiza una soberana ‘objetividad’ de quien ejerce el oficio de psicoanalista. La neutralidad no califica a la persona real del analista sino su función (...): (el analista no debería) intervenir en tanto que individualidad psico-social; se trata evidentemente de una exigencia límite”. Recuerdan que, a consecuencia de su neutralidad, se impone al analista la abstinencia Como regla

(Cf. “*Vocabulaire de la Psychanalyse*”, PUF., París, 1968).

W. Baranger (1956) ha planteado la paradoja de la necesidad y de la no aplicabilidad de la regla de la abstención ideológica. Postulando el análisis de las ideologías, nos limitamos a recordar —por la afinidad con nuestro propósito—, que llama la atención sobre la relación semántica “nada fortuita” de “ideología” e “idealización” (Cf. “*Interpretación e Ideología*”).

En: *Problemas del campo psicoanalítico*, cit. en 2.

En “*La enfermedad infantil del psicoanálisis*’ al considerar las relaciones entre los psicoanalistas, sus grupos y las ideologías psicoanalíticas, se refieren W. Baranger y H. Garbarino (1960) a los efectos disociativos de la inevitable desidealización, cuando ésta se torna patológica y entraña procesos más o menos radicales de desilusión. Es un aporte —desde la perspectiva grupal— al esclarecimiento de las vicisitudes en la relación entre la ideología analítica como objeto valorado y su deidealización (III Congr. Psicoan. Latinoam., Santiago de Chile, 1960. En: *Rev. de Psicoan.*, Núm. Extraord., Vol. XVIII, Bs. As., 1961).

4) Lijtenstein, M. “*Sobre la noción de teoría en psicoanálisis*”, *Rev. Urug. de Psicoan.*, t. XIV, Parte 3, Montevideo, 1976.

5) Freud (1926) ha visto en la fobia a la soledad un recurso “que en el fondo trata de evitar la tentación del vicio solitario” (Cf. “*Inhibición, síntoma y angustia*”; Cap. VII)

Abraham (1908) se refiere al paciente cuya libido se ha apartado de los objetos (“se encuentra solo y enfrenta a un mundo que le es hostil”). Su “sobrestimación sexual está dirigida hacia él solamente y asume enormes dimensiones”. (Cf. “*Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz*”). A propósito del narcisismo, la envidia y la rebeldía contra el padre, en pacientes principalmente neurótico-obsesivos (Cf. “*Una forma*

particular de resistencia neurótica contra el método psicoanalítico”, 1919), se refiere a una particular actitud defensiva que adopta la apariencia de un “auto-análisis”: “La necesidad de estar solos durante ese proceso, lo aproxima extraordinariamente al onanismo y a su equivalente, el sueño diurno neurótico (...)”. Este sustituto masturbatorio queda para ellos “libre de todo reproche, dado que se lo justifica y aun prescribe, con una fundamentación terapéutica”. En: “*Psicoanálisis clínico*”, Ed. Hormé, Bs. As., 1959.

En cambio podemos encontrar un examen de la vertiente positiva de la soledad en “*La capacidad para estar solo*”(1958), de D. W. Winnicott (Rey, de Psicoan., T. XVI, No. 2, Bs. As., 1959).

Se basa en que esta capacidad es uno de los más importantes rasgos de madurez en el desarrollo emocional. Dicha capacidad es, bien un fenómeno altamente sofisticado, que puede producirse en el desarrollo de un individuo después del establecimiento de las relaciones entre tres, o bien un fenómeno de la vida temprana —en el que se basa la construcción de la soledad sofisticada—. La adquisición de esta capacidad se basa en una paradoja: es la experiencia de estar solo mientras otra persona se encuentra presente —estar solo, como una criatura o un niño pequeño en presencia de la madre—. Se trata de una relación del yo. Lo prefiere a relación del ello, que es una complicación periódica en la vida del yo. La capacidad de un individuo para estar solo, depende de su habilidad (o aceptación) para manejar los sentimientos provocados por la escena primaria. En términos kleinianos, la capacidad para estar solo depende de la existencia de un objeto bueno en la realidad psíquica del individuo (pecho interno bueno, o pene, o buenas relaciones internas). Ahora bien, la experiencia de estar solo en presencia de alguien (base de la capacidad más sofisticada) puede tener lugar en una etapa muy temprana, cuando la falta de madurez del yo está naturalmente equilibrada por el apoyo del yo por parte de la madre. En el transcurso del tiempo el individuo introyecta la madre-sostén-del-yo y de esta manera llega a ser capaz de estar solo sin alusión frecuente a la madre o símbolo

materno (cuna, cochecito, atmósfera general del ambiente inmediato). Este disfrutar de la soledad puede representarse clínicamente por silencio en la sesión, el cual, lejos de ser la evidencia de una resistencia, resulta ser un logro por parte del paciente.

Melanie Klein (1963) encara los aspectos normales y patológicos en “*Sobre el sentimiento de soledad*” (Ed. Hormé. Bs. As., 1968).

Se trata del estado de soledad interna, producto del anhelo omnipresente de un inalcanzable estado interno perfecto. Proviene de ansiedades paranoides y depresivas. Postula que, incluso en el mejor de los casos, la relación placentera con la madre y su pecho será afectada de inseguridad paranoide (madre y pecho persecutorios en virtud de la proyección de violentos impulsos destructivos). Esta inseguridad paranoide (en pleno apogeo durante los tres primeros meses: período de la posición esquizo-paranoide) es una de las causas esenciales de la soledad. La ansiedad persecutoria —a la que se vincula la correspondiente inseguridad— resulta del conflicto entre los instintos de vida y de muerte, al que se suma la experiencia del nacimiento. Con la posición depresiva —primera mitad del primer año de vida— el yo se encuentra más integrado, capaz de relacionarse con una persona total. El reemplazo de la ansiedad paranoide por la depresiva se acompaña de nuevos problemas. Existe un conflicto entre la búsqueda de la integración —como protección contra los impulsos destructivos que amenacen al objeto bueno y a las partes buenas del self—. Esto genera sentimientos de soledad y abandono frente a una parte mala del self. Se incrementa el proceso frente a la actuación de un superyó cruel. M. Klein examina los factores que normalmente mitigan la soledad: la fortaleza innata del yo; la disminución de la omnipotencia y la mayor adaptación a la realidad; la internalización exitosa del primer objeto (la identificación introyectiva y la proyectiva cuando no son excesivas); el goce, la gratitud, la creatividad, cierta medida de resignación, la capacidad —a pesar de cierta dosis de envidia y celos— de identificarse con el placer de las gratificaciones de otros. Pero los

factores que mitigan la soledad también pueden constituirse en defensas Contra su vivencia: la dependencia, la huida hacia el objeto interno (en la temprana infancia, la gratificación alucinatoria), la idealización del pasado (en la vejez), la del futuro (en los jóvenes), la necesidad de valoración, la omnipotencia, la negación. Si resulta tan difícil determinar la importancia relativa de las influencias internas y externas como agentes de la soledad, ello se debe a que en la vida men-tal se produce una constante interacción entre unos y otros factores, basada en los procesos de proyección e introyección, los cuales inauguran las relaciones objetales. “Para concluir, formularé nuevamente mi hipótesis de que, si bien las influencias externas pueden llegar a reducir o a intensificar la soledad, ésta nunca logra eliminarse por completo, en razón de que la tendencia a la integración y el dolor que se experimenta durante el proceso de la integración, dimanen de principios internos que siguen ejerciendo su influjo durante toda la vida.”

W.R.Bion (1963) en el capítulo IV de *“Elementos de Psicoanálisis”* (Ed. Hormé, Bs. As., 1966), se refiere a la importancia del aislamiento esencial en la cooperación analítica, que se vincula al sentido de responsabilidad. “La sensación de soledad parece relacionarse con un sentimiento que en el objeto de la indagación se da en términos de que se lo está abandonando y en el sujeto que indaga, en términos de que se está separando de la fuente o base de la cual depende para su existencia.” El autor resume así sus ideas: “La separación solo puede ser lograda a expensas de sentimientos dolorosos de soledad y abandono experimentados: 1) por la herencia mental animal primitiva de la cual se efectúa la separación y 2) por los aspectos de la personalidad que logran separarse del objeto de indagación que es experimentado como indiferenciable de la fuente de su viabilidad. El aparentemente abandonado objeto de indagación es la mente primitiva y la capacidad social primitiva del individuo como animal político o grupal. La personalidad ‘separada’ es en un sentido nueva en su trabajo y debe recurrir a tareas que difieren de aquellas a las cuales sus componentes están más

usualmente adaptados, especialmente el examen del ambiente excluyendo al self; parte del precio que hay que pagar está dado por un sentimiento de inseguridad.”

6) M. Abadi se refiere al dilema de trabajar como profesional, viviendo en la aceptación de los valores corrientes, o trabajar y vivir integralmente como psicoanalista. También considera el dilema de descubrir como científico el Edipo desde el plano del espectador “objetivo”, con una distancia que puede fomentar una perniciosa idealización del psicoanálisis y del psicoanalista, y ser protagonista del Edipo, comprometiéndose en las vicisitudes humanas.

En forma complementaria, plantea las relaciones del psicoanálisis con el mundo científico y social, previniendo contra el enquistamiento defensivo de la teoría y la práctica, contra el sistema rígido que se pretende conservar inmutable, conspirando “en contra de la naturaleza misma del psicoanálisis”. Es el psicoanálisis no hermético el que podrá reaccionar sobre el mundo. (Cf. “*El dilema del psicoanalista*” y “*Hacia un psicoanálisis abierto*”.

III Congr. Psicoan. Latinoam. Santiago de Chile, 1960, En: Rev. de Psicoan., Núm. Extraord., Vol. XVIII, Bs. As., 1961).

7) M. Nieto Grove en “*De la técnica analítica y las palabras*” (Rev. Urug. de Psicoan., T. XII, No.3, Montevideo, 1970) escribe: “El duelo a que el análisis enfrenta (...) el de la forja de la propia identidad: nace una persona” (...). “Es parte de un saber doloroso en que se reconoce simultáneamente uno mismo, la propia contingencia y la esencial incompletud (...)”.. “Identificarse como uno y distinto (...) es hacerse cargo de la propia vida y de la propia muerte.”

“Por este proceso se accede a la comunicación que requiere la alteridad, ya que hablar de veras, es hablar con otro.”

“¿Cuál es la reparación que realmente puede producirse en el análisis? Es la de restitución de la integridad del pensar, de su veracidad: que donde había un

saber distorsionado, se alcance una conciencia veraz.”

8) M. Baranger, W. Baranger, A. Campo, J. M. Mom, postulan como “imprescindible mantener el punto de impacto autónomo del pensamiento analítico sobre la cultura”.

En el mismo sentido, entienden que se podría concluir “que una dirección de la lucha como analistas incluyendo el plano social, sería la de saber seguir siendo analista y admitir que esto es tan difícil como llegar a serlo”. Se requiere mantener una disociación útil que permita y preserve un permanente sentido no conformista, cuestionador (comprendiendo tanto la teoría psicoanalítica, como las relaciones con el medio y las corrientes que a éste se oponen). (Cf. *“Corrientes actuales en el pensamiento psicoanalítico”*, VIII Cong. Psicoan. Latinoam., Porto Alegre, Brasil, 1970, Ed. Soc. Psicoan. de P. Alegre).

FREUD Y KLEIN: TEORIAS SOBRE ANGUSTIA

LEOPOLDO MULLER

Intentaré comparar los respectivos desarrollos teóricos que sobre la angustia han elaborado S. Freud y M. Klein, aunque por razones de espacio me centraré solamente en la noción de Todestrieb, Instinto de Muerte, y en el papel que esa noción desempeña en los modelos de Freud y Klein. Dejaré de lado las disquisiciones sobre “Trieb”, “Drang” e “Instinkt”, porque ni Freud ni Klein mostraron preocupación alguna en esa dirección.

Los textos básicos de Freud en este rastreo son: *‘Más Allá del Principio del Placer’* (1920), *“El Problema Económico del Masoquismo”* (1924),

“Inhibición, Síntoma y Angustia” (1926), *“El Malestar en la Cultura”*(1930), *“La Angustia y la Vida Instintiva”* (1932), *“Abriss”* (1938). En Klein, básicamente: *“Sobre la Teoría de la Ansiedad y la Culpa”*(1948) y *“Sobre el Desarrollo del Funcionamiento Mental”*

En **Freud**, tras la introducción del concepto de Instinto de Muerte, se reconoce la “artificial estructura de hipótesis” y, tras especulaciones sobre el origen de la vida, se lee: “lo inanimado era antes de lo animado” y que, “una vez despertada la materia viva”, la tensión generada intentó nivelarse, “apareciendo entonces el primer instinto: el de volver a lo inanimado”. “Los instintos quieren reconstruir algo anterior”. “Un instinto sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior”. Dentro de esta línea de pensamiento, lo inanimado es equivalente a la muerte.

Al generarse vida, comienza el “largo rodeo hacia la muerte, escoltados por los instintos conservadores, La conclusión a que él llega es que “todo lo animado tiene que morir por causas internas”. (Las citas son tomadas de *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid — 1948.) Estamos pues, aquí, en un nivel de hipótesis especulativas.

En Klein este nivel es inexistente, pero se adhiere a él sin cuestionarlo. Sin embargo, no aclara cómo debe ser entendida la postulación del Instinto de Muerte. Sostiene la convicción de que se trata del desarrollo de las ideas de Freud “hasta sus últimas consecuencias”. Esta conclusión es por supuesto indemostrable. Más que en un nivel metafórico, Klein parece haber concebido el Instinto de Muerte como algo que subtiende la génesis de las emociones humanas como factor constitutivo (¿biológico?), determinante por percepciones endopsíquicas. En textos como el siguiente: “... la lucha entre los instintos de vida y de muerte ya entra en la experiencia dolorosa del nacimiento y refuerza la angustia persecutoria provocada por ella”, parece referirse a procesos fisiológicos coaligados que se incrementan mutua mente. No es una figura de

ficción, ya que es determinante en los efectos psicológicos que le atribuye.

Efectos del Instinto de Muerte según Freud. Teoriza de esta manera: "... mientras este instinto (de muerte o de destrucción) opera internamente, como un instinto de muerte, *permanece silencioso: solamente tenemos noticias suyas cuando sale al exterior bajo la forma de instinto de destrucción.*" ("Abriss"; subrayado mío). Pero aun antes (1926), buscando el factor o los factores de la angustia, razona del siguiente modo: "Por todo lo que sabemos de la estructura de las neurosis más simples de la vida cotidiana, nos parece muy improbable que una neurosis pueda surgir por el mero hecho objetivo del peligro, sin participación alguna de las capas inconcientes más profundas del aparato anímico. Pero en lo *inconciente no existe nada que pueda dar un contenido a nuestro concepto de la destrucción de la vida*" (sm.).

En Klein, "... a mí entender, el peligro que surge del trabajo interno del instinto de muerte es la primera causa de angustia", y también "... la angustia que amenaza al organismo proviene del instinto de muerte y sugiero que *ésta es la causa primaria de la ansiedad*" (s. m.). Igualmente dice: "La raíz del temor persecutorio en el individuo paranoide es, creo, el temor a la aniquilación del yo: en última instancia por el instinto de muerte".

Klein es bien explícita, en este trabajo, sobre las consecuencias teóricas que estas afirmaciones tienen y no deja lugar a dudas al afirmar: "Estaba implícito en esta presentación de mis ideas, que provenían de un enfoque de la agresión que *difería sustancialmente* (s. m.) de la tendencia principal en el pensamiento psicoanalítico".

Estas líneas de razonamiento impiden, metodológicamente, ceder a la tentación de hacer concordar los diversos desarrollos y sus supuestos implícitos sin riesgos de reduccionismo. Más fecundo me parece seguir la articulación intrateórica y las consecuencias que cada uno de estos autores extrae de la introducción de la hipótesis: si son algo más que meramente especulativas, o,

como parecen querer usarlas, como hipótesis de carácter explicativo-metapsicológico. La existencia del Instinto de Muerte y del Instinto de Vida, con el cual forma el primero un par antitético —y pasando por alto la naturaleza imprecisa de esa dualidad—, revela ser fundamental para la construcción de un sostén teórico-clínico, con fundamentaciones diferentes en uno y otro caso.

En Freud. El desarrollo sigue en las siguientes direcciones: “... el instinto de muerte que actúa en el organismo —el sadismo primitivo— es idéntico al masoquismo. Una vez que su parte principal queda orientada hacia el exterior y dirigida sobre los objetos, perdura en el interior, como residuo suyo, el masoquismo erótico propiamente dicho, el cual ha llegado a ser, por un lado, un componente de la libido: pero continúa, por otro, teniendo como objeto el propio individuo”. “... en determinadas circunstancias el sadismo o instinto de destrucción orientado hacia el exterior o proyectado, puede ser devuelto hacia el interior o sea, introyectado de nuevo, retornando así por regresión a su situación anterior. En este caso producirá el masoquismo secundario que se adiciona al anterior.” (1924) Freud insiste en este trabajo en la fusión instintual de los elementos erótico-libidinales y los agresivos en la dinámica interacción de esos dos instintos.

El tema de la nueva dualidad instintiva es desarrollado en “El Malestar...” de la siguiente manera: “La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de Super-Yo se opone a la parte restante y asumiendo la función de ‘conciencia moral’.” “La angustia, convertida después en conciencia, es la causa de la renuncia a los instintos.” “El sentimiento de culpabilidad no es, en el fondo, sino una variante topográfica de la angustia y que en las fases ulteriores coincide por completo con el miedo al Super-Yo.”

Pero es dable suponer, por lo que sigue en este otro texto, que el status teórico de las vicisitudes y el interjuego instintivo sigue sin definirse para

Freud, tanto desde el punto de vista tópico como de sus fuentes.

Dice así (Lección XXXII): “Teóricamente dudamos si debemos suponer que toda la agresión retornada del mundo exterior es vinculada por el Super-Yo y orientada así contra el Yo o si una parte de ella desarrolla SU acción silenciosa e inquietante en el Yo como libre instinto de destrucción. Esta última distribución es la más probable, pero nada más sabemos sobre ella. En la instauración primera del SuperYo es utilizada indudablemente para la constitución de esta instancia aquella parte de agresión contra los padres a la que el niño no puede procurar una derivación al exterior y de esto depende que el rigor del S.Y. no haya de corresponder necesariamente a la severidad de la educación”.

Melanie Klein. Al fundamentar *ab initio* la génesis de la angustia en el trabajo interno del Instinto de Muerte y en la dualidad instintiva opositiva las primeras experiencias emocionales de gratificación y frustración, “en una serie de procesos endopsíquicos —principalmente introyección y proyección”, comienza una articulación intrateórica por fuerza de las leyes de la lógica formal con las derivaciones de los postulados relacionados. Este desarrollo teórico brindará una nueva terminología. Por otra parte, la jerarquización de conceptos y términos freudianos sufren desplazamientos, pérdida de sentido de algunos modelos teóricos y una inevitable sustitución por modelos nuevos; por ejemplo, con respecto a la proyección e introyección, que según Klein son los medios a disposición del psiquismo para tramitar los instintos, o el término disociación que se impone por lógica semántica. Esta enfatización inicial la obliga a la conclusión siguiente: “...la disociación es una de las defensas iniciales y que precede a la represión, la que, según presumo, comienza a operar alrededor del segundo año de vida”. Esto la lleva, por supuesto, a la siguiente afirmación: “...la naturaleza de la disociación determina la naturaleza de la represión”.

Estas afirmaciones no pueden empalmarse por ende con el desarrollo teórico

que Freud fundamenta y sostiene aún en la Conferencia XXXII sobre la Represión Primaria y Secundaria. Ello, Y mucho más, es resultado de la adhesión al Instinto de Muerte que con propio desarrollo sigue M. K. con el segundo modelo instintivo. Así, y en primer lugar, la primera teoría de la libido cae totalmente en desuso, lo mismo que la Primera Tópica. Concomitantemente, el Pcc. como reservorio de la memoria y la huella mnémica y su función serán concebidas de otro modo. El concepto de disociación en M. Klein sigue un curso inobjetable desde el punto de vista lógico, al atribuírsele la facultad de clivar y disociar al objeto en función de la naturaleza cualitativa del instinto operante proyectado. Por ende, la escisión esquizo-paranoide es un derivado lógico del mismo proceso.

Aceptándose esto se seguirá con el mismo razonamiento, consistente metodológicamente, y se mantendrá una relación de vínculo diádico, emocionalmente teñido por la naturaleza cualitativa de las fuentes instintivas operantes. Se sigue de aquí que lo diádico, precediendo naturalmente a lo triangular, configurará el carácter maniqueo de los objetos y la formación del “precursor del Super-Yo”, que en el curso evolutivo será nuevamente un corolario lógico. Pero en el ínterin esta forma de imaginar el desarrollo de las emociones básicas lleva a la creación de una teoría nueva sobre el proceso de formación de símbolos, puesto en juego por la angustia que genera el efecto del Instinto de Muerte. El concepto de Mecanismo de Defensa tiene una formulación propia y el “instinto epistemofílico” se torna pivotal para el proceso de formación de símbolos. No es solamente una terminología que cae en desuso, sino que un nuevo modelo para abordar lo inconciente es creado.

Cambia igualmente el sentido progresivo del desarrollo psicosexual tal como aparece en la modelización freudiana, para ser dado vuelta y partir de una desorganización del psiquismo; se usan categorías psiquiátricas para las fases del desarrollo de la organización psíquica. Los conceptos de regresión y fijación se alteran. Lo mismo ocurre con otros conceptos; por ejemplo, la agresión a un

objeto bueno podrá ser ocasionada por envidia hacia ese objeto, cuya retaliación generará nueva angustia. Sólo que conceptos desarrollados por Freud, tales como la envidia del pene, teóricamente pivotal en la conceptualización freudiana para el desarrollo de la femineidad y su concomitante, el complejo de castración, resultarán de uso injertado dentro de la concepción kleiniana, residuos teóricos extrapolados cuya conservación intentará Klein por fidelidad a la fuente freudiana, más que por coherencia intrateórica. El desarrollo del varón y de la niña en K. son un buen ejemplo de esa conceptualización.

Mencionemos, para citar un ejemplo más, la posición depresiva, tan pivotal en el modelo kleiniano, generada por la ambivalencia originada en la dualidad instintiva, teñida de emociones tales como agresión, culpa, reparación; pero este término, reparar el objeto dañado, implica una configuración diferente de la noción freudiana de sublimación (básicamente libido desexualizada).

Se puede constatar así el surgimiento de un desarrollo de una teoría en Klein, internamente consistente, con principios explicativos nuevos, y el de una técnica nueva, fundamentada por la propia teoría. Para este tipo de teorías, que sostienen con la freudiana un tipo de diferencias que no se reducen unas a otras, no son complementarias y no son contradictorias, hemos propuesto usar el término de inconmensurabilidad, en nuestro Relato Oficial para el XIV Congreso Latinoamericano. *“El Futuro del Psicoanálisis en América Latina”*. B. A., 1982. T. 1, p. 89-105.

Me ha parecido que Rodolfo D’Alvia *et al.*, en: *“El Problema Metodológico de la Comparación de Teorías: el caso de Freud y Melanie Klein”*, Pub. Adep. 1981, han señalado también un tiro singular de relación entre teorías cuando dicen en su numeral 6: “un término aparece de manera (en que) no hay discrepancia; se trata de un tópico nuevo que extiende y amplía el conocimiento”. Lo mismo me pareció ver en Baranger y Col. en *“Aportaciones al concepto de objeto en Psicoanálisis”* Amorrortu, B. A., 1980, que detectan también ese momento en que una teoría “presenta también su originalidad

irreductible a cualquiera de las categorías antes enumeradas”, frente a lo cual declaran: “Nuestro propósito no consiste en proponer una teoría unificada más abarcativa que las anteriores, sino en tratar de hacer un balance (por lo menos negativo; un balance de las ideas descartadas por parcializadoras) de las elaboraciones que se intentaron y en ofrecer algún esclarecimiento de la problemática que sigue vigente”.

Al llegar nosotros a ese límite, tan difícil de conceptualizar, el término “inconmensurabilidad” nos ha parecido útil para eludir el hechizo de “una teoría prematuramente unificada (que) puede engendrar una técnica simplista”, como dicen otros autores.

El término “irreductibilidad” que María R. Lores Arnaiz nos ha sugerido en amable contribución, a fin de evitar lo que ella teme, o sea que el término kuhniano pueda tener el inconveniente de incomunicar las diferentes construcciones teóricas, o el de “emergentismo”, cuyos probables inconvenientes ella misma señala, nos sigue inclinando a seguir manteniendo el de inconmensurabilidad, del que esperamos que facilite el deseado nivel científico de comunicación entre las diversas teorías, con otras alternativas que la de los choques solamente.

**REVISTA
AL
HORIZONTE**

Publica notas incursionando en aportes recientes a algunos de los campos que están en el horizonte de la disciplina psicoanalítica, tales como antropología, filosofía, lingüística, neurofisiología, psicología, sociología.

**PSICOANALISIS
E HISTORIA:
DEL REGISTRO A LA
CONSTRUCCION**

ENRIQUE PROBST

Si por pasado se comprende a los acontecimientos que dejaron de suceder, es precisamente esa facultad que la psicología clásica denomina memoria la que debe aprehenderlo. Aun cuando no se haya justificado suficientemente y el concepto de memoria sea sólo la abstracción de una faceta en el proceso del pensar, no podemos dejar de interrogarnos sobre ese concepto, desde el punto de vista del pensamiento histórico como del pensamiento psicoanalítico. Porque si bien el pensamiento histórico se configuró en la medida en que fue delineado ese objeto de conocimiento tan

particular que es el pasado, hoy por hoy muchos, y muy lúcidamente, se preguntan por la ruptura entre historia y memoria.

El pensamiento histórico se constituyó como aspiración de ejercitar una evocación, lo más fiel y exhaustiva posible, de una cadena compuesta de hechos singulares. También el psicoanálisis en sus comienzos se propuso como meta el relevamiento de una historia, levantando para ello el velo de la amnesia infantil. En tanto la finalidad del tratamiento era ésa, Freud advirtió que la tarea estaba jalonada de múltiples obstáculos, ya que la aspiración de una rememoración completa de un acontecimiento no era realizable. Pero esta dificultad viene de lejos.

POETICA: CAMINO A LA VERDAD

Collingwood nos señala que todo el pensamiento primitivo de los griegos tuvo una tendencia francamente antihistórica y que casi toda la filosofía griega fue indiferente hacia la historia como disciplina. Aristóteles dice, en el capítulo 9 de su Poética; “El historiador y el poeta no difieren por el hecho de escribir sus narraciones uno en verso y el otro en prosa —se podría haber traducido a verso la obra de Herodoto y no sería menos historia por estar en verso que en prosa—; antes se distinguen en que uno cuenta los sucesos que realmente han acaecido y el otro los que podrían suceder. Por eso la poesía es más filosófica que la historia y tiene un carácter más elevado que ella; ya que la poesía cuenta sobre todo lo general la historia lo particular. Lo genérico es decir que un hombre de tal clase hará o dirá, verosímil o necesariamente, tales o cuales cosas; es a este tipo de representación a la que tiende la poesía; lo particular es lo que ha hecho Alcibíades o lo que ha Sucedido.”

Este fragmento ha sido objeto de múltiples consideraciones. Según Finley, se desprende de él una doble óptica en la consideración del pasado. Una, visualiza un pasado considerado como fuente de paradigmas, otra posibilita un pensamiento histórico considerado como una auténtica disciplina científica. Para Aristóteles esta posibilidad no se realizaría, puesto que el pensamiento histórico no sería lo suficientemente filosófico comparado con la poesía, ante la imposibilidad de reducir la historia a principios y a una sistematización. Por lo tanto, la historia no podría establecer verdades, lo que nos lleva a una derivación.

El conocimiento y la doxa fueron las dos formas de pensamiento que concibieron los griegos. Su aspiración fue lograr un conocimiento verdadero, claramente diferenciado de la opinión o doxa, lo que sería factible en la medida que pudiera establecerse un vínculo con un objeto permanente. Collingwood nos aclara entonces que una metafísica sustancialista implicaba una teoría del conocimiento para la cual solamente es cognoscible lo que posee el atributo de lo inmutable, y precisamente lo inmutable no es lo histórico. Lo histórico está constituido por el suceso, el acontecimiento, lo transitorio.

Platón, en la segunda parte del diálogo Menon, o de la virtud, discurre acerca del conocimiento y lo presenta como similar a un sueño: “En estos momentos, las opiniones verdaderas han brotado de él como en un sueño.” Esta similitud con el sueño, con los caracteres básicos del mismo y con una importante ligazón con el pasado, expresa según Brés el carácter repetitivo y nostálgico del conocimiento, por lo que estamos instalados de lleno en la problemática de la reminiscencia, uno de los elementos centrales del pensamiento de Platón y también uno de los conceptos sostenidos por Freud en sus “Estudios sobre la Histeria”.

Platón, según Brés, “tiende en el Me-non a enseñarnos que el acto filosófico más auténtico no es el conocimiento de sí, lo es el descubrimiento de lo que yo

he sido, Sino la conciencia de lo que yo he sido o, más exactamente, el reconocimiento de lo que yo he amado y de lo que yo he querido ser”. El conocimiento verdadero es una reminiscencia. Saber, entonces, es recordar. Pero no solamente como recuperación del sentido de una experiencia vivida en un pasado prehistórico, sino también como recuperación de una experiencia personal y vinculada con lo acontecido. Esta hipótesis de Brés sobre la existencia en la obra de Platón de un proceso de retorno al pasado individual, hace preguntarse acerca de si la tarea de reconstrucción de una prehistoria mítica desemboca en un resultado equivalente a la restitución de una historia. El carácter psicoanalítico de esta hipótesis que Brés formula (dejamos aparte sus consideraciones sobre la erotización de la reminiscencia) es señalado por el propio autor.

Finley dice que la retórica tomó posesión de lo que la filosofía rechazaba y comenta que la única obra de la antigüedad llegada a nosotros como un tratado sistemático de historiografía es “*Cómo escribir la historia*’ de Luciano de Samosata (165 d.C). Con ello señala que cinco siglos después de Aristóteles, Luciano aún contraponía historia y poesía.

¿Por qué tanta insistencia con la poesía? El mismo Finley, desde la perspectiva del historiador, se plantea la pregunta y responde que, para Aristóteles y otros, poesía significaba poesía épica, poesía lírica y tragedia. Es decir, creaciones que describían los acontecimientos y personajes del pasado. El problema no consistía en una discusión sobre la fiabilidad histórica, sino en la exigencia de universalidad, de verdad, sobre la vida en general. Finley lo resume: “El problema, en una palabra, era la opción entre mito e historia”.

Hoy, desde una perspectiva analítica, nos desinteresaríamos de una exigencia de universalidad y cuestionaríamos el concepto de verdad. Haríamos entrar en juego lo que Starobinski involucra como existente en toda creación

poética: la aventura del deseo en la cual, sin hacerse explícita su ley interior, queda tan acentuado su movimiento que éste adquiere un valor privilegiado para la investigación. Recordemos que también Lacan, pese a su desconfianza sobre el término investigación, señala la conveniencia de interrogar a los poetas para saber algo del deseo, puesto que en ellos encontramos el testimonio de una relación profunda del deseo con el lenguaje.

TEOCRÁTICA Y MÍTICA: CONOCIMIENTO DE LAS ACCIONES

La historia que podemos denominar científica fue creada por Herodoto (el llamado padre de la historia) y Tucídides en el siglo V a.C. Ellos intentaron dar respuesta a una multitud de interrogantes de los hombres de su época acerca de acontecimientos y sucesos humanos del pasado que desconocían. El propio término “historia”, creado por Herodoto, significa en griego “investigación”. Precisamente éste era el carácter que se pretendía otorgar al pensamiento histórico. Antes de Herodoto y Tucídides existió lo que hoy denominamos historia teocrática e historia mítica. Collingwood define a la primera como “el relato de hechos conocidos para la información de personas que los desconocen, pero que, en la medida que son creyentes de ciertas divinidades, deben llegar al conocimiento de los actos por los cuales los dioses se han manifestado”. Esto lleva a concebir que en la historia teocrática la humanidad no es un agente, sino que, parcialmente, es un instrumento y, también parcialmente, un paciente de la acción que se registra. Agreguemos que a estas acciones se las concibe como ordenadas en una serie temporal.

La historia mítica se refiere a actos de los dioses; no se trata entonces de ac-

tos humanos. Estos acontecimientos divinos sucedieron en un remoto pasado imposible de precisar, es decir, carecen de una formalización temporal. Según Moreau de Jonnes, en su sentido original “mithos” significaba relato, tradición, sin presumir de verdad ni de mentira. Cuando los templos se convirtieron en depósito de las tradiciones, el sacerdocio hizo de ellos un misterio que sólo revelaba a los iniciados, únicos capaces de correr el velo de los símbolos. El mithos adoptó entonces el sentido de mito, de parábola.

Hasta hace poco tiempo se pensaba que el mito respondía a lo que podría llamarse un primitivo del pensamiento humano. El mito sería algo así como un pensamiento de una etapa prelógica por la cual pasa el ser humano en su proceso evolutivo. Grimal nos señala que ésa era la doctrina corriente y también era la doctrina oficial del positivismo, del movimiento de las luces y del siglo XVIII francés. Nos recuerda que estudiar los mitos era para Comte, como para Fontenelle o Voltaire, pasar revista a los errores y las locuras de los hombres.

Sin embargo las Teogonías de Hesíodo o las Etnogonías de los profetas hebreos del siglo VIII no aparecen a los actuales historiadores del pensamiento como una característica de las sociedades primitivas. Al mito, por el contrario, y el psicoanálisis ha contribuido para ello, se le reconoce integrado a nuestra cotidianidad y no se lo opone al pensamiento “científico”. En su introducción a las Mitologías, Grimal escribe que el mito responde a una necesidad fundamental del espíritu humano y que lo que se llega a conocer con la razón es muy poca cosa al lado de lo que creemos o imaginamos. El mito tiene la pretensión de generar una explicación de lo desconocido. La clásica descalificación del mito en función de que constituye un error del pensamiento, se desvanece si pensamos que las pretendidas verdades científicas llevan siempre el destino de ser superadas. Ocurre que el mito y la verdad científica son sólo diferentes aproximaciones a la verdad. Por eso Jung dice que lo que el hombre parece ser, se puede expresar sólo mediante un mito. Siendo más individual, éste expresa la vida con mayor exactitud que la ciencia.

El propio Jung se propuso a sus ochenta y tres años, explicar el mito de su vida y para ello confiesa que no puede hacer más que afirmaciones inmediatas, sólo contar “historias”. Que esas historias resulten verdaderas o no es algo que no lo inquieta, puesto que ése no es su problema. Para él lo valioso es que se trata de sus cuentos, de sus verdades.

HISTORIA:

LA ASPIRACION

A LA CRONOLOGIA

Con Herodoto, la historia intentó dejar de ser historia teocrática y convertirse en humanística. También pretendió dejar de ser historia mítica sobre un antes indeterminado, esforzándose en crear una cronología. Adrados, en su estudio crítico de la obra de Herodoto, señala que la misma no es solamente la primera obra extensa en prosa jónica que se ha conservado, sino también la primera obra extensa griega que se escribió en prosa.

Se supone que Herodoto recogió la tradición de los viajeros jonios autores de periégesis o “periplos”, estudiosos de la etnografía de los *thomasia* o “maravillas”. El género básico fue el de los *logoi* o relatos en prosa, opuestos a los *épea* o relatos en verso épico, que componían en Jonia una serie de escritores desde fines del siglo VI a.C.. A diferencia del épos y la lírica, los *logoi* hacían referencia a lo diario, lo cotidiano, aunque era notoria la preferencia por los acontecimientos novedosos y por todo aquello que despertaba curiosidad. Adrados señala también que a estos *logoi* sobre pueblos se añaden, como segundo fundamento de la Historia de Herodoto, otros relativos a individuos y que se ha calificado frecuentemente de novelas. Es decir, que los personajes son históricos, pero los acontecimientos suelen ser inventados o, en todo caso, reelaborados.

PSICOANALISIS E

HISTORIA:

HACIA UNA

RENUNCIA

Esta reelaboración que advertimos en los albores de la creación de un auténtico pensamiento histórico ha conducido a que la historia, con el correr de los siglos, haya llegado a su actual renuncia. Esta renuncia, al decir de P. Nora, implica la imposibilidad de una total resurrección del pasado y el descubrimiento del relativismo de la ligazón entre la historia y la memoria. A Freud lo vemos realizar, a través del conjunto de su obra, un tránsito similar. En los *“Estudios sobre la histeria”* lo vemos esforzándose en pos de la determinación precisa del hecho traumático. En el historial del Hombre de los Lobos es casi obsesivo su rastrear sobre los orígenes. Pero un texto posterior, *“Construcciones en Psicoanálisis”*, muestra claramente su evolución, como lo señala Pontalis, hacia “un modelo constructivo, conjetural e hipotético, que puede suplir, incluso en su poder de convicción, a lo que podría llamarse memoria histórica”.

En este tránsito Freud también descubre y teoriza sobre la transferencia. Con ella apunta a una muy particular manera de recordar, donde el acto pasa a ocupar el lugar de las palabras, donde el pasado es reeditado, repetido pero no como tal sino en la relación presente con el analista. Paciuk señala que el paso que dio Melanie Klein, al pensar en las estructuras ordenadoras del funcionamiento mental (posiciones esquizo-paranoide y depresiva), fue invertir el problema. La transferencia diluía el presente en función de un movimiento retropectivo hacia el pasado. “Ahora el presente adquiere tal relevancia que hace ocioso el recurso al pasado, el que se convierte en un auxilio más o menos

necesario para ilustrar mejor lo actual.”

Pontalis, ubicado en su lugar de analista y mirando la historia, nos dice que parecería que en la evolución de la historia se hubiera renunciado a una resurrección integral del pasado para comprometerse en la vía de una construcción de problemas, vía más próxima a la de una sociología histórica. “Es esta historia-problema la que rompe con la historia-relato”. Nora, a su vez, expresa que el historiador, al haber descubierto su relativismo, cambia la memoria histórica, que es entonces recuperada como una reivindicación; “reivindicación del derecho a la curiosidad”.

Vilar, en su intento de describir las etapas de la historia como modo de conocimiento, nos reafirma en que tanto para los grupos como para el individuo, la memoria no registra, sino que construye.

Halbwachs, en su estudio sobre las bases sociales de la memoria, se manifiesta en igual sentido. Para él los diversos grupos en que la sociedad se divide son capaces de reconstruir su pasado en cualquier momento, pero las más de las veces lo deforman al tiempo que lo reconstruyen. La necesidad social de continuidad, en función de la limitada duración de la vida individual, lleva a que la sociedad aparte de su memoria todo lo que podría provocar una separación de los individuos o alejar a los grupos entre sí. Para ello modifica en cada época sus recuerdos, de manera de ponerlos de acuerdo con las condiciones variables de su equilibrio. Esto prueba manifiestamente la intencionalidad de los fenómenos de la memoria individual y colectiva.

Es el psicoanálisis el que provee a la memoria de una cualidad que desborda ampliamente la función de simple registro, al dotarla del atributo de construir, de re-construir a través del prisma de la transferencia, un pasado no perimido sino caleidoscópicamente actuante y vital. También Finley dice, en el mismo

sentido, que “el pretérito no puede ofrecer otra cosa sino el apoyo paradigmático para las conclusiones que se han extraído del presente y el pasado, por decirlo de otra manera, sólo puede ser tratado en la manera intemporal del mito”.

Por todo esto Le Goff y Nora puntualizan que la historia, por el relativismo mencionado, ha sido obligada a redefinirse. Y esta historia nueva rechaza decididamente la filosofía de la historia. Esta historia “no se reconoce ni en Vico, ni en Hegel, ni en Croce, y menos aun en Toynbee; no se contenta ya, sin embargo, con las ilusiones de la historia positivista y, Pasando más allá de la crítica decisiva del hecho o del acontecimiento histórico, se Vuelve hacia una tendencia conceptualizante que corre el peligro de arrastrarla a algo diferente de ~ misma, ora se trate de las finalidades marxistas, de las abstracciones weberianas o de las intemporalidades estructuralistas”.

MEMORIA TERRITORIO EN CONFLICTO

Esta provocación a lo que podríamos llamar historia tradicional tiene en el campo del psicoanálisis un paralelo. El territorio en el cual se va a procesar el cambio es, la conceptualización de la memoria.

Desde sus comienzos (carta 52), Freud elaboró una hipótesis insólita. Las huellas mnémicas en posteriores circunstancias eran susceptibles de experimentar una reorganización, una transcripción. La memoria no sería algo singular, único, sino que estaría depositada en distintas formas, en diversas clases de signos. Koolhaas ha insistido en la diferenciación de lo que Freud llama Wahrnehmungszeichen (signos de percepción) y las Sprachzeichen

(signos de lenguaje). Las primeras son las primitivas inscripciones imposibilitadas de volverse concientes, significando una engramación por simultaneidad de un lugar sin tiempo. Las segundas, una engramación en un lugar ordenado por una cronología.

Pontalis afirma que “no hay una sola memoria, incluso para un individuo. Hay una memoria narrativa, una memoria del cuerpo, una memoria de aquello que ha sido muy fuertemente sentido para ser suficientemente elaborado y una memoria de lo que no ha sido suficientemente sentido para dejarse olvidar. Y hay memoria de la memoria... Hay una cantidad de memorias que operan en todo instante en cada uno de nosotros. Pero aquello que los historiadores tienen, más que nada, es el conocimiento de los efectos de après-coup, que modifican sin cesar, a partir del presente, la puesta en perspectiva del pasado. Esto lleva a una pluralidad, siempre posible, de interpretaciones que tienen todas su legitimidad”.

La puesta en marcha de una memoria así concebida constituye una liberación del pasado; un pasaje de un presunto registro a una tarea de construcción. La oportunidad de la pregunta de Nora parece indudable; “AY los efectos de la manipulación del pasado no se han vuelto para los psicoanalistas tan problemáticos como para el historiador?”

BIBLIOGRAFIA

- ADRADOS, F.R.** *Introducción a la “Historia de Herodoto”*. Ed. Gredos.
- ARISTOTELES.** *Obras*. Ed. Aguilar.
- BRES, Y.** *La Psychologie de Platon*. Ed. Presses Universitaires de France.
- COLLINGWOOD, R. G.** *Idea de la Historia*. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- DE JONNES, M.** *Los tiempos mitológicos*. Ed. Schapire.
- FINLEY, MI.** *Uso y abuso de la historia*. Ed. Grijalbo.
- FREUD, S.** *Carta 52*. Ed. Amorrortu. T. I.
- FREUD, S.** *De la historia de una neurosis infantil (Hombre de los Lobos)*. Ed. Amorrortu. T. 17.
- FREUD, S.** *Sobre la dinámica de la transferencia*. Ed. Amorrortu. T. 12.
- FREUD, S.** *Recordar, repetir y reelaborar*. Ed. Amorrortu. T. 12.
- FREUD, S.** *Construcciones en Psicoanálisis*. Ed. Amorrortu. T. 23.
- GRIMAL, P.** *Mitologías*. Ed. Planeta.
- HALBWACHS, M.** *Las bases sociales de la memoria. En “El concepto de ideología Comp. K. Lenk*. Ed. Amorrortu.

JUNG, C.G. *Recuerdos, sueños, pensamientos.* Ed. Seix Barral.

KOOLHAAS, G. *Inconciente, inscripción, texto, archivo.* Revista Uruguaya de Psicoanálisis. N 55.

LACAN, J. *Las formaciones del inconsciente.* Ed. Nueva Visión.

LE-GOOF, J-NORA, P. *Hacer la Historia.* Ed. Laia.

NORA, P. *Memoire del'historien, memoire de l' histoire (en tretien avec Pontalis).*

Nouv. Revue de Psychanalyse. N 15

PACIUK. S. *Transferencia y Temporalización.* Rev. Uruguaya de Psicoanálisis. N 60.

PLATON. *Obras Completas.* Ed. Aguilar.

STAROBINSKI, J. *La relación crítica.* Ed. Taurus.

VILAR, P. *iniciación al vocabulario del análisis histórico.* Ed. Grijalbo

REVISTAS Y LIBROS

PSICOANALISIS Y LITERATURA

Rodolfo Agorio

Ediciones de la Banda

Oriental, Montevideo

1983,110 pp.

1. Al llegar Rodolfo Agorio en 1983 a su 80o. cumpleaños, la Asociación Psicoanalítica del Uruguay auspició, en homenaje a su pionero, la edición de este volumen. El mismo guarda a su vez un fuerte nexo con esta Revista, desde que se trata de una recopilación de trabajos publicados originalmente en la misma, a excepción de un texto nuevo e inédito antes de ahora. Héctor Garbarino, resaltando el privilegio de haber sido discípulo de Agorio, tanto en psiquiatría como en psicoanálisis, prologa el libro; rastrea el germen de nuestra Asociación en la aproximación psicoanalítica a las neurosis y psicosis emprendida por Pérez Pastorini, Agorio y Koolhaas, con los enfermos internados en las salas del hospital psiquiátrico.

2. Abre la colección el “enfoque psicoanalítico” (de 1964) que, aunque referido a aspectos de la obra de Gerardo de Nerval, aparece dirigido más bien a esclarecer su biografía; para esa finalidad, la obra es una fuente privilegiada. Tras el Nerval “idealizado por unos, frivolidado por otros, se ocultaba otro totalmente opuesto”. Se asiste al despliegue bibliográfico para la búsqueda de

todo aquello del orden de las fantasías inconcientes que nutre los textos y es rescatable compulsándolos. “Hay un hecho que no podemos perder de vista, y que constituye un factor importante en la relación entre el psicoanalista y el artista cuya obra se desea interpretar, y es la atracción que éste ha ejercido sobre aquél, anterior a todo interés científico manifestado ulteriormente.” Esta lectura de Agorio está hecha esencialmente desde una perspectiva kleiniana. La obra es escuchada como las asociaciones del analizando, que suscitan en el analista su movimiento contratransferencial e interpretativo. Así da cuenta del “mundo interno proyectado” por el poeta, dando lugar, por ejemplo, a que el paisaje aparezca “impregnado con ese clima inefable de leyenda y de misterio”. Del mismo modo, el “satanismo”, “no yacía sólo en los libros leídos, sino también y principalmente dentro de sí mismo.”

La escritura teatral consiste, para Agorio, en un recurso defensivo del poeta; “las escenas del drama transcurrían paralelamente en su interior, y como ya no se trataba de un héroe, sino de varios de caracteres opuestos y que actuaban simultáneamente, pendía la amenaza de una verdadera desintegración del Yo fragmentado por efecto de sus identificaciones múltiples.”

“Al proyectar su mundo interno sobre el escenario, se defendía de aquel grave peligro, porque desplazaba sobre los actores sus propios conflictos, buscando librarse del desgarro interior.”

Alternando, de las heroínas de ficción a las relaciones con mujeres —de la aproximación tentada, al alejamiento de un peligro-- (neurosis e impotencia sexual), el autor va a recalar en la problemática filial del poeta, que al día siguiente de nacer “fue puesto al cuidado de una nodriza y enviado al país de sus abuelos”. La madre sigue a su esposo —cirujano militar través de Europa y muere al cabo de dos años. Un escritor afirmó de Nerval “que todo lo que escribió, todo lo que vivió, representa una búsqueda de la madre perdida.”

Recurriendo a la conceptualización de Klein, verá Agorio en el esfuerzo de Nerval “por darnos una imagen idealizada de su madre”, el corolario del temor

al pecho perseguidor. El poeta alternaba los estados depresivos con rápidos períodos de exaltación, mostrando “una evidente dificultad para elaborar un duelo y superar su depresión”. El psicodinamismo operante juega desde la fuerza de las pulsiones hostiles; persisten mecanismos dissociativos; de donde las dificultades para la reparación de los objetos y la liquidación del duelo. El daño (fantaseado) que lo incapacita para conseguir el perdón, lo abrumba como un sentimiento de culpa insalvable. El par objeto idealizado-perseguidor ocupa un lugar importante en los desarrollos de Agorio, en conexión con el subrayado de los impulsos sádicos en movimiento. En definitiva, por el reconocimiento del “instinto de muerte”, se podrá dar cuenta de la violencia de Nerval, activada por el mencionado abandono de que lo hizo objeto la madre. Teniendo siete años, tiene lugar el primer encuentro de Gerardo con su padre. El abrazo de éste fue tan efusivo, que el niño lanzó —dice un autor— un grito extraño; “¡Padre mío, me haces mal!”. (Un autor señalará; “El drama de su vida se presenta, en efecto, como una lucha contra el padre.”) La pesquisa de esa exclamación conducirá a Agorio al tema de la fantasía de la pareja combinada y a su castigo al hijo.

La investigación reseñada es el ahondamiento psicoanalítico de un retrato, inicialmente presentado así en sus aspectos más visibles; “Era, al parecer, una persona reservada, salvo, tal vez, en los momentos de excitación que precedieron a sus episodios psicóticos. Se ha insistido sobre su natural afable y gentil, modesto y generoso, pero que también rehuía las más de las veces la compañía de sus amigos, como si prefiriera la de sus propios fantasmas. La carencia de sentido pragmático, su abulia, su desinterés, le hicieron perder buen número de posibilidades que le hubieran permitido evitar la miseria en que se debatió en sus últimos años.”

3. El texto del cursillo de 1969 sobre *Psicoanálisis aplicado a la Literatura*, inicialmente apela al problema del deslinde con la situación analítica de diálogo con el paciente; y al que corresponde hacer con modestia respecto de otros

dominios o Perspectivas culturales (así, puntos de vista tales como el histórico, social, político, antropológico, filosófico). “En suma el enfoque psicoanalítico, no nos da una visión unívoca, exclusiva y global de la obra. Por penetrante, sutil y profundo que sea un análisis aplicado, necesariamente será parcial porque apunta exclusivamente a los aspectos psicológicos.”

El vínculo del psicoanálisis con la literatura “se daba ya en los primeros históricos de Freud sobre la histeria”. Entre tanto, el genio de Freud imponía un vuelco revolucionario a la psicología académica y humanizaba al “loco”, razón por la que “su obra está más vinculada con la de los poetas que con la de los científicos de su época”. Y Agorio explicita este pensamiento.

Es a partir de las ideas de Freud sobre el artista y el fantaseo, que se dispone el autor a poner en marcha su tarea. En su opinión, Freud no mostró predilección entre dos tipos de aplicación: empleo de la biografía o prescindencia de los datos biográficos del autor sino que usó uno y otro indistintamente.

En el segundo apartado cumple Agorio dos ejercicios de aplicación, centrados en textos medievales cuyas peripecias conllevan la muerte de los amantes, sea cuando el amor no se ha consumado en la pareja (la doncella de Escalot enamorada de uno de los caballeros del Rey Arturo, de Lancelot, es víctima de un duelo patológico), sea cuando sí esto ha ocurrido (como en la célebre historia de Tristán e Isolda, esclarecida como “una vuelta al narcisismo”, aludiéndose a la concomitante discusión sobre el problema del objeto).

Agorio no cohonesto la tendencia a desglosar el arte del artista, la obra de la biografía. Por una parte, no acompaña el criterio de que una diferencia radical separa el psicoanálisis clínico del aplicado —retomando argumentos de su monografía sobre Nerval—; y por la otra encuentra falacioso que por la vía de la prescindencia de la biografía —de la personalidad del artista— y del recorte de las connotaciones en las que se produce y de las que da cuenta la obra de arte, se acuñe la fórmula consabida de “El arte por el arte”; “Y es que por intermedio de su arte, (sus propios cultores) nos traen como de contrabando, la

idea de un nuevo estilo de vida, de una visión distinta del mundo y en última instancia de una nueva moral.”

Así, por ejemplo, Agorio rebate a Flaubert, con Flaubert; la obra, rebasa la teorización del novelista. Antes habla discrepado con el pensamiento restrictivo de Paul Ricoeur, en tanto relativiza el análisis aplicado.

Lo cual conduce a enfocar el problema de la reconstrucción del pasado histórico en la biografía psicoanalítica y las recreaciones “en las que intervienen inconscientemente los rasgos personales del historiador.” “En ese sentido la labor del analista, en su tarea biográfica es interminable (...)”.

Examina en forma polémica la tesitura de los lingüistas vinculados al estructuralismo, que “anteponen el texto al sujeto, descartando de esta manera el problema del creador”. Agorio, en cambio, se ve llevado “a la conclusión irrefutable de la realidad del ‘sujeto’, de su Presencia permanente, de que no es una sombra que un texto firma (...)”. Lo que no excluye la influencia social sobre obra y autor.

El problema de la presencia del autor lleva al de la locura, en páginas finales de esta serie harto condensadas, que insinúan desarrollos posibles. En todo caso, le dejan abiertas sendas al investigador que forman parte de un texto rico en caminos.

4. La nota sobre Enrique Pichón-Riviere (1979) lleva de la mano a la poesía y la vida del Conde de Lautréamont, a lo siniestro, la locura, la creatividad, la muerte. “Lo demoníaco (...) constituye el patrimonio exclusivo de nuestro inconsciente y no de lo escatológico” y lo siniestro ha de indagarse en el juego de nuestras fantasías. Para lo cual “al loco no hay que temerle, sino comprenderle”.

5. Cierra el volumen el texto especialmente escrito para el mismo; “*El*

Psicoanálisis frente al Romanticismo” (1983), síntesis en la que apunta a lo que para uno y otro representa el problema del inconciente. Sus ejemplos dan cuenta de la dialéctica entre lo pulsional —y la expresión de las emociones— y la razón. Eros, muerte, resurrección, dan soporte, según Agorio, a la fantasía romántica de reconquistar el “paraíso perdido” de la infancia.

6. Libro estimulante, decantación de un universo de lecturas en función de un estilo de vida en el cual el encuentro entre las Letras y el Psicoanálisis es entrañable y no meramente de reciprocidad servicial; dos maneras, a la postre conjugadas, ora de satisfacer, ora de desafiar, ora de elucidar, la confesada atracción por los demonios; deja enseñanzas y en especial incitaciones a recoger. Seguramente otros analistas, coincidiendo o discrepando con preceptos que para Agorio —según lo reseñado— son firmes, seguirán abordando este campo de la aplicación, conciliando la atracción por la literatura universal de que da prueba erudita nuestro autor, con la posibilidad —no contradictoria— de una ejemplificación cultural-mente más allegada. Aunque, desde luego, siempre lo próximo para el investigador —y es lo que cuenta— será lo que genere en él resonancias intensas, como en el destacable abordaje de Nerval por Agorio, quien toma una perspectiva de estudioso, después de haber tenido una consustanciación de lector apasionado.

M.L. (dic./1983)